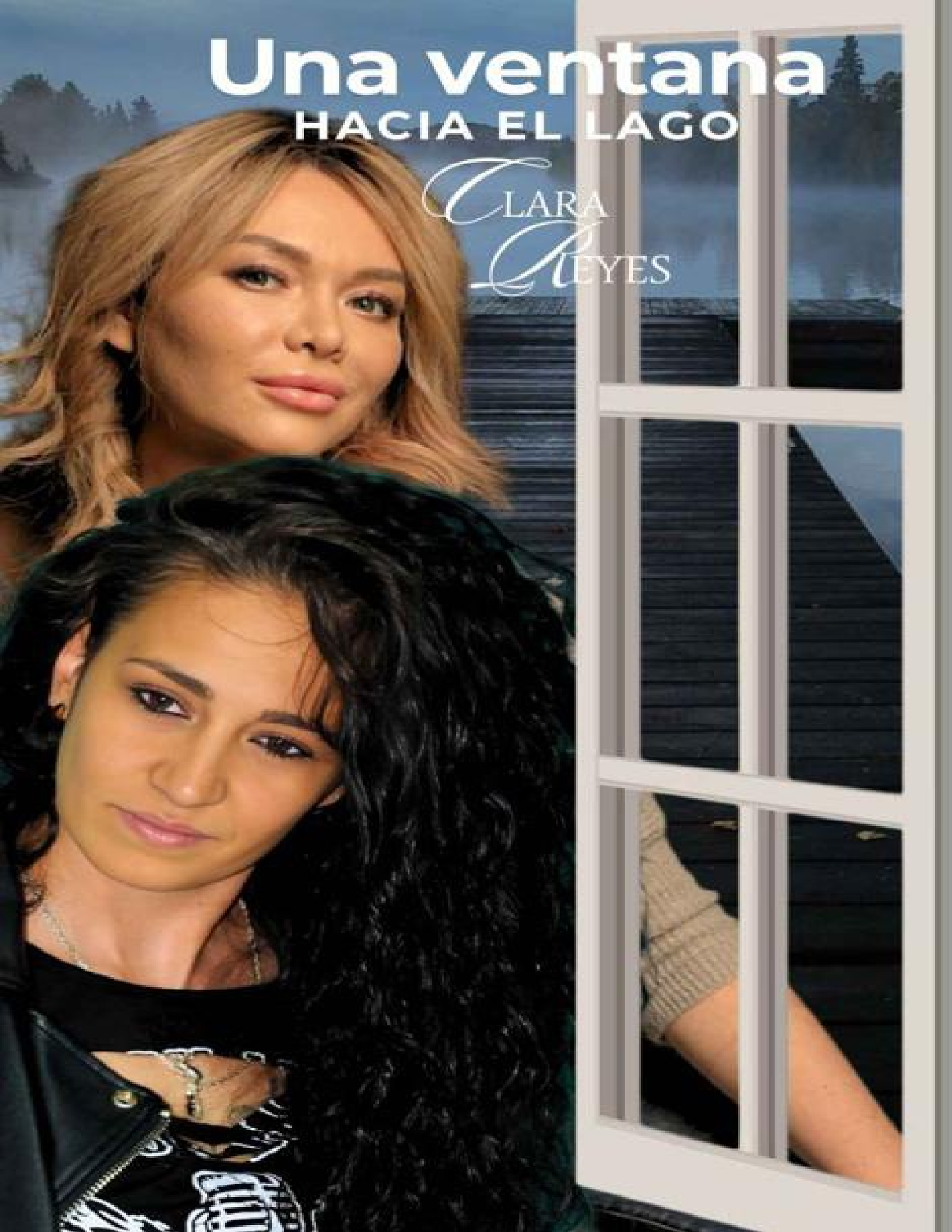


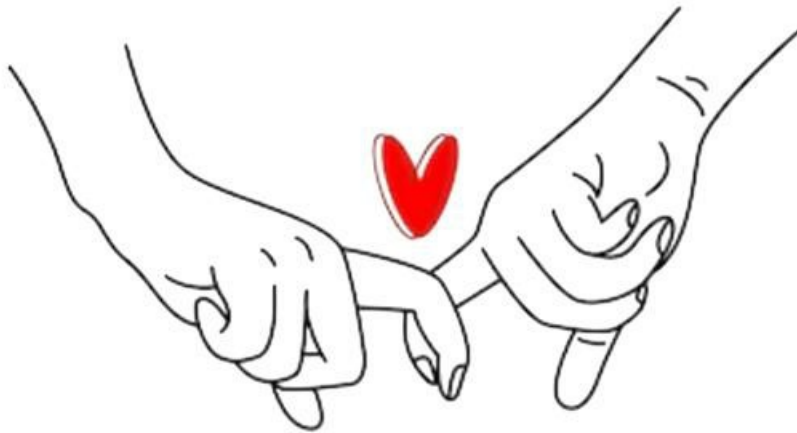
Una ventana HACIA EL LAGO

LARA
REYES



Una ventana

hacia el lago



Título original: **UNA VENTANA HACIA EL LAGO**

1.^a Edición: 2024

© **Clara Reyes**

© Diseño portada: **Silvia R.F.**

© Maquetación: **Silvia R.F.**

© Corrección: **Estrella Díaz**

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

PRÓLOGO

Hace ya tres años que ella se coló sin límites en mi vida. Hoy recuerdo como si fuera ayer, cada una de sus caricias, de sus besos y de esos reencuentros, a veces inesperados y otros bien planeados.

Aquella ventana hacia el lago, fue un antes y un después, un descubrimiento incandescente de lo más profundo de mi ser, algo que entró por mis manos y que, como agua, se escapó por entre los dedos.

Ciegamente, y sin pensar en consecuencias, entré en su mundo e hizo que mi más profundo ser resucitara de un aletargamiento que había venido a invadirme desde hacía mucho tiempo.

Seguí el camino del simple capricho, o como una moneda tirada al aire, por el simple hecho de despertar la musa que habitaba en mí. Sin pensarlo, abrí aquella puerta a un jardín secreto, donde esa flor era única y exótica, y su aroma y color despertaban sensaciones nunca antes experimentadas. Era un viaje de exploración y autodescubrimiento que revelaba un mundo de placer y posibilidades infinitas.

Hay juegos que son peligrosos y el mío no podía ser menos, porque el fuego quema y yo entré en un edificio en llamas a punto de derrumbarse. Me quemé tanto, que mis cicatrices no me dejaron ver el sol. Aunque, durante el juego vi las estrellas, el firmamento, el cielo, el arcoíris, todo lo bello que nuestros ojos alcanzan a ver, todo lo maravilloso que la naturaleza nos ofrece.

CAPÍTULO 1

PRIMERA HOJA EN BLANCO

Iba sumida en mis pensamientos, distraída en mi mundo, caminando entre la muchedumbre; en un día de invierno soleado, en el que las baldosas de mármol aún brillaban húmedas de la lluvia de unas horas antes, en ellas se reflejaban los rayos del sol que daban calidez al frío día. De repente, el destino me hizo chocar suavemente con *ella*, como si el universo la hubiera puesto en mi camino en aquel instante, nos sobresaltamos, y al levantar nuestras miradas, pude ver unos ojos penetrantes. El mundo pareció desvanecerse a nuestro alrededor, una fuerte conexión nos hizo olvidar aquello que nos envolvía; el sonido del tráfico, el murmullo de la gente, todo pareció convertirse en un eco lejano.

Las dos sonreímos tímidamente, como si ese incidente fuera un cruce de caminos puesto ahí para nosotras de forma fortuita. Reaccioné, agaché la mirada y continué mi camino.

Aquel encuentro me hizo divagar durante el resto del día y preguntarme qué es lo que había pasado.



Abrí los párpados justo en el momento que un ruido ensordecedor y tremebundo me hizo saltar de la cama, sin saber, por unos segundos, dónde me encontraba debido al sueño tan profundo en el que me hallaba. Aún era de noche, ya casi a punto de entrar los primeros hilos de luz por la ventana, y que, por el clima que hacía, se estaban haciendo esperar más de lo habitual. Fue un trueno que acababa de explotar encima de casa. Me asomé a la ventana y observé que estaba diluviando. Era de esos días de invierno de manta y peli, pero este día no, ya que era lunes, y me había propuesto sentarme al ordenador para obligarme a escribir al menos una primera línea, porque desde hacía tiempo era incapaz de redactar nada. Tenía un gran bloqueo desde la última novela que escribí y que tanto éxito tuvo hacía ya un año: «Campo de amapolas en una noche estrellada».

Rubén, mi marido, ya se había marchado. Había quedado con unos clientes que venían desde Alemania para buscar una vivienda de alto *standing*. Este tipo de madrugones ya estaba siendo habitual en él y, en esta ocasión, no iba a ser diferente.

Miré el reloj, marcaba las 7:30 de la mañana, ya era una buena hora para tomar el primer café, una buena ducha y colocarme en la pantalla del ordenador a esperar la musa.

A veces, no era difícil con ese paisaje tan espectacular que tenía tras las ventanas; rodeada de pinares, y al fondo, a tan solo unos treinta metros, un gran lago donde, en verano, pasábamos días enteros tomando el sol y nos bañábamos con la familia y amigos.

Bajé las escaleras, no sin antes tropezar, como de costumbre, en una vieja tabla del *parquet* que estaba levantada. Mientras tomaba el café paseando por el salón, con mi bata atada a la cintura, contemplé las gotas de lluvia resbalar por las grandes cristalerías. Después, sin saber por qué, tuve la necesidad de agarrar una de las fotos que había sobre los estantes que teníamos cargados de libros, la giré y allí seguía aquella inscripción: «Con mucho amor, Mía. 1.999». En aquella época, tan solo tenía diecisiete años, cuando mi cuerpo con Rubén ya era un hervidero de hormonas en pura ebullición. «¡Qué tiempos aquellos!».

Me senté en el sofá de piel blanco, que quedaba justo en medio del gran salón frente a la ventana que daba hacia el lago. Con la taza en la mano, me quedé fascinada, vislumbrando una especie de sirena humana, saliendo despacio del agua con su pelo húmedo... y sus ojos, tan reales, me miraban con una fuerza hipnotizante como queriendo decirme: «¡Ven, Mía! El agua es un gozo». De repente, empezó a andar hacia mí haciéndome disfrutar de cada parte de su bella figura. Era tan potente la atracción que me desnudé y salí. Las primeras gotas frías resbalando por mi piel me devolvieron a la realidad y entré de nuevo en casa. Miré por la ventana y ya no había ni rastro de aquella mujer. Solo sus penetrantes ojos se quedaron en mi mente. ¿Qué fue aquello? ¿Qué pasó?

Después de aquello, volví a centrarme e intenté visualizar alguna historia antes de ponerme a escribir, pero era inútil. No comprendía lo que me pasaba. Se me esfumó la creatividad, aunque llegué a pensar que la culpa de mi falta de inspiración era la escasez de vida social. Había estado tanto tiempo recluida, escribiendo, que me había olvidado del mundo exterior, y hasta se nos pasó el tiempo de tener hijos. A mis treinta y nueve años, y los cuarenta y dos de Rubén, ya nos habíamos habituado a una vida relajada sin compromisos ni responsabilidades. Y él... ¡bueno!, estaba tan absorbido también por su trabajo, que apenas le dejaba espacio para nuestra propia relación.

Él era asesor inmobiliario de viviendas de alto *standing* en Sitger; donde nos mudamos a los dos años de casarnos, tras unas vacaciones aquí. Nos enamoró tanto esta ciudad que, yo por mi trabajo como escritora, pude adaptarme a cualquier lugar, y él, con su experiencia, muy pronto encontró una empresa, de la que, al poco tiempo, viendo sus propias posibilidades, decidió marcharse para montar la suya propia.

Enseguida nos siguieron mis padres y mi hermano que, al jubilarse, vieron buena opción la idea de venirse.

—Hola, cariño, ¿te has levantado ya?

—Sí, hace rato, acabo de salir de la ducha y me disponía a sentarme en el ordenador.

—Espero que te llegue esa musa que tanto ansías que aparezca. No te angusties que todo llega.

—¿Y cómo estás llamando a estas horas? ¿Ha sucedido algo?

—Mía, cariño, la reunión de hoy se va a alargar, esta familia está convencida de comprar, pero quieren ver varias casas, los llevaré a comer, y seguramente, si quiero cerrar un buen trato, tendré que pasar el día con ellos y terminaré tarde. Ten en cuenta que vienen expresamente desde

Alemania.

—¡Ya, entiendo! Hoy es uno de esos días tuyos...

—No te enfades mi amor, este cliente es muy importante, ya te contaré cuando llegue a casa.

—Muy bien, no te preocupes, yo intentaré escribir algo, si veo que no consigo nada, llamaré a Natalia a ver si está disponible para comer en el centro.

A veces, si no fuera por mi amiga, podría pudrirme de aburrimiento, aunque últimamente la tenía un poco abandonada. Había entrado en un estado de apatía, del que, de alguna manera, tenía que salir yo sola.

Abrí el portátil situado en una pequeña mesa blanca frente al ventanal del salón, a pesar de que mi despacho contaba con su gran escritorio, prefería escribir mirando al exterior, porque de esa manera olvidaba el encierro, que de cierta manera me había impuesto yo.

Puse la primera hoja en blanco pero, cuando quise darme cuenta, habían pasado cuarenta minutos eclipsada viendo las ondas del lago producidas por la lluvia, que hacían la imagen de una fotografía invernal. Después, miré a mi derecha, y recapacité que estábamos en vísperas de Navidad, cuando vi el hermoso árbol nevado cargado de bolas, guirnaldas, y luces, que habíamos colocado hacía unos días. Me di cuenta que, de nuevo, me vi distraída por lo primero que se ponía a mi alcance visual y comencé a ponerme nerviosa. Me había propuesto que ese día no pasaría sin escribir una primera línea. Entonces, pensé que tenía que cambiar algo; romper con la monotonía y crear mi propia historia real. Solo necesitaba dos palabras, por lo que abrí el diccionario al azar; después, sin mirar, señalé con el dedo una cualquiera, marqué: *fémina*; luego, volví a repetir la misma operación, en esta ocasión apareció: *perfidia*.

Era la primera vez que ponía en práctica esta técnica de la que ni siquiera había oído hablar, y que se me ocurrió sobre la marcha, y, a decir verdad, no pintaba mal.

CAPÍTULO 2

VAGÓN 10

Era la una de la tarde, pedí reserva para el Restaurante El vagón 10. En realidad, nunca había estado allí, tampoco era la zona que habitualmente frecuentamos, pero no por prejuicios, tampoco se dio nunca la oportunidad de visitar la zona de ambiente gay. Me dejé llevar por aquellas dos palabras: fémina y perfidia. Podría haber optado por hacer una novela de infidelidad con mi marido, pero ¿y si rompía un poco las normas y estereotipos que parecían ya establecidas?

Se trataba de hacer una historia que fuera real, indistintamente de mis tendencias sexuales que, para mí, las tenía claras desde siempre, pues estaba casada con Rubén y, hasta hacía un tiempo, había tenido relaciones sexuales muy satisfactorias. Estaba dispuesta a escribir un libro, el mejor libro de Mía.

En un principio, barajé la posibilidad de llamar a Natalia y que me acompañara, pero pensándolo bien, preferí mantenerla al margen, al menos de momento.

Me comentaron que era un restaurante de lujo, y aunque era lunes, había mucho turismo y familias pasando sus vacaciones navideñas aquí en Sitges, por lo que, decidí vestir de una forma más exuberante y llamativa a la vez que elegante, mucho más aún, tratándose del sitio que se trataba.

Me recogí mi larga melena rubia, dejando visible el tatuaje que me rodeaba todo el cuello y que me lo hice diez años atrás, cuando aún tenía edad de esas locuras, no por el hecho del tatuaje si no por sus dimensiones. Opté por: una blusa blanca abotonada, dejando al descubierto parte del pecho, superpuesto, un chaleco entallado color gris, abrochado al torso, con eso era suficiente para realzar un buen canalillo, que parecía ir buscando su propio fin, porque el principio ya estaba bien definido, y un pantalón pitillo con apertura en los tobillos que dejarían ver los botines negros con tacón de aguja. Mis ojos color miel y mis labios a lo Angelina Jolie junto con un poco de maquillaje natural, harían el resto de mi esperado milagro: conocer a la segunda protagonista.

Complementé el vestuario con un largo abrigo de paño negro y un pequeño bolso. Después de acabar, me observé de arriba a abajo, frente al espejo de las puertas correderas del armario; entonces, giré sobre mí misma, me aproximé y como quien trata de hablar con su mejor amiga, me dije en el espejo: «Tú puedes, nena». Devolviéndome el reflejo, un guiño alentador.

Me introduje en el Mercedes, activé el mando a distancia del portón del garaje, atravesé quinientos metros de pinares, y en pocos minutos ya estaba en la carretera, a poco más de tres kilómetros de Sitges.

Me sentía como un águila que vuela alto y sin miedo, capaz de enfrentar cualquier desafío, con valentía y determinación. Como un suave viento que acaricia la tierra y la transforma, trayendo consigo fuerza y renovación. Parecía un sol radiante que iluminaba a su alrededor irradiando confianza. Una mujer empoderada, era como un río que fluye con poder, llevando consigo la vida y la creatividad. Era un océano profundo y misterioso, lleno de fuerza, capaz de soportar cualquier tormenta con calma y gracia. Una mujer como una montaña, imponente y majestuosa, firme y segura de sí misma, elevándose con orgullo hacia el cielo. Una mujer simplemente extraordinaria, una fuerza de la naturaleza que no puede ser contenida ni limitada. Es de lo que trataba de convencerme a mí misma. ¿Quizás me vine demasiado arriba? Pues un poco, creo que sí.

Un tremendo picor de nariz estaba a punto de estallar un estornudo que iba y venía, por lo que, comencé a lagrimear. Tenía cuatro mil hormigas desfilando por mis fosas nasales, que me provocaba gesticular guiños incesantes, sin conseguir expansionarlo. Cuando por fin vino la sacudida y mi pecho se desahogó de tan tremenda sugestión, llegaron justo tres más seguidos, y ese fue el momento en que me salí de la carretera, así que, acaricié durante unos metros el lateral derecho con el quitamiedos de chapa que había en el arcén. Dos vehículos detrás de mí, manotearon en tanto que hacían sonar su claxon e, inmediatamente, como de la nada, apareció el vehículo de tráfico. «Nunca se les ve y mira qué oportunos». Pensé, mientras paraban a un par de metros de mí. Mis rodillas estaban descontroladas, a medida que se aproximaba uno de los agentes, el nerviosismo casi me bloquea. Mi grandilocuencia estuvo a punto de abandonarme. Al llegar a mi altura comenzó a hablar.

«¿Es sordomudo? ¿Un agente sordomudo?», pensé nerviosa, preocupada por la situación.

—¿Qué...? No le entiendo —le grité, mientras él seguía moviendo sus labios, pero yo no escuchaba nada—. ¿Me lo puede poner por escrito? Es que yo no sé leer los labios —gesticulé con signos para que me entendiera.

—¿Qué si puede usted bajar la ventanilla! —gritó, aporreando el cristal.

Mi cara era la ficha roja del parchís, con los nervios no me había percatado de que la ventanilla aún estaba cerrada. Me tuvo que tomar por una idiota. Tanto me lo había creído que, el trompazo fue doble: el del coche y el de mi ego.

—¿Ha notado que se ha salido de la carretera?

—¡Ay! ¡No me diga, señor agente!, ¡y yo que solo pretendía darle un beso al quitamiedos! —dije sarcástica. A veces, los nervios me jugaban malas pasadas, y hablar estúpideces.

—¿Se está haciendo usted la graciosa? Carnet de conducir y permiso de circulación. Por favor.

Afortunadamente, mi vida no era tan desastre, en ese momento solo tenía en la guantera varios envoltorios de chocolate y una barrita a medias encima de la funda de los papeles. No puedo remediarlo, mi debilidad es el dulce.

—Tenga usted —le entregué temblorosa pensando que, por suerte, no me esperaba nadie, solo confiaba que no le dieran la mesa reservada a alguien que llegara antes que yo, por la tardanza. Y

sobre todo salir impune de tremebundo meollo.

—Debería existir multa por higiene en la guantera —refunfuñaba el agente, sacando un pañuelo del bolsillo y limpiándose las manos del resto de chocolate que había quedado derretido.

En ese momento, me dio la risa tonta; para disimular, me puse la mano sobre la boca, y noté cierta humedad en el dedo índice que rozaba con la punta de mi nariz. Entonces, bajé la mirada «Demonios, ¡no puede ser!», de repente vi un hilo de moco blanquecino que se estaba fusionando en mi mano, había estado en la nariz todo el tiempo, provocado por los malditos estornudos. Sin quitar la mano de la cara, intenté disimular aquel asqueroso infortunio, mientras que, con la otra, busqué en el bolso un paquete de clínex.

—No se mueva —me ordenó el agente, echando su mano a la pistola.

—¡Por Dios, solo voy a coger un pañuelo! —le comuniqué, sin quitarme la mano de la nariz.

—¡Ah! Sí, sí, puede llegar a ser repulsivo eso que lleva usted ahí... —me dijo, señalando con el bolígrafo hacia la cara.

—Verá usted, agente, lo que ha pasado es simple; me ha entrado picor de nariz, he estornudado y me he salido de la carretera —expliqué atacada. Lo único que me faltaba es que el chico, además de estúpido, tenía una cara poco agradable de ver.

La ficha roja del parchís, acababa de cantar las veinte, las cuarenta, había sacado las restantes de la casilla inicial y habían entrado en el casillero de llegada todas a la vez, de una sola jugada. No podía estar más colorada y avergonzada.

Después de diez minutos inicié la marcha, por supuesto, con la correspondiente multa por exceso de velocidad y el coche tatuado en el lateral. Guardé los papeles pringosos en la guantera, pero un leve picor de nariz volvió a aparecer, que con un simple apretón en las aletas afortunadamente desapareció.

Por fin llegué al parking, y me dirigí al restaurante El vagón 10. Ese aroma a chocolate de la guantera, hacía rato que me perseguía, como cuando pisas una caca, y vas arrastrando el olor a tu paso; debía de ser el hambre que empezaba a hacer su efecto. Por mi mente solo pasaba la idea de que aun siendo las 14:15, siguiera vacía la mesa reservada. Iba concienciada a solo dejarme llevar por las circunstancias, esperando que, de esta vivencia, de una comida en un restaurante de ambiente, surgiera algún tipo de historia interesante.

Volví a transformarme, como pude, en la mujer que estaba intentando ser antes de los estornudos. Subí dos escalones e hice la entrada en el restaurante. A continuación, una pelirroja con una gran melena suelta que parecían llamas de fuego, se acercó a mí, para recibirme y preguntándome sobre mi reserva.

—Su abrigo, por favor.

—¡Oh! Sí. —Me desprendí de él y se lo entregué, admirando ese maravilloso lugar.

Después, me hizo entrar hasta el fondo; una mesa pequeña me aguardaba en una esquina discreta, quizás demasiado discreta, ya que pensé que poco visible iba a estar y que de esa manera sería difícil que pudiera surgir alguna idea para la novela, solo me quedaba observar.

Su interior era una réplica exacta a un vagón de tren antiguo de madera, tipo años veinte, con sus asientos corridos de piel abotonados, encontrados unos frente a otros con una mesa central, su techo abovedado, y sus ventanales arqueados, con unas grandes lámparas de lágrimas de cristal. Tenía todo lujo de detalle.

A mi alrededor había varias mesas ocupadas, la gran mayoría por parejas de chicas o grupos femeninos, con todo tipo de indumentaria, desde las más discretas hasta las más multi coloridas; cabellos naranjas, y morados, camisetas rasgadas, botas a medio muslo, *piercing* por toda la cara. El lugar no dejaba duda del tipo de restaurante que era.

Observé cómo la chica pelirroja hablaba al oído a una de las camareras; una chica con unos bellos rizos negros, unos grandes ojos que se extendían con el maquillaje, un *piercing* en la nariz y sus labios eran como una fruta madura esperando ser mordidos; como mujer, puedo decir que era guapa a reventar. De repente recapacité, ¡Dios! Era ella, la misma chica con la que choqué el día anterior.

Se dirigió hacia mí, esos andares eran de mujer segura. Ese restaurante era de una gran clase, los uniformes hablaban por sí solos: una minifalda negra con una camisa abrochada hasta el cuello, con volantes, y con un lazo negro, un corpiño a la cintura atado con un cordón, y con la inexistencia de mandil. Desde luego todo allí estaba medido y hecho con gran exquisitez.

—¿Mía?, ¿Mía Duarte? —me preguntó entusiasmada, como quien ve a su mayor ídolo.

—Sí, soy yo. —Me incliné hacia atrás extrañada, para captar su imagen al completo. No había duda, aquella mirada era inconfundible.

—Encantada, soy Elisabeth, Eli para los amigos, soy una gran admiradora tuya, tu último libro *Campo de amapolas en una noche estrellada* me fascinó, lo tengo por ahí, ¿te importaría firmarlo? —me dijo ilusionada, sin ningún titubeo.

—Claro que sí. —Me llenó de gozo ser reconocida, gracias a mi libro, por una desconocida. En esos momentos me sentí importante, tanto que mi trasero no dejaba espacio en la silla; mi ego parecía estar resucitando de su letargo.

Con el mismo estilo que llegó, se marchó para volver a los dos minutos con el libro y con la carta de menús. Desde luego esta mujer era un desperdicio para los hombres, seguro que sería deseada por muchos, que se sentirían decepcionados al saber sus tendencias.

—Oye, Eli, felicita a los dueños de mi parte, este restaurante es una maravilla, nunca había visto nada igual —le comenté fascinada con aquel lugar.

—¡Oh! Gracias, me costó lo mío, pero tenía las ideas muy claras. —Me musitó simpáticamente, tocándose la punta de la nariz.

—¡Perdón! Lo siento, hoy no paro de meter la pata desde que he salido de casa. No tenía ni idea que serías la propietaria.

—¡Ah! No importa. —Agitó su mano quitando importancia—. A veces me pasa, me gusta integrarme con mi equipo de trabajo, soy una más de ellas, creo que esta política es buena y la manera de que no me fallen... ¡Em...! Perdona —interrumpió su propia frase, volviendo a tocarse la nariz, mientras miraba la mía.

—¿Pasa algo? —le cuestioné confusa.

—¿Me permites? —Cogió una servilleta, la mojó con la punta de su lengua y me la pasó por la punta de la nariz, al mismo tiempo que me sujetaba la barbilla— ¿Has comido chocolate?

—¡Oh! No, no, no. Es una larga historia antes de llegar aquí. Pero, gracias, gracias.

—¡Mmm! Perdona la confianza —me expresó sonriendo, después de limpiarme, arrugar la servilleta y metérsela en el bolsillo—. Es la costumbre con mis hermanas. A propósito, no me dio tiempo ayer a preguntarte si te hiciste daño.

—No importa, no pasa nada —contesté sonrojada. A decir verdad, no recordaba ese gesto desde que era pequeña y mi madre me limpiaba de la misma manera cuando comía un helado de chocolate, eran mis favoritos—. ¿Ayer? ¡Ah! No, tranquila, solo fue un pequeño choque, no pensaba que te acordaras de mí —añadí.

—Por supuesto que me acordaba de ti, una no choca así todos los días, con una chica tan guapa como tú. Y, bueno... ¿Qué te ha pasado antes de llegar para tanta metedura de pata? —Se sentó, apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó esos finos dedos y apoyó la barbilla sobre sus manos, clavando sus enormes ojos negros sobre los míos.

Un enjambre de abejas revoloteaba dentro de mi estómago; esa mirada me estaba haciendo sentir incómoda, el fuego me abrasaba la cara, y el temblor de manos fue palpable al sujetar el tenedor haciéndolo martillear sobre la mesa. Me había puesto nerviosa al sentirme intimidada.

CAPÍTULO 3

EL MENÚ

Creí que aquello podría ser un buen inicio para la novela, después solo tenía que dejarme llevar como pluma al viento, o quizás ¿solo tenía un simple comienzo?

Sin dejar de mirarme a los ojos, abrió la carta de menús, la colocó ante de mí, después, con su bolígrafo señaló sobre sus hojas plastificadas y me comentó:

—Las tostas de paté casero con mermelada de tomate, casero también, las ostras, las almejitas, los mejillones y los bollitos de picada con pimienta roja son nuestra especialidad, si quieres algo más tradicional, nuestro arroz a la sitgetana es un deleite, para chuparse los dedos.

¿Estaba tonteando conmigo? Me pareció que sus formas fueron insinuantes, debió de ser así, porque una llamarada de fuego me corrió por las venas, enrojeciendo de nuevo mi cara como un campo de amapolas, ¿ostras, almejitas, mejillones, bollitos...?

—¡Oh! Gracias por tu recomendación, creo que probaré el arroz a la sitgetana —contesté sonrojada.

—Muy bien preciosa, buena elección. Y ahora, ¿puedes dedicarme el libro? —preguntó, al mismo tiempo que se sentaba y me observaba con mirada sugerente.

Tomé el libro que tenía entre las manos, después lo abrí por la primera página, y caí en que no tenía un bolígrafo. En ese momento, noté que no paraba de mirarme mientras mantenía su barbilla apoyada en su mano y con la otra me estaba ofreciendo su *Bic* azul.

—¡Oh! Gracias.

—La que tú tienes, preciosa —musitó, cebándome con su mirada.

Sin duda podía sacar una buena historia, en el caso de que pudiera controlar los nervios que Eli me provocaba. Estaba tan cohibida, que el bolígrafo cayó al suelo, momento en que nuestros cráneos se encontraron en un fuerte golpe.

—¡Au! —gruñimos las dos al querer alcanzarlo al mismo tiempo.

Nos miramos, a la vez que ambas pedíamos disculpas y sonreímos de la situación, con la diferencia de que ella lo hacía sin ningún tipo de pudor, y yo por alguna extraña sensación no salía de mi nerviosismo. Cuando finalmente le pude firmar el libro, se levantó de la mesa con una amplia sonrisa dejando asomar su perfecta dentadura.

—Mil gracias, lo guardaré como oro en paño. En seguida te hago traer lo tuyo —Se marchó exagerando su contoneo.

Pero, ¿qué me pasaba? Pensé que esos ojos eran hechiceros e intimidantes. Jamás había experimentado esa especie de provocación y mucho menos me había sentido tan amilanada.

En tanto que esperaba, sujeté el móvil en mis manos por pura apariencia de seguridad en mí misma. Intentaban evitar a toda costa mirar hacia donde ella se encontraba; el interior de la barra, sirviendo una copa de vino. Observaba el móvil, sin mirar nada en concreto y de forma incontrolable no paraba de visualizarla, disimuladamente, con el rabillo del ojo.

Intuía que se acercaba, por el movimiento de su silueta. De nuevo los músculos se me tensaron, aunque, a decir verdad, desde que entré, en ningún momento había conseguido relajarlos. Creo que, por el hecho de pensar el motivo por el que estaba allí se agudizaba mi ansiedad.

—Una copa de vino, gentileza de la casa —me expresó con otra de sus relucientes sonrisas.

—¡Oh! Gracias, pero no era necesario.

—Sí que lo era, no habías pedido bebida, y yo necesitaba justificar una nueva visita a tu mesa —respondió de nuevo con actitud tentadora.

¡Yo buscaba una experiencia para el libro, pero esta era demasiada para mí! Ni en mis tiempos adolescentes, ni cuando Rubén me enamoró, había sentido tanta cortedad. Creo que la realidad se traducía a que no sabía cómo comportarme ante tal situación, por lo que decidí relajarme y actuar lo más natural posible. Además, se suponía que mi propio convencimiento en el coche, viniendo hasta aquí, era de mujer segura y empoderada, que, dicho sea de paso, ya lo era, pero esto parecía salirse de mis propios convencimientos. «Mía, ¿Tú no habías venido a por una historia? ¿Qué leches estás haciendo? No puedes dejar escapar una historia tan interesante como la que ya te está fluyendo. Aprovecha la situación». Pensé, mientras posaba la copa de vino sobre la mesa.

—Tengo una idea. ¿Te apetece sentarte a comer conmigo? —Removí el trasero acomodándolo en la silla, con síntoma de inquietud, pues pensé que fui demasiado directa.

—Te aseguro que me encantaría, pero tengo una idea mejor. ¿Te apetece ir a tomar un café fuera de aquí cuando termine? —sugirió incitante.

—Claro, sí... sí... por supuesto, perdona, yo... no pensaba que... —titubeé insegura. No me había equivocado. Me acababa de dar cuenta, que fue una propuesta demasiado indiscreta y rápida, sin tener en cuenta que ella estaba en su trabajo.

—Tranquila mujer, no pasa nada, es solo que aquí no me gusta. ¿Entiendes? —Aleteó su mano derecha, quitando importancia.

Se giró y se marchó. Elisabeth no estaba siendo consciente del repaso corporal que le estaba haciendo a su esbelta figura; estaba envidiando su perfección y su juventud o, ¿quizás era una atracción que me estaba haciendo sentir confusa? Recapacité y pensé que me estaba metiendo demasiado en el papel de mi historia.

Durante la media hora siguiente, la observaba e iba fraguando la idea del comienzo de mi novela,

extraje del bolso una pequeña libreta y un bolígrafo que siempre llevaba conmigo, y comencé a hacer anotaciones. La musa estaba llegando; una explosión de ideas azotó mis sentidos, y escribía de forma incontrolada, sin darme cuenta de que Eli llevaba un rato a mí lado, sujetando el plato de arroz.

—¿Interrumpo?

De un manotazo la cerré con la esperanza de que no se hubiera percatado de mis anotaciones. Podría ser embarazoso, ¡bastante embarazoso!

—Lo siento, no... no me había dado cuenta que estabas aquí.

—Se te veía muy concentrada. No quería interrumpirte.

—Por supuesto, no lo hacías. Además, estoy hambrienta, es una lástima que no puedas compartir conmigo este arroz.

—No te preocupes, tú come tranquila, y que aproveche. Espero que te guste, cómetelo con calma y disfrútalo —murmuró, mientras se marchaba contoneando de nuevo su cintura.

—Gracias Eli —le expresé con una sonrisa, a la que ella me devolvió un guiño.

El resto del tiempo me dediqué como alma solitaria a disfrutar de ese plato que estaba exquisito, haciendo alargar mi estancia allí. Entre cucharada y cucharada, seguía tomando notas y, de esa manera, iba extendiendo el tiempo para esperar la hora de su salida; algo que me venía perfecto para seguir escribiendo. Mis pensamientos eran un río impetuoso, que me desbordaba la mente de creatividad con cada palabra que fluía de mis manos.

—Me he tomado la libertad de traer el postre a mi elección —interrumpió mis letras mientras sujetaba un plato con un dulce.

—Gracias Eli, el arroz estaba buenísimo.

—Me alegro que te haya gustado, te lo retiro y te dejo este. Se llama Volcán, como ves tiene forma de cono invertido, es una explosión de sabores, su forma está hecha de galleta, recubierta de crema chorreante, simulando la lava, y relleno de fresa a modo del fuego rojo y trozos de chocolate que imitan los trozos de roca carbonizados del magma.

—¡Qué original! Tiene una pinta increíble, seguro que sabe tan bien como se ve —respondí sorprendida, y la boca me empezó a salivar. Parecía que Eli sabía la debilidad que tenía con el dulce.

—Te aseguro que sí, por eso te lo traje, te repito, es nuestra especialidad. Disfrútalo. Yo enseguida acabo —Se marchó, como siempre, plasmando una sonrisa.

En cada una de esas visitas las ideas se me acumulaban, sintiendo la necesidad de no parar de escribir, mientras saboreaba ese delicioso postre que jamás había probado.

Miré el reloj, eran las 15:45 de la tarde. Rubén no se había molestado ni en mandarme un mensaje, y mucho menos una llamada. Sin duda, las negociaciones de ventas se estaban convirtiendo en algo agotador para nuestra relación. Incluso, había momentos que hasta dudaba de sus explicaciones y excusas. Por supuesto, yo nunca había sido celosa ni controladora, una de las bases de nuestra relación siempre había sido el respeto y la confianza, cosa que no se podía decir de él. Pues, conmigo lo tenía fácil, siempre estaba en casa escribiendo y nunca veía motivos para la duda.

—¿Ha terminado usted? —me preguntó la camarera. Fue la única vez que no se acercó Eli a la mesa.

—Sí, gracias, todo estaba muy rico —Eché el cuerpo hacia atrás retirando las manos de la mesa, junto con la libreta—. ¿Me traes la cuenta?, por favor.

—Está, usted invitada —respondió con simpatía mientras retiraba los platos.

—¡Por Dios, no!, no puedo permitirlo.

En ese momento vi a Eli salir por una puerta tras la barra, había cambiado su indumentaria: unos vaqueros ceñidos, con una camiseta de manga larga negra, en su pecho llevaba impreso Metálica, una chaqueta de piel negra y unos botines de tacón ancho.

—¿Has terminado, Mía? —preguntó acercándose a la mesa, mientras se colocaba la chaqueta.

—Yo sí, estaba esperando que acabaras para no interrumpir tu trabajo. Pero Eli, no puedo permitir...

—Bueno yo os dejo chicas, voy a seguir recogiendo. Que paséis feliz tarde —nos expresó la camarera, con una sonrisa socarrona guiñando un ojo a Eli.

—En serio, Eli, dime cuánto te debo —insistí, sacando el monedero del bolso. En ese momento eché un vistazo a mi alrededor y vi que casi no quedaba nadie.

—Tranquila mujer, tómalo como un agradecimiento por deleitarme con tu libro y por tu firma. Ahora me invitas tú al café —manifestó, echando su mano sobre mi hombro.

—Eli, muchas gracias de verdad, pero esto no era necesario —alegué levantándome de la silla. A continuación, cogí el bolso, y nos dirigimos a la salida, donde la chica pelirroja aguardaba en la puerta con el abrigo, preparada con los brazos abiertos para colocármelo.

—Gracias, muy amable —expresé mientras introducía los brazos dentro del abrigo.

—Que tengáis buena tarde —sonrió la chica lanzándole una señal de complacencia a Eli.

Justo al salir, recapacité de que no había cogido la libreta, por lo que di un giro brusco.

—Un momento, Eli —Corrí hacia la mesa que ya la estaban retirando, pero di un paso en falso que me hizo doblar el tobillo, por lo que di tres zancadas en las que en cada una de ellas iba

intentando enderezar mi cuerpo. Pretendía evitar la caída abriendo mis brazos, buscando un equilibrio. No conseguía tomar el control y noté que la cabeza iba por delante de mi torso, parecía que nunca iba a frenar y, de repente, una mano me sujetó del abrigo por la espalda, dejándome colgada como en un perchero. Al notarlo, miré hacia atrás.

—Tienes estilo hasta para evitar caerte —me dijo mi salvadora.

La sangre hirvió en mis venas, noté en el rostro como mil alfileres clavados en la piel, y el corazón parecía ser vomitado por la boca.

—¡Eh! ¡Eli!

—Tranquila mujer, todos nos hemos caído alguna vez, y tú, por suerte, ni lo has hecho.

—¿Por suerte? —cuestioné mientras me recolocaba el abrigo.

—Bueno, sí... Por mí —vaciló graciosamente, frotándose las uñas en su pecho—. Me debes una.

—¿Buscabas esto? —preguntó la camarera, dirigiéndose hacia nosotras, mostrando mi libreta.

—¿Eh? ¡Oh! Sí, gracias.

—¿Podemos irnos ya? —sonrió Elisabeth— Y pisa fuerte por donde vas, no quiero que te mates el mismo día que te he conocido.

CAPÍTULO 4

TARDE DE CAFÉ

Había dejado de llover, pero el cielo estaba avisando la llegada de una buena tormenta, y en escasas dos horas llegaría la noche. Pero a las calles, no parecía importarle lo más mínimo; la iluminación navideña, los villancicos y el gentío, daban alegría a esa oscuridad impuesta por el tiempo.

—Vamos a la cafetería que hay a la vuelta, tienen un café arábico buenísimo, suelo ir mucho por allí cuando cierro el restaurante —indicó animada mientras se enganchó de mi brazo— ¿Te gusta el café?

—Sí, claro, me parece perfecto, sobre todo no alejarnos demasiado si queremos evitar terminar empapadas.

Como bien dijo, estaba a escasos metros de su restaurante, casi sin tiempo de iniciar algún tipo de conversación que no fueran frases cortas.

—De haberlo sabido me hubiera puesto más cómoda, siento desentonar contigo —dije mientras, mirando mi vestimenta comparándola con la suya desenfadada.

—Estás muy guapa como vas —puntualizó Eli, con esa mirada felina, que me recorrió de arriba abajo—. Tienes estilazo.

Entramos al café, era de doble altura, de un rollo tropical, tonos blancos y verdes, no parecía que dejáramos atrás el ambiente gris que nos envolvía. Estaba casi lleno, apenas tres mesas vacías, en lo que parecía haber al menos veinte. Nos dirigimos a la más cercana, que estaba justo en medio del local, delante de la cristalera. Era confortable y acogedora y, sobre todo, calentita.

—Buenas tardes, Eli, ¿lo de siempre? —preguntó una camarera corpulenta con libreta en mano.

—Sí, por favor.

La camarera dirigió su mirada hacia mí

—Yo, un café con leche, por favor.

En ese momento me di cuenta que ahora la tenía enfrente, no sabía hacia dónde dirigir la vista, la timidez me abordaba, algo inusual en mí, y es que sabía que su mirada y sus pensamientos iban más allá del simple hecho de tomar un café. Imaginé que su deseo era otro, y su expresión era casi lasciva, pero yo tenía una misión: sacar provecho de esa tarde para inspirarme en mi obra, tan solo un par de horas me eran suficientes para empaparme de ideas, porque ya tenía la musa.

—¡Por fin sentada! Estaba agotada, y ayer domingo fue un día extenuante, casi sin tiempo para descansar. Tuvimos todas las mesas llenas, ¿sabes? —comentaba mientras se quitaba la chaqueta

y la dejaba sobre el respaldo de su silla.

—La hostelería es muy sacrificada, debe de gustarte mucho.

—Me apasiona, sobre todo el trato con la gente —suspiró—. Y, dime, ¿cómo una chica como tú, en un sitio como este?

—Mujer fatal, siempre con problemas... —le contesté, cantando la canción de *Burning*, a lo que nos salió a las dos simultáneamente una carcajada.

Fui espontánea, algo que ni ella ni yo misma esperábamos. Parecía que empezaba a relajarme.

—Necesitaba salir de casa, llevo tiempo encerrada y mi marido hoy pasará el día fuera con unos clientes. Esto se está convirtiendo ya en una costumbre agotadora anímicamente para mí. —El olor de ese aroma a café me embriagaba y el sonido de la cucharilla sobre la taza en ese momento era hasta casi relajante.

—¿No tienes amigas? No creo que el hecho de que tu marido no esté en casa, signifique que tú te tengas que castigar. —Abrió el envoltorio de una galletita.

—¡Oh! Sí, claro, pero fue algo no premeditado, y no tuve tiempo de reaccionar. Y la verdad, a pesar de la soledad que me acompaña últimamente, me apetecía seguir con la misma soledad, pero fuera de esas cuatro paredes. Necesitaba pensar y reflexionar sobre mi vida.

—Por cómo lo dices, pareciera que no va bien tu matrimonio. Suena a cansancio mental.

—No es que vaya bien ni mal, simplemente está ahí. —Abrí también mi galleta y le di un pequeño bocado.

—¿No has pensado, que quizás estés perdiendo parte de tu vida en algo que ya no es para ti? —insinuó—. Yo, cuando algo ya no me hace feliz, lo dejo. Es mi vida, y yo manejo mi timón.

Me quedé pensativa con su pregunta, escuchando el ruido que nos rodeaba del murmullo de la gente, y una suave melodía, casi inapreciable.

—¿A qué te refieres?

—No sé, quizás ha llegado el momento de finalizar una etapa y comenzar otra si no te hace feliz tu actual situación.

—La verdad, no me lo había planteado, Rubén y yo nos queremos y, hasta hace poco, nuestra relación era perfecta —hice un silencio—. Y tú, ¿estás sola? —disparé la pregunta.

—¿Yo? ¡Hum! Sola no, tengo muchas amistades, si te refieres a parejas... Por el momento, desde mi última relación con Ana, hace un año, no he vuelto a tener nada serio.

—¿Te puedo preguntar qué pasó? —Soplé el humillo del café y le di un sorbo.

—Puedes... Me enteré que tenía un par de relaciones más, paralelas a la mía. —Frunció sus cejas

esperando una reacción.

—¡Vaya! ¿Y tenía tiempo para todas? —Expresé haciendo la misma elevación de cejas.

—Eso parece —sonrió irónicamente, luego dio un sorbo al café y, a continuación, reposó la espalda en la silla y mirándome preguntó:

—De mujer a mujer... ¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa?

—Eli, por favor —me sonrojé y miré hacia la ventana.

—No te lo ha dicho nunca una mujer, ¿verdad?

—¡Oh! Claro que sí, mis amigas, mi madre...

—Sabes a lo que me refiero, pero tranquila, no tienes de qué preocuparte, ¿sabes? —susurró—. Aún, no me he comido a nadie. Relájate mujer. Estás tensa desde que entraste al restaurante, o ¿te crees que no lo he notado? —Sonrió.

—¡Eli! Me vas a sacar los colores. Cállate ya.

—Bueno, te confieso algo... No me gustan las rubias —puntualizó, irónica—. Venga, va... Esto es solo una reunión de chicas, en serio, relájate. Me portaré bien, pero no te prometo nada, ja, ja, ja. De verdad, Mía, eres una mujer increíble.

—Eli, por Dios.

—Venga, ya me callo.

A medida que pasaba la tarde, entré en un estado de relajación que, durante las horas anteriores, no había conseguido. Imaginé que Eli iría al grano en el momento que nos viéramos a solas, y agradecí que no lo hiciera, y que solo bromeara sobre ello, pues mi nerviosismo a veces me la jugaba; quizás por su belleza, el ser conocedora de su tendencia sexual, y meterme en el papel de por lo que estaba allí realmente (el libro) me equivoqué, quizás simplemente era una gran fan mía y estaba realmente agradecida por la firma del libro.

Tras una hora allí, a través de las cristaleras hubo algo que me llamó la atención, algo que me hizo erguir el cuerpo, una sensación de angustia, que cambió el semblante de mi cara.

—¿Ocurre algo, Mía?

—No, nada, ¿por qué? —Agité la cabeza, intentando borrar de mi mente lo que acababa de ver.

—Parece que has visto al diablo. —Giró su mirada hacia donde había estado la mía bien clavada. Aquello realmente no me lo esperaba. Todo mi mundo parecía haberse derrumbado en un instante. No paraba de mirar, quería asegurarme de que, lo que estaba viendo, era real.

—No pasa nada, Eli —Apoyé los codos en la mesa y me sujeté la frente con las manos.

—Es tu marido, ¿verdad? —musitó, agarrando mi muñeca.

—Sí, lo es. —Dejé mis brazos caer sobre la mesa, y ella sujetó mis muñecas consolándome.

—Bueno... Mía... No es para tanto.

—Supongo que no, cuando sabes que es alguna amiga en común, o alguien que yo conozca de nuestro ámbito, o de quien me haya hablado en alguna ocasión. Creía que no teníamos secretos el uno con el otro. Pero verlo con una chica enganchada de su brazo, los dos regodeándose de risa, casi se podría decir en una felicidad plena, da que pensar, ¿sabes? Supuestamente estaba en negociaciones con una pareja alemana para cerrar la venta de una vivienda. Y lo más extraño para mí, es que esa negociación durara todo el día, y como algo no habitual en él, no haya tenido ni una llamada desde esta mañana a las 8:00. Yo lo conozco y sé cómo actúa. Y ese, no es mi Rubén, al menos el que yo conocí.

—Espérate a que os veáis, igual tiene una explicación lógica, no adelantes acontecimientos. Quizás te estés haciendo tu sola una película.

—¿Tú crees, Eli? ¿Tú no te preocuparías? —le cuestioné, mientras contemplaba cómo se introducían en otro café justo enfrente.

—Preciosa, olvídate ahora de Rubén, disfruta de tu tarde, como lo está haciendo él. —Se acercó para acariciar mi cara.

Sin haber cotejado nada, ya me sentí traicionada, creí que nuestra relación estaba basada en el respeto y la confianza. Un océano de dudas me comenzó a rondar: ¿desde cuándo? ¿Por qué? La tarde ya era oscura, pero mi vida se acababa de apagar aún más. Me había convertido en una mala compañía, a pesar de que Eli intentaba quitar hierro al asunto y distraerme. No conseguía que se borrara la idea de que, a tan solo veinte metros de mí, estaba mi marido con una mujer, probablemente el motivo de nuestro distanciamiento en nuestra última etapa.

—Eli, lo siento, tengo que irme, no me encuentro muy bien. —Me levanté con tristeza y, con la vista hacia el suelo, por la vergüenza de abandonarla de esa manera, pero mi vientre, en ese momento, estaba encogido de dolor.

—Te entiendo, no te preocupes. —Cogió el móvil de la mesa, escribió algo en él y me lo devolvió—. Ahí tienes mi teléfono, si necesitas hablar, no dudes en llamarme.

—Gracias, Eli, por todo, ha sido una tarde fantástica, he conseguido salir de mi agujero, ahora tengo que enfrentar esto. Quizás estaba escrito el que saliera para darme cuenta de la verdad de mi matrimonio.

Cogí el abrigo y me marché. Entonces, junto al café donde estaba él, dudé durante unos minutos si entrar o no. Quería pillarlo in fraganti, pero la angustia que sentí de imaginar que me lo encontrara en circunstancias comprometidas, me frenó. El hecho de meditar y saber que el local estaba lleno de gente me paralizó de la vergüenza, por lo que retomé el camino, y como alma que lleva el diablo, con los ojos inundados de lágrimas llegué hasta el coche. Salí a la carretera y, a los pocos minutos, comenzó a llover. La rabia me invadía, la pena y la decepción se me habían

apalancado. Pasó ante mí como una película, todos estos años de momentos felices, intentando encontrar en cuál todo empezó a cambiar. Quería llegar lo más pronto posible, tanto que, aumenté la velocidad, pero un coche delante de mí, me interrumpió el paso. En un intento de adelantamiento, entre el llanto y la lluvia no pude ver el vehículo que venía de frente, así que tuve que dar un fuerte volantazo que casi me hizo salir del carril, fue cuando escuché un gran bocinazo y el derrapar de las ruedas por el asfalto encharcado. Entonces, frené en mitad de la carretera y, de repente, me encontré con las manos apretadas al volante y el cuerpo rígido. Al momento, vi alejarse como puntos en el horizonte a los otros vehículos. Reaccioné y me posicioné para continuar, pensando en lo que podía haber pasado por mi estado emocional, el corazón casi lo escupí por la boca.

Llegué a casa, y fue como llegar a un lugar diferente para mí, donde todo lo que había vivido, había sido solo una fantasía, un sueño que, al despertar, todo se desvanecía. Había vivido en una mentira, en una irrealdad, de la que estaba despertando.

Me dirigí al cuarto de baño para refrescarme la cara. Pude ver en el espejo el reflejo de un rostro lleno de dolor, decepción y tristeza. Di un grito silencioso pidiendo consuelo a algo inexistente. Mis lágrimas y mis sollozos no cesaban, cargados de angustia y derrumbe. Después, abrí el grifo, cargué mis manos de agua fría, y encharqué los ojos en varias ocasiones.

Caminé hacia la cocina, porque necesitaba tomar algo que me relajara, algo que hiciera desaparecer como por arte de magia las imágenes que se me reproducían, una y otra vez, en mi cerebro.

Sin saber cómo, me encontré tirada en la cama con una camiseta, ya que mis movimientos se realizaron por inercia; me cambié la ropa sin darme ni cuenta, mientras pensé en cómo reaccionar cuando volviera Rubén. Mientras tanto, la pastilla hizo su efecto y me quedé profundamente dormida.

CAPÍTULO 5

LA DECEPCIÓN

—Mía, cariño, cariño, despierta —escuché el susurro de Rubén, mientras me pasaba la mano por el brazo.

—¡Eh! —emití un gemido, aturdida.

—Despierta, despierta —volvió a susurrarme.

—¿Qué hora es? —le pregunté estremecida, aún sin tener conciencia de la realidad. Mi sueño profundo me impedía recordar el motivo por el que estaba medio drogada durmiendo antes de lo habitual.

—Solo las ocho de la tarde. ¿Qué haces acostada tan temprano? Tengo cosas que contarte —me respondió excitado.

Por fin, fui entrando en conciencia y un ardor abrasó mis entrañas. Acababa de llegar el motivo de mi decepción. Vino feliz y contento, ingenuo de mi descubrimiento. «Falso, hipócrita y cínico», pensé. Venía de estar en los brazos de esa, y seguramente de su cama.

—He cerrado la venta cariño, ¡un millón de euros!

—Qué bien, me alegro por ti —le expresé, sin ningún tipo de interés.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿No te alegras?

—Ya te he dicho que me alegro por ti —respondí sin apego. Continué apoyada en la almohada, incapaz de mirarlo a la cara.

—Pues no lo parece, deberías alegrarte por ti también —contestó con un tono más elevado.

—¿Hasta ahora has estado con tus clientes?

—Claro, ya te avisé de que llegaría tarde. Estas cosas funcionan así. Y mira los resultados.

—Claro, claro, me avisaste, sí, lo sé. ¿Y qué tipo de clientes son? —le cuestioné, desconfiando de sus palabras. Esperé tontamente que me dijera algo que despejara mis dudas.

—Son un matrimonio mayor. Unos ricos jubilados que quieren pasar aquí el resto de sus días.

—¡Ah! Estupendo —manifesté. En ese momento más me encajaba el engaño, «¿unos viejos jubilados?», pensé.

—Pero, ¿se puede saber que te pasa? No muestras ningún entusiasmo. —Avanzó unos pasos

hasta ponerse a la altura de mi cara.

—Nada, me duele la cabeza. ¿Puedes dejarme dormir? Mañana lo hablamos.

—Esto es increíble, paso el día fuera cerrando una buena venta, y esto es lo que me encuentro al llegar a casa —vociferó, saliendo del dormitorio.

Tenía más rabia que dolor, o ambas cosas a la vez. Solo pensaba en tirarme a su cuello y decirle embustero. Mi mandíbula apretada soltaba parte de mi ira furiosa. Pero no quería actuar de forma impulsiva, estaba estudiando la forma de pillarlo, no dando lugar a que pudiera mentirme en mi propia cara.

Sentí que tenía que hablar con Eli, ella había presenciado todo, de alguna manera quería saber si, en algún momento, estaría dispuesta a ser mi testigo en caso de necesidad. Además, me había ido de una manera que no se merecía. Por lo que cogí el móvil y abrí el *whatsapp*.

MÍA: *Eli, soy Mía, este es mi móvil. Siento la manera en la que me he marchado. Espero que me perdones.*

ELI: *Hola, preciosa, no importa, sé por lo que puedes estar pasando. Ya te dejo grabada. ¿Cómo te encuentras? Tenía que comentarte algo y no sabía tu número, menos mal que me has hablado.*

MÍA: *A decir verdad, nada bien. Acaba de llegar tan fresco, diciéndome que ha cerrado la venta con un matrimonio mayor.*

ELI: *...escribiendo*

—¿No te dolía la cabeza? Seguro que a tu amiga Natalia le tienes más entusiasmo que a mí —refunfuñó en tono despectivo, mientras entraba al dormitorio, y me veía con el móvil.

—Tú, ¿qué sabrás de mi vida? Si te pasas el día fuera —le respondí, en esta ocasión, con más brío.

—Bien podrías estar agradecida. Vivimos como vivimos gracias al trabajo —dijo, levantando el tono de voz y mostrándome un dedo como señal de autoridad.

Su silueta allí plantada, delante de mi cara, aún acostada, me producía náuseas.

—¿Perdona? ¿A tu trabajo solo? Te recuerdo el éxito de mi libro, por el que aún estoy recibiendo grandes ingresos —grité. En ese momento, me incorporé de la cama mostrando mi disconformidad con su intervención.

—¿Hasta esto hemos llegado? ¿A echarnos en cara el dinero de cada uno?

—Tú sabrás, has empezado tú. Y, a decir verdad, yo no necesito tanto, me gustaría mejor verte más tiempo en casa, o hacer alguna actividad juntos. Pero tus negocios ya se han trasladado hasta los fines de semana.

—Qué injusta eres. Sabes que hay clientes que, por trabajo, no pueden dedicarse entre semana.

—Manoteaba mientras me miraba, dando vueltas alrededor de la cama.

—Claro, para eso estás tú. Dejando en declive, cada día más, nuestra relación.

—Te estás volviendo insoportable, egoísta y desagradecida —gritó, dando un fuerte portazo al marcharse.

ELI: *Me crucé a la cafetería cuando te marchaste.*

MÍA: *¿Viste algo?*

ELI: *Nada anormal, tomaron unas copas sin ningún tipo de tonto, ella recibió una llamada, tu marido miró el reloj, ella se marchó, él pagó y se fue cinco minutos después de ella.*

MÍA: *¿A qué hora fue eso?*

ELI: *Hace poco, si dices que ya está allí, no le ha dado tiempo de más nada.*

MÍA: *Gracias Eli. Ya te contaré. Un beso.*

ELI: *Cuídate,*

Estaba tan confundida como al principio, a pesar de que Eli parecía creer que me daba una buena noticia. Lo único que me aliviaba es que al menos en esa tarde, no se habría ido a la cama con ella. Pero, ¿quién era? Era evidente que el cierre de la compra con el matrimonio mayor había terminado antes. Y la actitud con ella, por la tarde, era de total felicidad, algo que ni conmigo ha mostrado últimamente.

Estaba aún aturdida por el fármaco y ni apetito tenía para levantarme a la cena. Por lo que, me quedé dormida sin apenas darme cuenta.



Eran las siete de la mañana cuando desperté, aún estaba oscuro, el cielo seguía encapotado. Entonces, miré a mi lado esperando ver a Rubén pero, por la forma de las sábanas, no había dormido en la cama. Me levanté soliviantada, la puerta estaba cerrada como la había dejado la noche anterior. «¿Y si se ha marchado durante la noche a sus brazos?». Entré al salón, no había señales de él; después, fui a la cocina y ni una indicación de que hubiera estado allí; luego, entré al baño del pasillo, tampoco estaba. A cada minuto, me convencía a mí misma que la situación estaba peor de lo que yo pensaba. Me quedaba por mirar en dos de las habitaciones que normalmente eran para invitados. Abrí la primera y allí estaba, dormido como un bebé. Sin ningún tipo de remordimiento.

Me dirigí a la cocina para preparar un café, que tomé junto a la ventana viendo caer la lluvia en

el lago. Esa imagen siempre me relajaba, hacía escaparme de mis pensamientos, evadiendo mi mente a fotogramas en blanco; una especie de limpieza cerebral.

Una vez acabé el café fui al baño y tomé la ducha matutina habitual. Mientras recibía la calidez del agua, inevitablemente recordé la tarde anterior. Las gotas de agua se mezclaban con mis lágrimas al mismo tiempo que sentí un vacío extraño. En cuestión de horas, mi vida había cambiado por completo. En ese momento, la tristeza era la dueña de mi propia existencia.

Esta vez me encerré en el despacho, sentada delante de la pequeña ventana, no tenía las mismas vistas, pero prefería intimidad, con el ordenador encendido, puse la primera página en blanco. Ahí recordé la libreta donde tenía apuntadas decenas de anotaciones, por lo que regresé al salón donde había dejado el bolso, la extraje y al girarme, sin esperarlo, me topé con Rubén, entonces lo miré escasos segundos, después agaché la mirada y me marché.

—Buenos días, al menos —me dijo, levantando la mano de forma sarcástica.

—Buenos días. —Giré y me marché.

—¿No crees que estás llevando esto demasiado lejos? —me gritó desde el salón.

Cerré la puerta ignorándolo, luego me senté y ojeé la libreta, en breves minutos, me encontraba escribiendo una línea tras otra, fluían solas sin cesar, sus páginas estaban cargadas de dolor, era una expresión intensa de mí misma.



Había estado tan inmersa en mis letras, que ni me había dado cuenta de que la mañana había acabado. A través del ventanal vi aparecer el coche de Rubén a su vuelta de la oficina, o quizás de enseñar alguna casa, o en el peor de los casos, de estar con ella. Supe que se marchó porque lo vi en el carril al igual que lo vi llegar. Agradecí que no se despidiera de mí, no solo porque estaba concentrada en lo mío, también porque no me apetecía ver nada su cara. Con tan solo mirarlo, me imaginaba escenas de él con ella. Ojeé el reloj y eran las 2:15 de la tarde. Al escucharlo entrar al salón, sentí una inmensa angustia; solo el hecho de saber que, tarde o temprano, tendría que afrontar las cosas, me daban ganas de vomitar. Fue cuando abrió la puerta del despacho:

—Ya he vuelto —me dijo con un semblante serio.

—Ya me he dado cuenta.

—Tenemos que hablar. —Anduvo unos pasos y se puso delante de mí con las manos metidas en los bolsillos.

Hubiera preferido que la mañana pasara más lenta, esa frase me hizo temblar, era evidente que, en algún momento, había que plantar cara al asunto.

—Pienso que sí —respondí, dando un giro al sillón y me levanté preparada para escuchar su desliz amoroso y la esperanza de una suplica de perdón. De lo cual, no estaba muy segura de aceptar.

—Me han llamado los clientes de ayer, quieren que cenemos hoy, como muestra de agradecimiento por el buen trato al que hemos llegado.

—¡Ja! ¿Otra vez? —expresé con desagrado. Mi imaginación ya estaba volando sobre qué excusa me estaba poniendo en esa ocasión para verla de nuevo, y precisamente por la noche. Las consecuencias fueron un cuerpo tenso y a la defensiva. Y yo pensando que era para todo lo contrario— ¿Te has propuesto definitivamente acabar con nuestro matrimonio?

—No, Mía, esta vez quiero que vengas conmigo, quiero que te des cuenta por ti misma cómo funciona esto, y quiero que los conozcas, les he dicho que cenaremos todos juntos. Así que... elige un restaurante y pide reserva para esta noche a las 9:00.

Hice silencio ante esa respuesta inesperada. Lo que yo creía que se iba a convertir en una fuerte discusión y probablemente en un planteamiento de separación, había dado un giro. No es que me sintiera mucho mejor, al menos sabía que no había llegado el momento de encararse con mi fantasma. Prefería ser yo, la que lo pillara en sus brazos, para que no tuviera ningún tipo de excusa ni justificación.

—¿Me estás escuchando, Mía?

—¡Eh! Sí, sí, estaba pensando el sitio —callé. El primero que se me ocurrió fue el de Eli, no sé por qué, pensé que sería buena idea—. El vagón 10.

—¿El vagón 10? ¿Qué restaurante es ese?

—Me han hablado muy bien de él.

—Pues llama y haz la reserva, no creo que hoy martes haya problema. —Se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Cogí el móvil y, con él en la mano, me quedé pensando si sería buena idea o no. No quería levantar sospechas de que yo estuve allí el día anterior, pero inmediatamente después, reaccioné y marqué su número.

—¡Mía! —exclamó, contenta de oírme.

—Hola, Eli.

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Va todo bien? Llevo toda la mañana pensando en ti. Me tenías preocupada.

—Tranquila, todo está igual, pero bien, gracias. Solo te llamaba para pedirte una reserva para esta noche.

—¿Una reserva? ¿Para ti? ¿Me echas de menos? —bromeó.

—Qué guasona eres. Es para cuatro personas, Rubén ha quedado para cenar con los clientes de ayer, y me ha pedido que reserve mesa, de alguna manera quiere demostrarme su tardanza de anoche, ¿cómo si con eso fuera a justificar lo que tú y yo sabemos! Y bueno, no se me ha ocurrido ningún sitio mejor.

—Gracias, por la parte que me toca.

—No las merece, ayer me gustó conocerte, pasamos buena tarde, ver caras nuevas y el hecho de que presenciabas lo que presenciaste, no sé... Te veo como una amiga cómplice, aunque solo nos vimos una tarde. Igual no es buena idea y estoy abusando.

—Qué tonterías dices. ¿Abusar? ¿De qué? Yo estoy encantada de volverte a ver. Ahora mismo te tomo nota. ¿A qué hora queréis venir?

—¿A las 9:00 puede ser?

—Sí, perfecto, para esa hora tenéis mesa para cuatro.

—¡Ah! Una cosa más, Eli. ¿Podría ser el tener total discreción, y que no note que estuve allí?

—No te preocupes, preciosa, aquí todas somos como tumbas.

Salí del despacho, Rubén se encontraba haciendo una ensalada y descongelando un *tuper* de guiso que tenía guardado para días con falta de tiempo. La tensión se respiraba en el aire; para mí, el hecho de la cena no era una explicación a lo que yo había visto. Él seguro esperaba que con su invitación lo tenía todo solucionado, y esperaba que yo diera el primer paso para acabar con ese mal ambiente. Mientras cogía los cubiertos rompió el silencio en el que solo se escuchaba el trinar de los cacharros:

—¿Piensas seguir así esta noche también?

—Creo que en el tiempo que llevamos casados, nunca me has visto faltar el respeto a algún cliente tuyo.

—Solo con verte esa cara, los vas a espantar. Por fortuna, el contrato ya está firmado —decía, mientras seguía cortando lechuga para la ensalada, aunque en su tono parecía querer romper el hielo bromeando.

—Muy gracioso —contesté, con una inclinación de boca.

Nos sentamos y el silencio seguía haciendo acto de presencia; aunque, de vez en cuando, él soltaba alguna frase con la pretensión de que todo se calmase.

—¿Has empezado tu libro? —me preguntó, llenando su copa de vino.

—¡Hemmm! —bramé como contestación, por la propia inapetencia de iniciar alguna conversación sin dejar de mirar mi plato.

—¿Eso es un sí? —dio un sorbo y me miró.

—Sí

—Por cierto... ¿Te has dado cuenta de que tú coche está terriblemente arañado?

—Hemmm —volví a bramar y mi corazón se aceleró. Intentaba disimular; presentía que se acercaba una borrasca.

—Entiendo también que es un sí.

—Si no te importa ahora mismo prefiero no hablar de ello. —Seguí pinchando tomate.

—Tranquila, ya me lo contarás cuando se te pase el mosqueo. —Elevó sus manos como signo de stop. Y el silencio volvió a su estado.

Cuando terminé, recogí mi plato y me volví a encerrar en el despacho, no quería que se me escaparan todas las ideas que me estaban fluyendo a borbones.

A las cinco de la tarde, entró y me dio un beso en la frente.

—A las 8:30 te recojo, ponte guapa que quiero presumir de mujer —sonrió, pero su cara picarona no afectó en ningún momento mi comportamiento hacia él.

CAPÍTULO 6

REUNIÓN CON LOS ALEMANES

Sonó el claxon a la hora acordada, mientras yo estaba terminando de pintarme los labios, cuando acabé cogí mi chaqueta de cuero roja y la cartera negra. Esta vez decidí ir más cómoda: un pantalón de piel negro y un jersey de cuello de cisne, también negro, con mis botines rojos y la melena rubia al viento. Avancé hacia el coche y entré en un silencio sepulcral.

—Te has puesto guerrillera, ¡eh! Espero que no saques las pistolas en mitad de la cena —me dijo, de nuevo bromeando, pero solo recibió un silencio por respuesta.

Le fui indicando el camino. Él ya les había dado la ubicación a los clientes. Llegamos al parking donde yo misma lo había dejado el día anterior, y en breve estuvimos en el restaurante. Subimos los dos escalones y allí estaba la chica pelirroja.

—Buenas noches, ¿a nombre de quién tienen la reserva? —nos preguntó, mirándome a la cara, sonriéndome de forma cómplice. Rubén no habría notado que había estado allí.

—Mía Duarte —le contesté.

Nos hizo seguirla hacia la mesa, aunque la pareja aún no había llegado. Vi a Eli detrás de la barra, rellenando unas copas de cerveza; justo en ese momento nos miramos sin dar ningún tipo de pista de nuestro secreto.

—¿Quieren que les cuelgue sus abrigo? —Extendió la joven sus brazos.

—Sí, gracias. —contestó Rubén, deshaciéndose del suyo. Inmediatamente después le entregué el mío.

Todo iba de lo más normal, nos sentamos y Rubén estuvo haciendo un repaso de todo el restaurante, su cara lo decía todo, quedó tan impresionado como yo el primer día.

—Este restaurante es una pasada. —Se giró, observando todo a su alrededor de ese impresionante decorado.

Continuó visualizando el entorno, había algo que le llamaba la atención, se me quedó mirando con un gesto de extrañeza, volvió a mirar a su alrededor, y volvió a mirarme.

—Este restaurante... —comenzó a decirme susurrando.

—¿Qué le pasa al restaurante? —le cuestioné a la defensiva.

—Es de ambiente... —seguía susurrando.

—¿Acaso te han prohibido el paso? No empieces con tus estupideces.

—No... si a mí me da igual, pero este matrimonio es mayor, no sabemos cómo se lo tomarán.

—Pues si tienen prejuicios que se los coman.

—Pero Mía... ¿No lo habrás hecho a propósito?

—¿Tú estás loco? Solo me hablaron muy bien de él y, a decir verdad, la primera impresión lo merece.

En ese momento, se abrió la puerta; a continuación, un matrimonio mayor entró y la chica pelirroja llevó a rajatabla su protocolo. Los hizo pasar a donde estábamos nosotros, por lo que Rubén se levantó al llegar a nuestra altura.

—Buenas noches... Armín... Beatrisa... os presento a mi mujer, Mía.

—Encantada —me levanté y les di a cada uno, amablemente, dos besos en las mejillas. A lo que ellos respondieron de la misma manera. Después tomaron asiento, con unas sonrisas que parecían traerlas tatuadas de su casa, sin casi dejar esconder los dientes en ningún momento.

—¿Han tenido algún problema en llegar? —les preguntó Rubén, poniendo la servilleta sobre sus rodillas.

—¡Ah! No, no, no, amigo mío, enseguida yo llegar con GPS —contestó con su acento alemán, reclinando su espalda en la silla.

—Tienes una mujer muy guapa, Rubén —refirió Beatrisa; era una mujer grande, rubia, con pelo a lo Lina Morgan, con unos iris azules como el cielo y la tez tan blanca como la leche.

—¡Oh! Gracias, Beatrisa. —Enrojecí.

Empezamos a mantener una conversación agradable. Ese matrimonio era encantador, y nos dijeron que amaban España desde la primera vez que la visitaron hacía muchos años. Rubén me miraba y sonreía, a la vez que me acariciaba la rodilla, a modo de agradecimiento porque lo estaba haciendo bien. Pero algo rompió mi quietud. En cuestión de cinco minutos, el cuerpo se me quedó escarchado, al mismo tiempo que el estómago se me revolvió como si una furia embravecida habitara en él. Acababa de entrar por la puerta la chica con la que vi a Rubén. Miré a Eli y ella ya tenía su atención puesta en mí, encogió sus hombros extrañada de su entrada. Angustiada, pensé, que no podía ser, porque miró hacia nuestra mesa. ¿Tendría la poca vergüenza de irrumpir nuestra comida, además de haberlo hecho en nuestras vidas? Increíblemente, cogió dirección hacia nosotros, se estaba acercando, y en mitad del camino paró en otra de las mesas en mitad del salón, enseguida un chico se levantó, después le dio dos besos. Pensé que probablemente esa era su mesa. ¡Pero, qué puta casualidad! La observaba y, a decir verdad, no era para tanto, no sabía qué demonios había visto mi marido en esa mujer. Lo miré de reojo, aún no se había dado cuenta, metido en charla con el matrimonio. Era increíble; aquella chica no tomaba asiento y, por lo contrario, volvió a girar su cuerpo. En ese momento, miró hacia nosotros señalándonos mientras hablaba con el chico. Mi asombro no podía ser más grande, pero qué desfachatez. Cerré mis puños, tan fuerte, que me clavé mis propias uñas.

—¿Te pasa algo, Mía? Tienes mala cara. —Escuché a Rubén llena de ira.

Estaba viendo cómo se acercaba cada vez más a nuestra mesa, y en diez pasos, ahí se plantó, con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía una caricatura.

—¡Oh! ¿Ada?, no sabía que vendrías. —Rubén se levantó y le zampó dos besos delante de mi cara, dejando sus feas tetas sobre mi cabeza.

—¿Me hacéis un huequito? —le dijo, sonriendo a mi marido.

—Ahora mismo le digo a la camarera que ponga un cubierto más para ti —contestó espléndido, sonriendo.

¿Qué estaba pasando?

—Ada... te presento a mi mujer, Mía. —Señaló Rubén, a lo que esa estúpida respondió con una carcajada.

—Sí, tuya es, desde luego, no te la voy a quitar. ¡Ah! Discúlpame Mía, solo bromeaba, encantada, es un placer.

De mi boca no salía ni palabra, era incapaz de articular cualquier músculo de la cara. Me estaba pudriendo de asco por dentro.

—Mía, cariño, no seas maleducada, saluda a la hija de Armin y Beatrisa.

—¿Cómo?

—A Ada... su hija... que la saludes. ¿Qué te pasa mujer? Estás en otro planeta.

—¡Oh! Perdón, lo siento —sonreí torpemente—. Estaba... estaba pensando en mis cosas.

—No pasa nada, tranquila, les estaba contando a unos amigos ahí en otra mesa que, justo ayer, estuve en una cafetería aquí en frente con tu marido, tomando una copa. Por cierto, es encantador, justo después de la firma, nos invitó a un refresco para celebrarlo, pero mis padres ya estaban cansados. Al pobre Rubén se le notaba que estaba deseando llegar a su casa, aunque yo te lo retuve un ratito más. Lo siento, espero que no llegara muy tarde. Se tiró todo el día enseñándonos casas. Fue un gran profesional —hablaba como una cotorra sin que nadie la interrumpiera.

Mi cara era un poema. Todo este tiempo angustiándome yo sola, por nada. Me quedé sin fuerzas, me relajé después de tanta tensión que parecía un muñeco de trapo. Entonces, una risa tonta se me dibujó en la cara, que seguro debía parecer una verdadera idiota.

—¡Ah! No, no, tranquila, estoy acostumbrada. —Di un trago a la copa para refrescarme la boca seca, por lo tonta que había sido, cuando me di cuenta que todavía estaba vacía. Aún no habían traído las bebidas y enrojecí de nuevo de vergüenza.

La llegada de Eli a la mesa me relajó, parecía haber entrado en escena, justo en el momento más apropiado, para romper ese momento tan bochornoso para mí.

—Enseguida vienen a poner un cubierto más. ¿Habéis visto la carta? —Se inclinó a cada uno de nosotros, sujetando una libreta con tapa de piel y un bolígrafo.

Mientras, de repente, todos echaban la vista al menú que, entre tanta charla, ninguno había ojeado, Eli me miraba y volvía a encoger los hombros, sin que ninguno la viera. Me hizo un gesto girando los ojos con indicación a los servicios, como señal que nos encontraríamos allí. Seguro estaba deseando saber qué era lo que estaba pasando.

—Mientras lo pensáis, os traigo la bebida. ¡Ah! Hoy fuera de menú tenemos dorada a la sal y solomillo al jerez. En unos minutos vengo.

—Muy amable —le respondió Rubén, mientras se marchaba de nuevo a la barra.

—Enseguida vengo, voy al servicio. —Me levanté para encontrarme con Eli donde acordamos.

—¿Te pedimos algo si viene mientras tanto?

—Sí, Rubén, yo pediré una dorada a la sal.

Eli seguía en la barra y, cuando me vio pasar por delante de ella, dejó su trabajo en manos de una camarera y vino volando a mi encuentro.

Al llegar a la altura del servicio noté un fuerte tirón del brazo.

—¡Au! —gruñí, al no esperar tal frenazo.

—Vente para acá —me dijo Eli sigilosa y me llevó al almacén; una puerta contigua a los servicios de señoras—. Aquí no corremos peligro de que nos oigan.

—Me has asustado —le sonreí.

—Pero cuenta, cuenta, me tiene intrigada el temita. No paro de miraros y no salgo de mi asombro.

—Calla, calla, que casi meto la pata hasta el fondo con mi marido. Resulta que es la hija de los clientes, estuvo con ellos todo el día.

—¡La leche! ¿No me digas? —Llevó su mano a la frente, sorprendida.

—Sí, resulta que para celebrar el cierre de la venta fueron a tomar una copa, pero el matrimonio mayor ya estaba cansado, y se quedó solo ella. Hasta me ha pedido disculpas por haberlo retenido más tiempo de lo normal.

—¿Ves? Tonta, ya te dije que no había visto nada raro en ellos. Y que, desde que te llamé, no le dio tiempo a nada. Llegó a tu casa enseguida.

—Es verdad, Eli, pero, de todas formas, esto no cambia las cosas demasiado entre nosotros. Ayer tuvimos una fuerte discusión, echándonos en cara el dinero que entra en casa. Del poco tiempo que estamos juntos. Y el hecho de traerme hoy, es para convencerme de que las cosas funcionan así. Quiero decir... que me da a entender que piensa seguir su ritmo de trabajo, siendo yo conocedora de esta manera, de por qué siempre llega tan tarde.

—Pues chica. Se te va la juventud sola. Tú misma... Tienes edad de disfrutar y no añejarte encerrada, esperando que llegue cada día.

—Es cierto, y mis amigas... bueno, Natalia principalmente, que es mi mejor amiga, tiene su vida, y la verdad nos vemos solo cuando podemos.

—Tú tranquila, vete a la mesa que no sospechen y luego hablamos, tengo que volver. Luego nos llamamos y quedamos un día. —Me cogió de la cara con sus suaves manos y me dio un beso en la mejilla, que casi diría fue demasiado cerca de la comisura de los labios, con el que pude apreciar una dulzura especial. Sin duda, Natalia no me besaría así. Y lo peor, es que noté cómo el estómago se me encogió. Me avergoncé al imaginar que de haber sido en los labios sin duda yo le habría correspondido, es más, me avergonzaba pensar que es lo que hubiera deseado. Pero, ¿qué me pasaba?

—Gracias, Eli.

—No me seas ñoña. Venga.

Volví a la mesa y, como si nada, me incorporé. A los pocos minutos volvió Eli a tomar nota. Cada uno pidió su plato, y yo pedí una dorada a la sal, a lo que Eli me lanzó un guiño.

—Buena elección —puntualizó. Y se marchó para llevar la nota a la cocina.

Sorprendentemente, todos tenían el español bastante bueno, casi ni se les notaba el acento. Y es que resultó que eran de padres españoles, por eso venían todos los años a veranear a esta zona, por lo que practicaban el idioma a diario.

CAPÍTULO 7

ENCUENTRO CON ELI

Llevaba todo el día, prácticamente, sin parar de escribir, Eli me aportó tanta inspiración, que parte del libro se lo debía a ella. Pero necesitaba más. Sentí una necesidad inconmensurable de quedar con ella, no solo por intentar aportar más ideas, sino porque desde el día anterior no habíamos vuelto a hablar. Quedamos en llamarnos, y aún no lo habíamos hecho, además se acercaba Nochebuena y me apetecía felicitarle las Navidades.

—¿Mía? Qué alegría ¿Qué tal? ¿Cómo va todo?

—Hola, Eli. Me estaba acordando de ti, y quería saber si te apetecía un café esta tarde. ¡Si puedes, claro!

—Claro que sí, dime hora y sitio.

—¿Te parece bien en el mismo lugar a las 4:00?

—Me parece perfecto, buena hora para mí.

En ese momento entró Rubén con unos papeles. Lo que menos me apetecía es que fuera conocedor de mi nueva amistad. Solo esperaba que no me preguntara con quién hablaba.

—Allí nos vemos, te dejo.

—Mía, tengo el presupuesto del taller del coche.

—¿Qué presupuesto? Ya lo tengo yo hablado con un mecánico para llevarlo la semana que viene
—solté el móvil sobre el escritorio y me recliné sobre la silla.

—¿Por qué no me has dicho nada? —resopló.

—¿Cuándo? —le contesté con ironía.

—¿Ya estamos otra vez con lo mismo? —Rodó los ojos hacia el techo.

—Rubén, tengo que buscarme la vida. No puedo estar esperando a que llegues para consultarte las cosas.

Sin decir ni media palabra, se dio la vuelta y salió del despacho, cerrando con un portazo. Sentía que cada día que pasaba, sucedía algo que nos distanciaba aún más.

A las 3:00 de la tarde, me metí en la ducha y comencé a arreglarme. Estaba con mis últimas pinceladas de rímel cuando entró Rubén con cara de sorpresa.

—¿Es que te vas?

—Sí. —Le afirmé secamente. Estaba preparada para un interrogatorio.

—¿Hoy que he decidido quedarme yo para estar contigo, coges y te vas?

—¿Perdón? ¡Vaya casualidad! —Guardé el bote de rímel en el neceser y cogí el brillo labial—. ¿Me habías comunicado algo? Aquí, últimamente, parece que vamos por libre. Tengo que estar siempre a expensas tuyas y hoy que decido salir, resulta que tú te quedas.

—Bueno, dime al menos dónde vas, me voy contigo, y echamos la tarde juntos. ¿Te apetece?

—No, he quedado con Natalia —mentí, y continué pintándome los labios—. No creo que te apetezca pasar una tarde en reunión de chicas.

—¿Ya vais a contaros vuestros chismes y secretitos en petit comité? —Se apoyó en el quicio de la puerta.

—Voy hacer oídos sordos a eso, me parece un comentario de muy mal gusto. —Salí del baño en dirección a la salida, donde cogí el abrigo.

—Con ese vestido tan ceñido y tan corto, ya me puedo imaginar para qué has quedado con Natalia.

—No te permito un comentario así —dije a voces, dándole con la puerta en las narices.

¿Qué se habría pensado? Era mi vestido azul favorito. ¡Ah!

Estaba claro que algo no funcionaba, Rubén nunca había sido así, pero se había acostumbrado a tenerme siempre en casa, mientras él se permitía el lujo de estar todo el día en la calle.

Entré en la cafetería y barrí el terreno en busca de Eli. Como la última vez, estaba llena a excepción de una pequeña mesa redonda, que quedaba justo debajo del hueco de la escalera, un lugar arrinconado. Me dirigí hacia ella, viendo que era el único sitio libre y que Eli aún no había llegado. Me quité el abrigo y lo dejé en el respaldo de una de las sillas, y me senté en la que quedaba de cara a la puerta. Nada más tomar asiento, y antes de llegar el camarero, pude ver a través de los cristales cómo abría la puerta aquella impresionante mujer. Sus largos rizos al viento, negro como azabache y esos ojos que hablaban por sí solos, hacía parecer que entraba la diosa Venus. La representación de la belleza y de la lujuria en persona.

Se hacía notar por donde pasaba, era tan bonita que hasta me hacía sentir atraída por ella. ¿Era su belleza o era yo? ¿Mi mente jugaba conmigo?

Alcé la mano para llamar su atención, y enseguida se percató de mi presencia tomando camino a mi dirección.

¡Dios mío! Sus andares eran de pura pasarela, y su figura esbelta parecía decirme a gritos, «cómeme». Miré hacia abajo intentando liberarme de mis malos pensamientos, seguía

preguntándome qué demonios me estaba pasando.

—Hola, preciosa —dijo, mientras me daba dos besos en las mejillas.

—Hola, Eli, siéntate, casi no había sitio. Cuando he llegado, este era el único que quedaba.

—Aquí es normal. Ya te dije que esta cafetería es famosa por su buen café. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, qué va, acabo de llegar.

—Pues empieza a soltar por tu boca, me tienes intrigada con lo de ayer.

Esta mujer no solo sabía escuchar, si no que tenía un don especial para atraerte hacia ella, igual que una sirena con su canto a los marineros; me hipnotizaba y sentía como si me condujera a un destino fatal.

—Mía, cariño, aun con todo lo que me has contado, te pregunto, ¿eres feliz?

—En estos momentos, solo te puedo decir que no. Sin embargo, son tantos años con a él...

—Ya, pero no puedes conformarte con vivir solo de los recuerdos.

—¿Y si es solo algo pasajero?

—¿Y si no? ¿Y si de repente encontraras a alguien de quien poderte volver a enamorar y volver a sentir sensaciones perdidas, alguien que te ame de verdad, que se sienta orgullosa de ti, que te dé tu espacio sin miedos, y que solo te dé felicidad?

—¿Tú crees, Eli?

—No solo lo creo, estoy convencida. No hay más que verte. Una mujer como tú, no pasa desapercibida. Y tengo muy claro que alguien debe de estar a tu acecho sin que tú te des cuenta. O no quieres darte cuenta.

En ese momento, pensé que era una declaración en toda regla. Estaba casi convencida. Pero, sentía tal confusión que no supe qué contestar. Optando solo por un silencio.

—Mía, no te agobies —me dijo, cogiendo mis manos mientras las acariciaba.

—Eli, yo...

—Shh —Me calló, poniendo su dedo sobre mis labios. Deja el tiempo pasar y que todo fluya como tenga que fluir.

—¿A qué te refieres? —pregunté confusa.

—A nada en concreto, solo deja pasar los días, a ver qué pasa. Y cambiemos de tema. Oye, por cierto, pero qué fea era la tipa esa, la hija de los alemanes.

—Más que pegarle a un padre, ja, ja, ja.

Después de cuatro horas de café, de risas y de un buen rato agradable con Eli, decidí volver. La amistad con ella me estaba aportando más de lo que yo esperaba, no solo por el hecho de que se había convertido en mi musa, sin ella saberlo, sino porque habíamos congeniado tan bien, que casi podía decir que mejor que con Natalia. Bueno, a decir verdad, diferente.

No me podía imaginar lo que me esperaba al regreso.

Rubén estaba sentado en el sofá, su cara me indicaba que una tormenta estaba a punto de estallar. Sostenía un regalo envuelto en las manos. Mi primer pensamiento fue recordar alguna fecha olvidada. No era nuestro aniversario, pero estaba claro que algo me tenía preparado, y yo no lo sabía. Quizás un acto de reconciliación por estos días atrás, y que yo por marchame le fastidié.

—¿Me puedes decir de dónde vienes? —me preguntó, sin hacer ni un pequeño movimiento de su cuerpo.

—Ya te lo dije, de tomar café con Natalia —me quité el abrigo—. Si quieres te doy pelos y señales de nuestra conversación.

—Y me puedes explicar, ¿cómo coño ha estado Natalia aquí para traerte tu regalo de Navidad? —alzó su brazo, mostrándome el paquete.

En ese momento, solo quería que me tragara la tierra. ¿Cómo no había tenido la precaución de avisar a Natalia? ¿O por qué tuve que engañarlo? En realidad, no tenía nada que ocultar. Quizás, en el fondo, pensaba que algo no estaba haciendo del todo bien, y mi conciencia no me permitía ser sincera.

—No es lo que piensas —me puse ante a él, con una mano en la cintura y la otra en la frente, sin poder mirarlo a la cara.

—¿No es lo que pienso? ¿Y qué es lo que estoy pensando, Mía? —Se levantó del sillón poniéndose ante mí.

—No sé lo que estás pensando, pero seguro que estás equivocado.

—Mía, ¿quieres decirme qué está pasando? —Me cogió de la barbilla—. Y mírame a la cara cuando te estoy hablando.

—Está claro que no puedo darte una sorpresa para Navidad, todo lo tienes que fastidiar —mentí, intentando salir airosa.

—¿Cuatro horas para una sorpresa para Navidad?

—Rubén, estás insoportable. —Me dirigí al dormitorio, quitándole importancia, dejándolo sin más respuesta.

Me cambié de ropa para ponerme cómoda, volví al salón y me tiré en el sofá, dejando caer la

cabeza sobre sus piernas, y así disimulé que por mi parte no había ningún problema. Debíó convencerle esa respuesta, porque no solo se le pasó el enfado, si no que empezó a buscar mi cuerpo.

—Ahora no, Rubén, estoy cansada. —Le aparté la mano de mi pecho.

—Últimamente nunca quieres nada.

—Últimamente no me das motivos para desearlo.

Se levantó bruscamente, dejándome caer la cabeza como quien deja una pelota a su antojo.

—¡Eh! La cabeza es mía.

Comencé a hacer *zapping*, estaban echando un reportaje de lesbianismo, eso me interesaba, podría ser información de interés para mi libro. Por suerte, Rubén se había marchado al garaje, no me apetecía escuchar sus comentarios ni preguntas, del por qué ver ese tipo de programa. Sonó la entrada de un mensaje de *Whatsapp*.

ELI: *Me ha encantado echar la tarde contigo, hay que repetir. Se te veía esplendorosa.*

MÍA: *A mí también. Cuando quieras. Tú tampoco estabas mal, me gusta tu estilazo. Voy a tener que tomar nota.*

ELI: *¿Todo bien por casa?*

MÍA: *Qué va, se ha presentado aquí Natalia y se ha enterado de mi engaño, le he tenido que contar que he estado con su sorpresa de Navidad. Pero, últimamente, cuando no es por una cosa es por otra. Siempre estamos enfadados.*

ELI: *¿Te compensa estar así?*

MÍA: *Luego hablamos, entra.*

—¿Estabas hablando con tu madre? Se me olvidó decirte que me dijo que si podíamos llevar nosotros el postre para la cena.

—Vale —le contesté, sin pedir más explicaciones.

El resto del tiempo, solo hubo silencio, hasta en la cena se podía cortar el aire con cuchillos. Pero empezaba a darme todo igual. Estaba centrada en el libro y no quería que nuestra situación perjudicara mi lluvia de ideas. Mantuve el pensamiento sobre qué preparar para el postre de nochebuena. Lo tenía claro desde el momento que se me vino al pensamiento el tiramisú, era un dulce con el que siempre triunfaba y a todos les gustaba.

De madrugada me levanté soliviantada. Me había despertado pensando en una idea para el libro. Y luchaba por acordarme de mis letras para escribirlas el día siguiente, pero era tanta mi ansiedad que no podía dejarlas escapar y solo el hecho de pensar de que podía echarlas en olvido, me hizo levantarme y ponerme a escribir. Estaba tan inspirada que no podía dejar de hacerlo y,

cuando Rubén se levantó a su hora habitual, me encontró en la ventana de cara al lago, en la mesa, pegada al ordenador.

—¿Desde qué hora estás aquí escribiendo?

—Desde las cinco de la mañana.

—Estás loca.

—Rubén, solo te pido dos cosas: déjame en paz y no me interrumpas. Quiero estar sola y en silencio, si puede ser posible.

Afortunadamente, me hizo caso, tal y como se lo pedí. Así que, seguí escribiendo sin darme cuenta ni de que habían pasado ocho horas en el ordenador. Reaccioné al sentir rugir mis tripas. «No he tomado ni un café», pensé. Por lo que miré el reloj, viendo que ya era la una de la tarde, y antes de preparar algo para comer, decidí llamar a Eli. Estaba tan entusiasmada por el avance y lo contenta que estaba por mis adelantos en capítulos que tuve la necesidad de hacerlo; aunque, por supuesto, sin compartir con ella la verdad.

—Hola, Eli. ¿Cómo te pillo?

—Bien, cariño, estoy en el restaurante, pero ahora mismo no hay mucha gente, además están las chicas. ¿Pasa algo?

—¡Oh! No, nada en particular. Solo que hoy estaba contenta y quería compartirlo contigo, que no sean todo penas.

—Vaya, me alegro. Con Rubén todo mejor, imagino, por tu entusiasmo.

— No, qué va, pero hoy me he levantado especialmente eufórica. Y me transmites tanta paz cuando hablo contigo...

De nuevo el tiempo voló. Hablar con ella me transportaba a un lugar donde mis preocupaciones se desvanecían, a un lugar donde mis preguntas cada vez iban encontrando más respuestas.

Estaba tan alelada hablando con Eli que ni me percaté de la hora que era.

—¡Madre mía! Acabo de mirar el reloj y yo aquí entreteniéndote de tu trabajo. Se me pasa el tiempo contigo volando. No sé qué tienes que me...

—Muy interesante tu conversación —espetó Rubén desde la puerta.

—Te dejo, luego hablamos —concluí la conversación con Eli y colgué.

—Me has asustado, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté, intentando hablar con total naturalidad.

—El suficiente para ver que tu conversación era muy intensa.

—No digas tonterías.

—¿Con quién hablabas tan embobada? —inquirió sarcástico.

—Pues con Natalia, ¿con quién iba a hablar?

—Y ¿por eso has colgado tan de repente, como una niña asustada?

—¿Tú estás tonto? Ya me estaba despidiendo.

—Pues no me lo parecía.

—Mira, Rubén, voy a pasar de ti porque me tienes hasta las narices.

Nuestras miradas ya ni se cruzaban en la mesa, donde éramos antes totalmente cómplices, nos habíamos convertido en dos islas diferentes en un mismo mar.

Recordaba cuando nos conocimos, llenos de sueños y ganas de construir nuestro propio hogar, pero todo lo conseguido, se había convertido en una trinchera de guerra constante.

Los silencios incómodos se prolongaban cada vez más y solo se rompían para una nueva discusión.

Por las noches me quedaba despierta mirando al techo, preguntándome si esto era todo lo que había soñado. Si esta era la felicidad que yo anhelaba.

Estaba claro que la distancia entre nosotros cada vez era más grande, estaba en un abismo cada vez más insalvable. Y aunque lo quería, sabía que algo tenía que cambiar, pero ya había llegado a un momento que no me bastaba con un cambio suyo. Más bien el cambio tenía que estar en mí.

A la mañana siguiente, al levantarme, Rubén ya se había marchado, debía seguir enfadado porque no me dio un beso de despedida. Tenía claro cómo pasaría la mañana: iría a comprar los ingredientes necesarios para el postre y me dedicaría todo el tiempo a prepararlo con tranquilidad.

Sobre las 12:00 llamé a mamá por teléfono para quedar a una hora en concreto, solíamos ir antes para ayudar en los últimos preparativos, como los canapés que eran tan laboriosos. Mi hermano Alex solía llevar algo de bebida y entre todos llenábamos la mesa. Hacía unos meses que había roto con su novia, por lo que este año esperaba que solo fuéramos cinco. Nuestras cenas solían ser tranquilas, hablábamos de todo un poco, y si no salían a relucir temas como política o comentarios machistas de mi padre, como en algunas ocasiones ocurría, todo podría ir bien. Era un hombre muy conservador y con unos ideales un tanto cerrados. ¿Qué digo? ¿Un tanto? En realidad, bastante extremista. Mi madre, la pobre mujer, aguantaba carros y carretones, era una total sumisa, que lo aguantaba todo, claro, que la culpa era solo de ella, no debería permitirle más de una cosa.

Esa noche, la única pega podrían ser las caras largas de Rubén y mía, pero dadas las circunstancias esperaba que, al menos, lo disimuláramos lo mejor posible, más que nada para no

escuchar a papá con sus típicas insolencias.

—Relájate, mamá, ya has hecho bastante, nosotros iremos a las 7:00 y hacemos los canapés, yo ya tengo el postre casi terminado.

—Hija, es que estoy sola para todo, tu padre solo se dedica a ver fútbol y a leer el periódico. Y yo, con mi artrosis en las manos, no puedo más.

—Os digo todos los años lo mismo, mamá; que os vengáis a casa a cenar y tú no tendrías que preparar nada.

—Ya sabes cómo es tu padre, de su casa no lo sacan.

—Bueno, mamá, te dejo, voy a ver si termino el tiramisú.

Pasé toda la mañana en la cocina, nada más acabar con el postre, continué con la comida: unos canelones, que tanto le gustaban a Rubén, con la idea de que se le suavizara un poco el enfado y que la noche fuera más llevadera.

Justo metiendo la bandeja en el horno, para que se gratinaran, sonó un mensaje en el móvil. Me enjuagué las manos y me las sequé en el mandil que llevaba puesto.

ELI: *Hola, preciosa, era solo para desearte que pases una feliz Navidad rodeada de todos los tuyos.*

MÍA: *Hola Eli, mis deseos son los mismos para ti.*

Eran las 13:30 de la tarde, cuando escuché la puerta, Rubén acababa de entrar, por lo que mandé otro mensaje de despedida a Eli para cortar la conversación antes de que se alargara. Justo en el momento de su entrada a la cocina, yo estaba apoyando el móvil en la encimera, acto que vio Rubén y que, no sé por qué motivo, se quedó mirando con cara de desconfianza.

—¿Cómo tú por aquí a estas horas tan tempranas? —le pregunté nada más entrar.

—¿Interrumpo algo? —me cuestionó mirando mi móvil sobre la encimera.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No ves que estoy guisando?

—No sé, pareces algo sorprendida. —Se acercó, observando de reojo el móvil.

—Es que lo estoy, no es habitual que llegues a estas horas.

—Sabes perfectamente que el día de Nochebuena cierro antes la oficina.

—¡Hem! Es cierto, pero como últimamente parece importarte poco esas cosas... He estado hablando con mi madre, hemos quedado a las 7:00

—¿Tan temprano?

—Rubén, hay que echar una mano.

—Yo la mano la echaría en otro sitio. —Me miró con deseo, cuando se percató que el horno estaba cargado de canelones.

Se abalanzó hacia mí, como agradecimiento por su plato preferido y sin mayor titubeo comenzó a besarme salvajemente, me subió a la encimera, y sus manos eran tentáculos atrapando todo mi cuerpo. Tenía hambre, pero hambre sexual. Sus mordiscos me marcaban la piel y con las manos me apretaba el pecho como a una pelota antiestrés. Su barba de tres días eran espinas que se me clavaban y que iba dejando señales allí por donde pasaba.

—Basta, Rubén, me estás haciendo daño —dije, mientras le daba un empujón.

—Te deseo —decía, tratándome como un león en un almuerzo después de días sin comer.

—Basta, Rubén, pareces un animal en celo.

—¿Qué tan malo es desearte? —cuestionó serio irguiendo su cuerpo.

—Mira cómo me has dejado, ¿no te das cuenta que me estás pinchando y que no soy masa de albóndigas? ¿Esta es tu manera de querer excitarme? —le recriminé, bajándome de la encimera —. Antes me callaba porque a ti te gustaba, pero a mí también me gusta que me trates con dulzura.

Debí tocar su honor de hombre, porque de un arrebato dio un giro y se marchó con aires enfurecidos y de derrota.

Mientras acababa en la cocina, no paraba de dar vueltas a mis pensamientos. Estábamos llegando a unos extremos que me hacían replantearme si las cosas habían cambiado tanto o era yo la que estaba enfriando nuestra relación. Él quiso poner de su parte, intentando hacer el amor, pero ¿era esa la manera en la que yo lo deseaba? Quizás era una simple crisis, quizás habíamos llegado a un punto que necesitábamos un terapeuta. Pero, ¿para qué? Si el problema radicaba en mi enfado encallado porque él nunca estaba en casa. ¿Iba a cambiar eso por mí, porque un terapeuta se lo dijera? ¿Y si era el terapeuta el que insinuara que era yo la que tendría que adaptarme también a sus circunstancias? Las sienes me iban a explotar. Lo que menos deseaba es que esa noche fuera precisamente Nochebuena.

CAPÍTULO 8

NEGRA NAVIDAD

Desperté con la cara metida en la almohada. Un terrible dolor se apoderó de mis sienes. Con los párpados entreabiertos miré el reloj, vi que eran las 12:00 del mediodía, hice sonar un gruñido y arrastré el edredón de plumas por encima de mi cabeza. El vino que llevó mi hermano hizo un efecto en mí como de cascadas impactando con fuerza sobre las piedras. Creo que la noche, después de todo, no se dio demasiado mal, aunque recuerdo poco, solo escenas fugaces, como la de mi padre regañándome porque no bebiera tanto y a mi hermano contestando: déjala papá un día es un día y hoy es Nochebuena. Creo que me dio por beber, quizás para olvidar. No recuerdo si en algún momento de la noche salió a relucir algo sobre Rubén y yo, porque mientras íbamos para casa de mis padres en el coche, el silencio fue perturbador y lúgubre, dejando espacio para los pensamientos y secretos de los últimos días. Después de un viaje por esos pensamientos, palpé al otro lado de la cama, estaba vacía; Rubén ya se había levantado.

Hice un esfuerzo para mirar hacia el ventanal, era como un gran mural de naturaleza viva, donde se apreciaba el gran lago, como un espejo que captaba el reflejo brillante de los rayos de sol, estaba rodeado de grandes pinares, con copas infinitas de un verde intenso que parecían no cambiar nada su aspecto con el paso del tiempo. Volví a hacer otro esfuerzo, pero esta vez el mayor de los esfuerzos, tuve que tirar el edredón hacia atrás e incorporar mi cuerpo débil. «Dios, la cabeza». Miré la puerta del cuarto de baño, parecía ir y venir, como el zoom de una cámara. Después, me levanté a duras penas, como si mis pies arrastraran losas de mármol. Con gran voluntad, me introduje en la ducha y eché el pelo hacia adelante, dejando caer el agua por la nuca; creo que perdí la noción del tiempo bajo el chorro. Al acabar, volví a colocarme un pijama limpio y fui deslizand las zapatillas, haciendo sonar su fricción sobre el suelo, pues todo me pesaba, luego me dirigí a la cocina con la mirada gacha. Abrí la nevera casi sin abrir los ojos, y cogí el bote de zumo de naranja con pulpa, lo puse en mis labios y comencé a tragar sedienta como un varado en medio de un desierto, y es que mi boca estaba como la suela de un zapato. Inmediatamente, me giré mientras seguía bebiendo y allí estaba Rubén, al otro lado de la isla de la cocina, sentado en el sofá como una estatua de sal; inerte, frío, congelado. Él seguía con su pijama de pantalón de cuadros y camiseta blanca, y sujetaba el mando del televisor mientras me miraba fijamente. Estaba sonando la repetición del programa musical de Nochebuena.

—Debes estar hecha una mierda. Te bebiste hasta el agua de las macetas. —Me indicó, serio.

—No me acuerdo de nada. ¡Au! —me quejaba del dolor de cabeza y mis manos la sujetaban como a un balón de fútbol.

—Mejor —resopló.

—¿Dije algo indebido? —pregunté, mientras apoyaba el zumo sobre la isla.

Se mantuvo callado, preferí no insistir, no estaba el horno para bollos. Decidí coger un sobre efervescente y, tras diluirlo en agua, me lo bebí de un trago.

—Tu móvil te ha estado sonando: una tal Eli.

—¿Eli? —me senté en el sofá junto a él.

—Sí, Eli. Eso ponía en tu móvil. ¿Quién es Eli?

—¡Oh! ¡Ah! Una amiga.

—Nunca me has hablado de ella. —Jugueteaba con el mando a distancia.

—La conocí hace poco, en la firma de un libro. Ssshh —siseé de dolor mientras me recliné sobre el sofá.

—Pues debes de tener mucha amistad con ella, por su insistencia el día de Navidad.

«¿Navidad? ¡Hoy es Navidad!». De repente me acordé, dirigí la mirada al árbol porque solíamos dejarnos un detalle por ese día, y los regalos importantes nos lo entregábamos para el día reyes. Sorprendentemente había una cajita colgada de una de las ramas, después de todo lo ocurrido no me esperaba nada y se dio cuenta de mi expresión.

—Puedes cogerlo, no muerde —me dijo con su semblante serio.

Me levanté y descolgué la cajita; con delicadeza la abrí, en él había un colgante de oro en forma de corazón. Me sentí avergonzada por no haber reparado en ello.

—Gracias, es precioso —me senté arrimada a él para darle un beso en la mejilla y rodeé mi cuello con la cadena—. ¿Me lo puedes abrochar?

—Claro —me respondió, mientras cogía el broche.

Al momento salí corriendo con la mano en el pecho tocando el pequeño corazón, haciéndole creer que iba a mirarme al espejo y, en menos de dos minutos, aparecí con su regalo, el cual tenía preparado para la Noche de Reyes, pero tuve que improvisar.

—Lo siento, con la borrachera no pude sacarlo al árbol —le dije, con cara de arrepentimiento.

—Gracias, Mía. ¿Qué es?

—¡Ábrelo! —le dije entusiasmada.

Con precipitación desmesurada como un niño, rasgando el papel sin delicadeza, abrió el paquete.

—¿Cómo? ¿Esto? ¿En serio? —exclamó chillando. Se levantó, lo sacó de la caja y lo montó. En realidad, hacía mucho tiempo que tenía ganas de un dron.

Me tiré al sofá, como si me hubieran bombardeado, mientras Rubén salió a probar su nuevo juguete. Después de todo, me vino bien para disfrutar a solas de un descanso impuesto por el alcohol.

Con la vista puesta en el techo pensaba en la pérdida de tiempo de un día tan bonito como debería de haber sido éste; las familias estarían de reunión o de comida en algún restaurante, y no como yo, hecha una piltrafa alcoholizada. En ese instante pensé en Eli, tenía que devolver sus llamadas, pero seguro que en esos momentos estaría a tope de trabajo, con las comidas navideñas.

Escuchaba a través de la ventana el sonido del dron, que cada minuto pegaba un trompazo contra cualquier obstáculo que encontrara en su camino.

Debí quedarme dormida, porque a eso de las 3:00 de la tarde, un olor a paella me hizo reaccionar. Con los párpados aún cerrados, escuché el ruido en la cocina: del trasteo de cacharros, grifo abierto, el burbujear del caldo, y el removido de la rasera en la sartén; un conjunto de sonidos que me hicieron abrir los ojos.

—¿Te has despertado ya, Bella durmiente?

—¡Og! —gruñí—. Recuérdame que no beba más en mi vida.

—Llamó tu madre. Que si queríamos volver para la comida, dice que sobró mucho anoche.

—¿Qué le has dicho?

—Que estabas hecha un trapo, durmiendo como una marmota y con una resaca del quince.

Este malestar me duró todo el día, estaba claro que una ya no tenía edad para consumir cierta cantidad de alcohol. Después de esa exquisita paella que preparó Rubén, volví a tirarme en el sofá a ver una película, a la que él me acompañó echado en el otro sofá.

Las cosas entre nosotros se iban quedando guardadas en un cajón acumuladas, perdonábamos, pero no olvidábamos, hasta que sucediera alguna otra cosa que nos hiciera recordar y de nuevo volver a empezar. De momento la situación estaba tranquila, sin demasiado entusiasmo, aunque con un atisbo de esperanza en cada reconciliación, que realmente no llegaba a ser reconciliación si no un intento de al menos no discutir.

A eso de las 6:00 de la tarde, Rubén se levantó a por un vaso de agua, mientras volvía, mi móvil vibró con un mensaje que, desde su perspectiva, pudo leer perfectamente su pantalla. Vi en su mirada una descarga eléctrica a punto de estallarme. No entendía su semblante, que dejó de estar relajado a tensar sus músculos cargados de ira. Lo miré extrañada y mi corazón se disparó, presintiendo que de nuevo algo se avecinaba.

—¿Preciosa? ¿Anoche me acordé de ti? ¿Llámame?

—¿Qué dices, Rubén?

—«Feliz Navidad, preciosa, anoche me acordé de ti, llámame». Es lo que dice tu mensaje —me repitió ofuscado.

—¿Ahora te dedicas a espiar mis mensajes? —le grité y agarré el móvil de la mesa.

—Ahora entiendo cuando anoche no parabas de nombrarla y tu conversación tan interesante del otro día.

—Pero, ¿qué te pasa, Rubén? Es solo una amiga. Solo me felicita las navidades. ¿Qué tiene de extraño este mensaje? Últimamente estás muy paranoico, ¿eh! —me incorporé del sofá.

—Es muy extraño que nunca hables de ella y que te escondas para hablar, ¿o crees que no me he dado cuenta? Y encima: «¿preciosa? ¿me he acordado de ti?» —inclinaba su boca con signo de desaprobación.

—Es su forma de hablar, Rubén, no tiene nada de particular.

—¿Y por qué se acordó de ti? —me cuestionó, dando un giro alrededor de la mesa y sentándose en el sofá, frente a mí.

—No soy adivina, tendré que preguntarle —mi estómago empezó de nuevo a revolverse.

—¿Por qué nunca me dices nada de ella, como cuando vienes de estar con Natalia, que me cuentas pelos y señales de vuestros chismes? ¿No me dirás que no estás actuando de una forma un tanto extraña?

—Solo son tonterías tuyas. —Me di dos palmetazos en mis muslos, cansada de tanta insistencia.

—¿Tonterías? ¿Ver que tu mujer te oculta algo cuando entre nosotros nunca ha habido secretos? ¿Me quieres decir quién es, Eli? ¿O es que tal vez es Elo y le has cambiado el nombre por si te descubría el móvil?

—Estás enfermo, ¿eh! —abrí la foto del estado, tenía una imagen de ella, se la mostré con brusquedad—. Mira, mira, ¿ves? Es una mujer. No tienes que temer que esté con un hombre a escondidas.

—¿Esa? ¿Esa no es la camarera del restaurante donde estuvimos el otro día? ¿No decías que nunca habías estado allí? ¿Por qué actuasteis como si no os conocierais? ¡Ay, amiga, esto cada vez huele peor! Puede que el mensaje en sí no tenga importancia, pero este cúmulo de mentiras... ya me las puedes explicar.

Solo quería hacerle ver que no lo engañaba con ningún hombre, que nuestro matrimonio en ese sentido estaba intacto, al menos por mi parte, y con el ímpetu de querer demostrarlo, no recapacité en el día de la cena con los clientes. Debí haberme estado quieta, ahora tendría que exponer más de una explicación que no quería haber dado. Si las cosas ya estaban mal, ahora iban a ir peor. Mentí por una tontería y se fue engordando sin necesidad.

—Verás, Rubén... El famoso día de la venta con tus clientes, aburrida de no poder escribir nada, me marché en busca de una historia, esa historia estaba basada en dos palabras que encontré en el diccionario, tenía que escribir una historia de lesbianas y deslealtad, y yo supuestamente tenía que meterme en ese mundo para conocerlo. Fui a comer al Vagón 10, Eli me reconoció por mi

libro, me hizo firmar, y a partir de ahí nos conocimos, nada más.

—¿Y por qué tanto interés en ocultarlo?

—Por si no entendías mi cometido. Tengo que seguir el juego, hasta cierto punto... ¡Claro! Y escribir una historia de infidelidad.

—¿Quieres decir que ella es tu amiga y no sabe por qué lo es? ¿La estás utilizando? De verdad, Mía, estás irreconocible, tú no eres la mujer que yo conocí.

—No, Rubén, trataba de conocer el ambiente, surgió así, ni siquiera sabe que estoy haciendo un libro, porque ni siquiera ha surgido el tema, y... simplemente nos hemos hecho amigas.

—¿Amiga de una lesbiana? ¿Y no te ha tirado los tejos? ¿Eso es lo que quieres? ¿Vivir tu propia historia para escribirla? ¿Qué lugar se supone que tengo yo en todo esto?

—No, Rubén, no. Y abre un poquito tu mente porque estás algo perdido. El hecho de ser lesbiana no significa que no puedan tener amistades del mismo sexo. Pedazo de bruto. Y... solo trato de adentrarme en ese mundo y conocer para poder escribir.

—¿En serio, estoy escuchando lo que estoy escuchando? —se levantó ofuscado, paseándose por el salón.

—¡Rubén, es solo una amiga!

—Una amiga, con la que probablemente busques una historia real, que vete tú a saber hasta dónde llegue todo esto. Y yo, ¿me tengo que quedar observando cómo mi mujer se lía con otra tía?

—¡Rubén!

—Rubén, ¿qué?

Nuestro matrimonio no solo estaba haciendo aguas, de haberle confirmado la verdad, en estos momentos, hubiera sido un barco a la deriva. Yo sabía que, para Eli, a pesar de que respetaba mi matrimonio, su única dedicación era escucharme y hacer que me evadiera de mis problemas matrimoniales, algo me decía que tenía cierta atracción por mí. Pero mi meta era poder llegar hasta el final de mi libro, fuera como fuese, incluso a sabiendas de que mis sentimientos estaban mutando.

CAPÍTULO 9

UNA CONVERSACIÓN FRENTE AL LAGO

El vacío desconsolador que ceñía mi cuerpo, ante la realidad que dominaba el interior de nuestras cuatro paredes, hacía que mis letras se me aglutinaran sin ningún orden coherente.

Tan solo con el hecho de despertar y respirar zozobra, las miradas prejuiciosas fastidiaban mi atención.

El lunes no había cambiado nada, tras un fin de semana desvanecido y ruinoso, me levanté inapetente de cualquier actividad productiva. Las letras estaban volando como polvo en el aire, esperando ser atrapadas. Rubén ya se había marchado, como era de esperar y, tras el fin de semana que habíamos pasado, lo hizo sin despedirse, pero la verdad, es que casi ni me importó. Sí, sentí la necesidad imperiosa de compartir esta situación con Natalia y desahogar mis nubes negras con ella.

—¿Mía? Ya te vale, te vendes caro, nena.

—Felices fiestas, morena.

—¿Felices fiestas? Casi me llamas en Semana Santa.

—Perdona, llevas toda la razón, ante todo mil gracias por tu regalo, ese pisapapeles me encantó. Te debo una.

—Aunque sea para compensar la cara con la que me recibió tu marido. Parecía que había visto el mismo diablo. Sé que no es mi mayor fan, pero una sonrisa de vez en cuando tampoco cuesta dinero.

—Fue toda una sorpresa para él tu presencia. Cuando te cuente...

—¿Qué ha pasado, rubia?

—No estamos nada bien, Natalia. Nuestro matrimonio se va a pique.

—A decir verdad, eso no es nuevo, desde hace un tiempo te vienes quejando del vacío que estas sintiendo con él por el puto trabajo.

—Es que ha pasado algo, que cuando te lo diga...

—¿No me irás a decir que te está engañando con otra? Que lo mato.

—No, escúchame. —Comencé a narrarle todos los hechos desde el día que tomé la decisión del inicio de mi nuevo libro, a lo que puso todo oídos. Natalia era así, sabía escuchar y luego tenía la habilidad de dar su opinión todo seguido sin respirar.

—Calla, calla, calla, que me estás dejando como un guijarro. Él ya te conoció siendo escritora, ya debe saber que en tus libros hay veces que tienes que buscar información y documentarte. Él tiene su trabajo al que le dedica todo el tiempo, abandonando sus deberes conyugales. Me parece muy egoísta de su parte, por no decir la falta de confianza en ti y los muchos prejuicios que está demostrando tener. Mira, nena, está muy acostumbrado a tenerte metida en casa, y eso debe de acabar, tú tienes que hacer también relaciones sociales que, dicho sea de paso, me tienes abandonada. Además, quiero conocer a Eli, por lo que me has contado, se ve una chica estupenda, podríamos liar una buena las tres juntas.

—Estás como una puta cabra, Natalia. —Le respondí con una carcajada.

—¡Cómo te lo digo! Escúchame, ¿te has enterado de la nueva presentación de libro de La Peñón? —era el apodo que le pusimos a una conocida nuestra. Llevaba dos libros publicados y luchaba cada día por llegar a tener éxito—. Pues es mañana a las 10:00, yo tengo turno de noche, vamos a quedar, asistimos, le damos la enhorabuena, le compramos el libro, que parece tener buena pinta, y luego nos vamos de cervezas. Te vendrá bien para despejarte y, de paso, a ver si tu musa te vuelve a abrir la imaginación.

Natalia podía dar todo de ella cuando veía a alguien pasarlo mal. Nos conocíamos desde que vinimos aquellas vacaciones de verano. Ella trabajaba en la recepción del hotel donde parábamos, fue tan amable y era tan dicharachera, que en una de las ocasiones que yo esperaba a Rubén, mientras él iba en busca de folletos con lugares que visitar, Natalia y yo entablamos conversación y, a raíz de ahí, comenzó una bonita amistad; de esas que no existe compromiso ni enfados si no te llamas, pero que siempre están ahí, perenne como un alcornoque.

—Está bien, loca, la llamaré a ver si puede, porque con el restaurante lo tiene complicado.

Después de llamar a Natalia, fue como un baño fresco en el lago que tenía delante de mis ojos. A pesar de los gélidos días de diciembre que estaban corriendo, había salido un sol resplandeciente, dejando caer sus lanzas luminosas por entre las ramas de los pinares, clavándose en el mantillo de tierra oscura salpicada de hojas secas. El lago parecía tener estrellas acuáticas flotando en su superficie, que hacía como de espejo reflectante de todo a su alcance.

Me abracé a mí misma en un gesto de escalofrío. Me acerqué a la chimenea y de un chasquido, encendí las llamas de gas, era una chimenea funcional empotrada en la pared, que daba un ambiente cálido al gran salón.

—Alexa, pon música de piano.

Entre la mente despejada, después de mi conversación con Natalia, el sonido envolvente, la calidez que comenzaba a sentir en la piel y la luz refulgente que entraba por la gran cristalera, tenía los ingredientes necesarios para sentarme y hacer seguir fluyendo mis ideas, no sin antes llamar a Eli y comentarle la visita a la presentación del libro.

—¡Mía, qué alegría!

—Felices fiestas, Eli. Perdona que no te devolviera las llamadas. He tenido un fin de semana

movidito en casa —le puntualicé, con ánimo.

—Precisamente te llamé para eso, pero no te preocupes, espero que todo lo hayas solucionado. No son fechas para estar pasándolo mal.

—No te preocupes. Lo nuestro, yo creo que ya ha entrado en un bucle. Te llamaba para decirte que si te apetecía venir mañana a las 10:00 con mi amiga Natalia y conmigo a la presentación del libro de una conocida, y después de cañitas.

—¡Mmm! Precisamente mañana es mi día libre, puedo acompañaros con gusto —me expresé ilusionada.

—Natalia tiene ganas de conocerte. Es un terremoto de mujer. Te va a caer muy bien.

—Por mí, encantada. Seguro que lo pasaremos genial.

Con esto habían culminado los motivos para comenzar la mañana con buenos ánimos. Abrí el portátil, me froté las manos para hacerlas entrar en calor y, sin darme cuenta, las palabras fluían solas por mis dedos.

—¡No puede ser! —Resoplé. Cuando más concentración tenía, sonó el móvil, no había cosa que más me indignara que una interrupción en medio de mi creatividad más absoluta.

Tomé el teléfono con mala gana, en la pantalla leí Rubén, eché un vistazo al reloj. Me di cuenta que habían pasado cuatro horas sin apenas enterarme. Vi que eran las 2:00 de la tarde. Pensé que no podía ser otra cosa que para decirme que no vendría a comer, como últimamente se estaba convirtiendo en costumbre.

—Dime —le contesté con frialdad.

—Mía, no me esperes a comer, tengo unos clientes esperándome, ya llegaré a la noche.

—¿Cómo no?

—No empecemos, Mía.

—A propósito, mañana soy yo la que como fuera.

—Pareces una niña, ¿lo haces para castigarme?

—Si es un castigo para ti el no encontrarme en casa, tómatelo como tal. Yo simplemente voy a la presentación de un libro y a tomar unas cervezas, que hace mucho que no veo a Natalia.

—¿A Natalia? —me preguntó, desconfiado.

—Sí, a Natalia y a Eli. ¿Algún problema? —le respondí a la defensiva. Se avecinaba de nuevo otra tormenta, sin haber acabado la anterior.

—Menudo peligro tenéis las tres. —dijo irónico expresando su disconformidad.

—No te voy a permitir ni un reproche más —le puntalicé indignada, al mismo tiempo que corté la llamada.

Por mi mente ya nacía la idea de una separación, yo era joven y, aunque, hasta hacía poco tiempo, nuestro matrimonio había sido idílico, nunca nos habíamos visto en circunstancias similares. Quizás esta era una prueba que el destino nos tenía preparada, o quizás nuestro matrimonio ya era un barco a la deriva, imposible de soportar más las inclemencias del temporal.

Me sentía sola por un camino oscuro sin estrellas, como una planta en un rincón sin luz ni atención. En mis intentos de hablar con él, era como tirar una moneda al vacío de un pozo sin fondo. No servía para nada ni se ponía en mi lugar. A kilómetros de la civilización y aunque envidiable nuestro entorno, no era perceptor del desierto en el que me encontraba. Podía entender que alguna personas le gusten este estilo de vida, pero yo era más urbana.

Me levanté de mi refugio con desgana, me dirigí a la cocina, abrí el frigorífico, e inapetente encogí mis hombros apática y sin saber qué comer. Sujeté un bote de crema de calabaza, después lo volqué en un bol y lo calenté en el microondas. Con mis pies a rastras por la losa que, de nuevo, se apalancó en mis hombros, me senté en el taburete junto a la isla, mareé el puré girando la cuchara y soplando su humo, apoyé el codo en el mostrador y dejé caer el mentón sobre mi mano, pensando en aquellos días felices en que nos conocimos, en nuestros proyectos juntos. En las incontables veces que nos hacíamos reír; una cosquilla por aquí, una caricia por allá, un beso espontáneo, un aquí te pillo aquí te mato. ¿Dónde quedaron esos días, donde solo éramos él y yo? Un trabajo digno donde cada día salía y nos encontrábamos en el paseo, regocijándonos, en todo lo que nos envolvía, sin más pretensiones que la de ser felices juntos. Nuestro pisito coqueto y acogedor, en él solo había espacio para nuestra dicha. Yo me sentaba en la humilde terraza, mirando al mar, el cielo en el horizonte y observaba la gente pasar, con eso era suficiente para que mis letras nacieran solas.

Anhelo aquellos tiempos que no volverán, al menos con Rubén, ya que se había vuelto demasiado ambicioso, tanto que me estaba dejando escapar como agua entre las manos.

Al atardecer, aburrida de este encierro, me coloqué el abrigo de lana gris, que solía utilizar para salir al lago, y comencé a caminar. Aquella paz era lo único que en esos momentos podía agradecer de ese sitio. Olía a pino y a humedad, y en cada paso sonaba el crujir de ramas y hojas secas; las piñas en el suelo eran un juego para mis pies, las pateaba esperando que la siguiente llegara más lejos que la anterior. Me acerqué al lago, donde había un pequeño muelle de madera, el sol ya se estaba poniendo y la rasca comenzaba a calar los huesos. Me senté en los tablones y, con mis piernas colgando, empecé a tambalearlas. Minutos después, una vara larga que había a mi lado, fue mi segundo entretenimiento; con ella formaba círculos en el agua, observando cómo se iban alejando, llegando hacia la otra orilla que estaba a unos veinte metros. Por allí caminaba una joven pareja por un pequeño sendero que solían usar como vía verde muchos caminantes, y vi cómo a lo lejos me alzaron los brazos a modo de saludo, al que yo le contesté amablemente.

Sin poder evitarlo, dos lágrimas me brotaron de los ojos, dejándose caer por mi cara, saboreando su sabor salado. Me las sequé con el puño de la manga, en realidad sentí una gran pena y un nudo en la garganta, al envidiar a aquella pareja, que seguramente eran tan felices como yo lo había

sido tiempo atrás.

Unos pasos a mi espalda me hicieron girar, Rubén se aproximaba, acababa de llegar, a una hora inesperada. Se sentó a mi lado inexplicablemente, ya que últimamente ni se hubiera molestado en acercarse al muelle.

—¿Has estado llorando? —fueron sus primeras palabras, con un tono afligido.

—No, solo me duele la cabeza —le respondí sin mirarlo.

—¿Qué haces aquí afuera? Está helando.

—Necesitaba despejarme.

—¿Estás bien, Mía?

—Sabes que no —le susurré, comenzando de nuevo a brotar dos lágrimas.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó con voz suave.

—¿Servirá de algo? Sabes perfectamente mi malestar y es algo a lo que no pones remedio. Tú y tu trabajo estáis por encima de todo y yo, mientras tanto, estoy aquí perdida en esta inmensa casa rodeada de bosque, sola, día tras día, y encima si digo de quedar con Natalia muestras tu disconformidad, como si yo tuviera que darte explicaciones, cosa que nunca hemos hecho, ni tú ni yo.

—Antes te gustaba todo esto. La elegimos los dos, decías que era un sitio idílico para escribir.

—Antes estabas en casa, antes los fines de semana eran nuestros, antes salíamos y nos lo pasábamos bien, antes hacíamos vida social, pero ahora... Ahora tú solo cuentas con tu trabajo y yo... yo soy un cero a la izquierda, y cuando me tocas, lo haces como un perro en celo, sin sentimientos ni tacto.

—Las circunstancias a lo largo de la vida van cambiando —cogió un puñado de pequeñas piedras y comenzó a lanzarlas al agua—. Tenemos que adaptarnos a nuevas circunstancias y a lo que la vida nos vaya poniendo por delante.

—Pues a mí no me gustan las nuevas circunstancias, me gustaba más la vida que teníamos antes. —Giraba el agua con la vara seca—. Siento que, entre tú y yo, todo está cambiando, y que no ponemos remedio para solucionarlo. —Levanté el palo un palmo del agua, gesticulando—. Estamos entrando en un bucle del que no sabemos salir, Rubén.

—Mía —dejó de zambullir piedras al agua y me miró a la cara— ¿Quieres decir que deje mi trabajo para estar contigo, algo a lo que me he dedicado toda mi vida, y que, gracias a ello, vivimos con todo lujo?

—¿Te das cuenta como no dejas de manipular? No eres el mismo, Rubén. Quiero menos lujos y más de ti. Y, dicho sea de paso —volví a mirar hacia el agua—. Te recuerdo, como el otro día

tuve que hacerlo, que yo también aportó gran parte económicamente. —Volví a mirarlo a los ojos—. Rubén, has cambiado tanto, que se te ha subido el ego y ni siquiera te das cuenta que me estás dejando marchar.

—Y tú, ¿no me estás dejando marchar, con esa historia que te traes del libro?

—Desde luego, tienes una agilidad increíble para darle la vuelta a las cosas. —Me levanté bruscamente y lancé con rabia la vara al lago.

—¿Ves? Cuando se trata de lo tuyo, tú tampoco escuchas —Se levantó poniéndose a mi altura.

—Es que no sabes cómo hacer para no aceptar que lo que te estoy diciendo es nuestro problema.

—Comencé a andar por el sendero, camino hacia la casa.

—¡Mía, Mía! no me des la espalda y te vayas, estamos hablando —gritó.

—No tengo nada más que hablar. —Continué andando a paso ligero—. Lo mío es solo un libro, con una historia real, de la que solo saco información, sin pretender llegar a hechos que puedan perjudicarnos. Nunca pretendí engañarte con nadie, mucho menos serte infiel, cuando lo que estoy tratando es que estés más a mi lado —le grité, alejándome de él, mientras él se quedó de pie en el muelle.

CAPÍTULO 10

REUNIÓN DE CHICAS

Me desperté al escuchar un golpe seco que hizo vibrar los cristales del dormitorio, y probablemente los del resto de la casa. Vi que eran las 8:00 de la mañana. Rubén dio un portazo al marcharse, seguramente para hacerse notar. Ese día, como de costumbre, se marchó otra vez sin despedirse. Sentí un pellizco en el estómago, como una quinceañera a punto de recibir la mala noticia de su ruptura. Esa ansiedad interna, como cuando te das cuenta que todo está roto, cuando intuyes que algo irremediable va a cambiar tu vida para siempre, y sabes que vas a tener que restablecer todo en tu día a día.

A pesar de los intentos que teníamos de acercamiento, parecía que lo único que hacíamos era justamente todo lo contrario. Igual, Eli, llevaba razón: ¿sería el momento de cerrar una etapa?

El único aliciente que tenía, por el momento, es que me esperaba un mañana de chicas, que seguro me vendría bien. En verdad lo necesitaba, evadirme de toda la basura que tenía en casa.

Me levanté, inexplicablemente, con ilusión, dejando en el cajón de mierda, el resto de todo lo que no fuera Natalia, Eli o yo.

Me di una ducha rápida, me coloqué una minifalda vaquera, un jersey de cuello de cisne color azul eléctrico, unas bambas, y me recogí el pelo con una simple coleta, me dejé la cara al natural, a decir verdad, me daba un aspecto más juvenil.

—Alexa, pon Freddie Mercury.

Mientras sonaba *I Want to Break Free*, me preparé un café y unas tostadas para desayunar bailando al ritmo de la música. Después, me senté tranquilamente en el taburete de la isla y mastiqué el primer bocado, luego abrí el móvil para echar un vistazo a las noticias del día, y a la página del tiempo para las próximas horas. Había amanecido soleado y una templanza poco habitual para estas fechas, y después de tanta lluvia, era reconfortante pensar que nos acompañaría una jornada resplandeciente. Tomé el último trago de café, me coloqué la chaqueta de cuero negro, agarré el bolso y me marché.

Me dirigí hacia la biblioteca Santiago Rusiñol, lugar en el que habíamos quedado las tres. Conecté de nuevo la música, esta vez a tope de volumen, invitándome a cantar tan fuerte como podía, eso parecía ayudarme a evadirme de malos pensamientos. «Dios mío, perdóname por lo que va a pasar cuando la vuelva a ver...» iba cantando, de Abraham Mateo. Me sentía como una adolescente rebelde escapando de su hogar.

En veinticinco minutos había llegado. Por suerte, encontré aparcamiento. Aún quedaba un rato, por lo que desde el mismo sitio donde estacioné visualicé la entrada de la biblioteca, y en poco tiempo vi llegar a Natalia. Entonces me bajé del coche y anduve hasta ella.

—Nátalii —le grité al llegar, propinándole un fuerte abrazo, acompañado de dos fuertes besos que casi la dejan sin cara.

—Rubiaaaa, me cago en la leche, tía, qué ganas tenía de verte. —Me cogió de las manos separándome de ella, para hacerme una visual de arriba abajo—. Capulla, estás cada vez más joven, me vas a dar tu secreto de la eterna juventud. —Las dos nos reímos y volvimos a abrazarnos.

—¿Y tu marido y tu hijo? ¿Dónde los has dejado? —le pregunté con una amplia sonrisa, volviendo a separarme de ella, sin dejar de entrelazar nuestras manos.

—Mi marido en el taller, como siempre, y mi hijo lo he dejado con mis suegros. Hacía tiempo que no los veía y, en cuanto les he dicho que se lo llevaba, enseguida han aceptado. Desde que está con las vacaciones de Navidad, Alvarito me tiene loca. Y no te creas eh, a mí esto también me ha venido de lujo. Necesitaba un día de chicas. Pero, y tu amiga, ¿no ha venido aún?, tengo ganas de conocerla —miré hacia la puerta de la biblioteca—. ¿Has visto la cantidad de gente que está entrando?

Natalia era así, tenía la facilidad de hablar y hablar, y enlazar un tema con otro.

—¿Por dónde empiezo a contestarte? —le solté una carcajada—. No cambias, morena, coges carrerilla hablando y no hay quien te pille.

—¡Ay, Mari! —me decía muchas veces en plan broma, y me dio una palmada en el hombro—. Por donde tú quieras, ya me conoces —se echó a reír.

—Pues Eli debe de estar al llegar —le respondí mirando a ambos lados de la calle, en busca de su silueta—. Mira, por allí viene, aquella morena de pelo largo rizado vestida de negro.

—¡Ay, mi madre! ¿De qué revista la has sacado? Pero, ¿tú has visto eso? A su lado somos *cuerpoescombros*. Bueno, tú no, bonita, que te bañas todos los días en leche de burra. —Estalló, desternillándose de risa—. Mira, Mari, soy capaz de volverme bollera —musitó mientras se acercaba.

—Hola, chicas, ¿lleváis mucho tiempo esperando?

—¡Oh! no te preocupes, acabamos de llegar, pero tranquila, nos has deleitado con tus andares acercándote a nosotras, tía, menudo cuerpazo, ¿cómo lo consigues? —Natalia cogió a Eli de la mano, haciéndola dar un giro de 380 grados.

—¡Nataliaaaa! Pero, qué burra eres —le reprendí—. Eli, esta es mi amiga. Perdónala, es que no tiene filtros —me eché la mano a la frente sintiéndome avergonzada.

—Tranquila, Mía, me gustan las personas así: espontáneas, y divertidas. —Aleteó la mano, quitándole importancia.

—¿A que sí? —dijo Natalia, mirando a Eli y arrugando la nariz, enseñando sus dientes, como si de un conejo se tratara. Las tres nos reímos de ver hasta dónde podían llegar sus ocurrencias.

Natalia nos agarró a cada una de un brazo, haciéndonos girar a la puerta, y se inclinó ligeramente hacia Eli.

—En serio, Eli, me tienes que decir qué haces para tener ese cuerpazo y esa piel, claro está que me llevas ¿cuántos?, ¿diez años? —le susurró al oído.

—¡Sh! —siseé a Natalia—. ¿En serio? ¿Vas a ir así todo el rato? Estamos entrando a la biblioteca.

—Ya callo, ya callo. —Apretó sus labios forzándose a mantener silencio, mientras Eli no podía dejar de sonreír.

Entramos a la sala, donde La Peñón hacía su presentación, nos sentamos en la segunda fila para que ella pudiera vernos, nos sonrió con cara de nerviosismo, actos así siempre te hacen sentir cierto estrés. Sobre todo, cuando llega el momento de las preguntas. Aún no había empezado, pues estaba esperando que la sala se llenara. Se escuchaba el murmullo y el movimiento de la gente acomodándose en sus sitios.

—¿Esto tarda mucho? —murmuró Natalia, agachando la cabeza para evitar que leyeran sus labios.

—Depende de cada uno, entre presentar, preguntar y luego firmar... una hora — expliqué.

—La hostia —exclamó.

—Pero, ¿tú no conoces este mundillo de ir a las presentaciones de Mía? —cuestionó Eli.

—¡Ah!, sí, sí, pero Mía, es Mía, y no se me hacen largas, además, me apetece más un vermut con vosotras por ahí.

—¡Sh! Calla, Natalia, ¿un vermut a estas horas? —le di un pequeño empujón con el hombro sobre el suyo.

—¡Au! Bruja.

—¡Sh! que empiece. —Le di una palmada en la rodilla. En ese momento miré a Eli, que no podía evitar parar de reír con Natalia, llevándose la mano a la boca para disimular

.

Tras veinte minutos de presentación, en los que observé a Eli atenta sin parpadear y a Natalia jugando al *Candy Crush*, le di un codazo en el brazo.

—Fuiste tú la que me dijiste de venir y, ¿te pones toda la presentación a jugar? —le reprendí de nuevo.

—Pasamos a las preguntas; si alguien está interesado en alguna cuestión, ahora es el momento —se escuchó la voz del portavoz.

—O que calle para siempre —añadió susurrando mi amiga burlona.

—¡Nataliaaaa! —musité.

Sin mayor titubeo, Natalia alzó el brazo. Quise que me tragara la tierra. Conociéndola, y después de haber estado todo el tiempo sin prestar atención, me podía esperar cualquier cosa de ella.

—¿Qué parte del libro fue la que más trabajo te costó? ¿Hay algo de ti en esta novela? —le di un pellizco en la pierna, al que me respondió con un leve manotazo—. Y, por último, ¿qué te inspiró para escribirlo? —Cuando acabó de preguntar, me lanzó una sonrisa de medio lado, orgullosa de su intervención.

Eli se agachó con disimulo, tapándose la boca, reprimiendo su risa.

—¡Vengo preparada, eh! ¿Te has dado cuenta? —añadió Natalia, lanzándome un guiño.

—Yo te mato, te juro que te mato —manifesté entre risas.

Acabada la presentación y las preguntas, todos aplaudimos y nos levantamos. Nos dirigimos a la cola, donde estaba la venta de libros, y posteriormente a la mesa de firmas.

—Parece interesante el libro. ¿No, chicas? —dijo Eli entusiasmada, levantándolo como un trofeo hacia su pecho—. Es la primera vez que vengo a una presentación.

—¿Te ha gustado, Eli? —le cuestioné animosa, observando a Natalia pasar sus hojas en forma de abanico.

—Sí, ha sido bastante interesante. Sobre todo, cuando veía a Natalia tan concentrada con su *candy*. —Eli se burló, al mismo tiempo que le dio un pequeño empujón con el hombro.

—Ey, chicas, chicas, ¿no me diréis que mi intervención no ha sido buena? Vosotras ni siquiera habéis preguntado.

—¿Para qué? Tú ya has preguntado por las tres —sonreí.

Llegamos a la altura de la mesa, entregando a la Peñón nuestros tres libros.

—¿Cómo estáis, chicas? ¿Os ha gustado la presentación? —se levantó para darnos dos besos, mostrando su alegría de vernos allí.

—¡Oh! Sí, sí, ¿verdad, chicas? —nos preguntó Natalia esperando una respuesta de ambas—. Sobre todo, cuando nos cuentas el proceso que has tenido desde que empezaste hasta su última página. ¿Verdad? —volvió a mirarnos. No dejaba nunca de sorprenderme. Se había tirado todo el tiempo jugando al *Candy* y se empapó de cada palabra que La Peñón había estado comentando.

Salimos de allí con nuestros libros firmados, metidos en una bolsita de regalo monísima.

—¿No me digáis que ahora no apetece un vermut? —nos guiñó Natalia el ojo con picardía.

—¿Queréis que vayamos primero a caminar un poco por el paseo marítimo y luego vamos a la cantina? Hoy hace un día espléndido —sugirió Eli, metiéndose las manos en su chupa de cuero.

—¿En serio, Eliiii? Me estás decepcionando —bromeó Natalia—. Venga, va... Pero porque eres nueva y no queremos darte mala impresión. —Se enganchó de su brazo y la arrastró a su ritmo.

—¿Qué pasa? ¿Mi opinión no cuenta? —me quedé rezagada, con los brazos abiertos detrás de ellas.

—Vamos, Mari, que no hay dos sin tres —echó su brazo a la espalda esperando mi mano, sin dejar de andar, ni mirar hacia atrás.

En diez minutos llegamos al paseo, ese color dorado que caracteriza la playa de Sitges fue una de las cosas que me cautivó en mi primer viaje. Ese ambiente cosmopolita, de libertad y frescura, donde nadie habla de nadie y cada uno va a lo suyo, me enamoró.

—¿Os habéis dado cuenta que ninguna de las tres somos de aquí? —cuestioné mientras paseábamos al sol.

—¿De dónde eres tú, Eli? —Miró Natalia su larga melena.

—Yo soy de Trujillo. —Giró su cara a Natalia respondiendo—. ¿Te gusta mi pelo? —agregó al darse cuenta que observaba su cabello.

—Me flipa, tía. —Se mordió los labios—. Oye, Trujillo está en Cáceres, ¿no?

—Exacto, algún día deberías ir, es un pueblo precioso, donde andar por sus calles es como transportarse a la época medieval. Allí nacieron Pizarro y Francisco de Orellana. ¿Y tú, de dónde eres?

—¿Yo? De donde Dios tiró la piedra y luego no quiso ir a por ella. —Carcajearnos al unísono—. Soy de un pueblo de Albacete... Caga y vete. Ja, ja, ja, ¿Habéis oído el dicho?

—¿Y quién no? —respondí, con las piernas cruzadas a punto de orinarme por causa de la risa. Natalia podía provocar ese efecto en cualquier momento. Estaba haciendo que este día fuera para mí algo totalmente reponedor. Y ver lo bien que estábamos encajando con Eli, me hacía sentir orgullosa de mis amigas—. A mí no me pongáis mirando para Cuenca que ya vengo de ella —añadí yo de forma espontánea—. Las tres reíamos agachadas en medio del paseo, siendo objeto de las miradas de todo el que pasaba por allí.

—¿Y tú, de dónde eres? —le vociferó Natalia a un chico que pasaba cerca.

—De la Rioja —gritó, alejándose y observando el espectáculo.

—Pues puede que te la coja. Ja, Ja, ja.

¡Madre de Dios! Y eso fue sin haber probado en ese momento ni gota de alcohol.

A las 12:00 nos dirigimos a la Cantina, un restaurante cerca de la playa. Nos sentamos en la terraza y pedimos un vermut para ir calentando motores. Detrás de ese vinieron algunos más. Decidimos quedarnos a comer, en el mismo sitio, unos platos para compartir. Las cinco de la tarde se echaron pronto, entre risas, chistes y cotilleos. El puntillo que nos dio el vermut hizo un efecto arrasador en nuestras malas lenguas, aunque a Natalia no le hacía falta demasiado para poder perder el control.

—Nenas... No puedo ir a recoger a mi hijo en estas condiciones, mi suegra me *desepara*. —Agitó su cabeza intentando desprenderse del mareo provocado por el cava que pedimos después, pronunciando con lengua de trapo.

—La *deseparada* seré yo cuando Rubén me vea aparecer en este estado. —Apoyé la copa sobre la mesa con descontrol y me dispuse a rellenar—. Pero, ¿sabéis qué? *Hip*, que me da igual, que me quiten lo *bailao*, y brindo por vosotras y por más tardes así. *Hip* —levanté mi copa, y brindamos las tres.

—Pues yo... brindo por mis nuevas amigas, que son de puuuuta madre, *sssh* —siseó Eli, echándose el dedo a los labios mandando silencio, con un parpadeo más lento de lo normal—. Y a los tíos... que les den. Ja, ja, ja.

—¡Hombre! —intervino Natalia, alargando su cuello al frente como una jirafa y encogiendo su boca—. Que eso lo digas tú, Eli... encaja más... ja, ja, ja.

Bendita sea la tarde que echamos. Ahora teníamos que afrontar la cruda realidad, y, a decir verdad, ninguna de las tres estábamos en condiciones de conducir. La noche en esa época del año llegaba muy temprano, y el frío comenzó a reaparecer después de un día soleado, en la terraza de la cantina.

—Chicas, el piso lo tengo aquí cerca, podéis venir y esperar a que se os pase la mona —sugirió Eli.

—¡Oh! No, no, no. Yo no puedo, cogeré un taxi. Mi hijo me espera —añadió Natalia casi sin entenderla.

—Natalia, no puedes recoger a tu hijo así. ¿Qué va a pensar de su madre? —recriminó Eli.

—¡Jope! Pues sí que es verdad. —Apoyó sus codos sobre la mesa y restregó su cara con las manos—. Ya lo tengo... Llamaré a mi marido y que me recoja, estará a punto de cerrar, que me lleve primero a casa y luego que recoja al nene.

—¿No tendrás problemas con él si te ve así? —le cuestionó Eli.

—¡Va! No, mi marido es un cacho de pan.

—¿Y tú? —se giró hacia mí, sujetando mi brazo, con su mirada de panda, por el rímel corrido de tanto reír.

—¡Puf! Pues yo sí que tengo un problema, no puedo dejar el coche aquí y llamar a mi marido... ¡Ggrr! —gruñí—. Estamos en un plan, que esto sería rebosar el vaso. *Hip*. A propósito, Eli... Creo que se te ha corrido el maquillaje.

—Pues vente a casa, te das una ducha, esperas a despejarte, y cuando estés bien te marchas —me sugirió mientras cogía un pañuelo de su bolso e intentaba limpiar sus ojos, que cada vez los ennegrecía más—. Dios... tengo la cara acolchada.

—Borracha —musitó Natalia.

CAPÍTULO 11

A SOLAS CON ELI

A las 6:30 de la tarde, vino Josep a recoger a Natalia. El hombre no podía dejar de sonreír al ver nuestro estado. Por lo que cogió a su mujer de la cintura y la introdujo en el coche. Era difícil que ese matrimonio pudiera llevarse mal, entre la espontaneidad de Natalia y la paciencia de Josep, estaba segura de que llegarían muy lejos. Cosa que se podría haber dicho de nosotros tiempo atrás.

Eli y yo nos agarramos del brazo, equilibrándonos con nuestros propios cuerpos, eran inevitables nuestros vaivenes por la acera. Su piso no estaba muy lejos, en tan solo diez minutos de paseo abajo, llegamos a su domicilio.

—Para, para, que cojo la llave —dijo, intentando introducirla por la cerradura, pero estaba tan borracha que no atinaba.

Cuando lo consiguió, entramos y subimos por el ascensor hasta la cuarta planta.

—Ji, ji, ji —comencé a reírme, tapándome la boca.

—Ji, ji, ji. ¿De qué te ríes?

—Ji, ji, ji. ¿Y tú?

—Ji, ji, ji. De verte a ti. Pero, tú, ¿de qué?

—Me he acordado de Natalia en la presentación, ¡qué tía!

—Es la caña, me ha caído genial. —Abrió la puerta—. Pasa, pasa, estás en tu casa —dijo, abriéndome camino con la mano extendida.

Entramos en un gran salón con suelo de mármol blanco, un *chaiselongue* negro, una mesa de cristal con sillas negras a juego del sofá, con una combinación de muebles envejecidos de las mismas tonalidades, en sus paredes un juego de guitarras eléctricas y un gran cuadro de Metálica. A decir verdad, una decoración un tanto peculiar.

—¡Uau! Eli, qué decoración tan original. ¿Te gusta el rock? —Quedé boquiabierta, mientras giraba observando todo a mi alrededor.

—¡Oh! Sí, y porque no has visto lo mejor, pero eso ya tendrá que ser para otro momento —dijo, mientras se quitó los botines sentada en el *chaiselongue*—. Qué gusto dejar los pies al aire. —Se masajeó—. ¿Quieres tomar algo, Mía?

—¿Estás de broma? No me entra más líquido en las tripas —contesté de camino al ventanal—. ¡Eli! Qué vistas tan maravillosas, me recuerda al pisito que tuvimos antes de mudarnos, teníamos

una terraza así, donde yo me ponía a escribir todos los días observando al mar. De hecho, vivíamos unos metros más abajo. —Abrí la terraza, y dejé caer mis manos sobre la barandilla, respirando aire fresco, observando las luces del paseo marítimo—. Mira, ¿ves aquel edificio blanco con ventanas azules? —Aleteé la mano haciéndola venir para señalarle a lo lejos.

—*Ajam*, sí, lo veo. Pero, retírate de ahí, que estás mareada, no vayamos a tener un accidente. —Me agarró de la cintura, retirándome del filo.

—Pues allí vivía yo. ¡Qué tiempo aquellos! Daría lo que fuera por volver atrás.

—Volver atrás es imposible, mejor no pienses en ello —respondió, y acto seguido me cogió de la mano y me introdujo al salón—. Hace frío ahí afuera.

—Sí, ha refrescado bastante. —Tropecé al entrar al salón con el filo de la corredera—. ¡Ay, madre, que me mató!

—Ja, ja, ja. ¿Estás borracha todavía? Date una ducha, para que se te vaya pasando antes de irte. No quiero que tengas más problemas con tu marido.

—El problema ya lo tengo, aparecen en el móvil, veinte llamadas perdidas de él.

—¡Qué control! —me dijo andando hacia el pasillo—. Ven, por aquí.

—No está acostumbrado, mis salidas con Natalia siempre han sido más cortas, y está hecho a tenerme siempre en casa. Pero, total... para lo que habrá estado hoy él allí. No entiendo por qué tanta insistencia. Nunca se acuerda de mí —expliqué mientras la seguía.

—Aquí tienes el cuarto de baño. —Abrió un armario y sacó un albornoz blanco—. Toma, aquí te dejo esto para que te lo pongas cuando salgas, estarás más cómoda hasta que te sientas más despejada.

—No hace falta que te tomes tantas molestias, Eli —le dije apoyada en el quicio de la puerta.

—No quiero ser responsable de que te ocurra algo en la carretera, fui yo la que dije de ir a la Cantina.

—¿Qué tonterías dices? Si no hubiera sido allí, hubiera sido en otro sitio. —Le cogí de las manos el albornoz.

—Venga, preciosa, te espero en el salón. —Agarró la manivela de la puerta y la cerró, marchándose tras ella.

Me duché con agua fría para despejar la cabeza atolondrada por el alcohol. Minutos después escuché música procedente del salón, tipo rock, como a Eli le gustaba. Salí del baño con el albornoz puesto y una toalla liada en el pelo, que yo misma cogí del mueble.

—Me he quedado casi como nueva —comenté entrando al salón.

Alzó la mirada sorprendida al verme; con la música alta, no había notado que entré porque estaba

concentrada, leyendo los títulos de un cd.

—¡Qué susto me has dado! No te había visto aparecer. ¿Estás mejor?

—Sí, bastante mejor. Gracias por todo, Eli —respondí, mientras cogí asiento en el sofá.

—¡Qué tonterías dices! Ahora voy yo, necesito también una ducha. Mientras tanto, ahí tienes la cocina. —Señaló con la mano una puerta—. Coge lo que necesites: agua, zumo, leche... te repito, estás en tu casa.

—Gracias, Eli.

Durante el tiempo en el que se duchaba, me dirigí al frigorífico, cogí un zumo de frutas y lo volqué en un vaso. Después volví al salón, y fui echando un vistazo con más detenimiento a aquellas guitarras colgadas en la pared. Me pregunté, cómo y por qué tendría tantas. Luego, seguí paseando por el salón, observando fotos enmarcadas. Di un sorbo al zumo, al inclinar el cuello me llamó la atención particularmente una de ellas, estaba en la parte superior del mueble, la cogí para verla con más detenimiento; era un primer plano de ella y otra chica, las dos tenían sus mejillas pegadas y tenían dos relucientes sonrisas. Imaginé que debería de ser alguna pareja suya. Cuando acabé, volví a dejarla en su sitio, y me dirigí al ventanal, con aquellas vistas, no podía remediar acordarme de los tiempos felices que habíamos vivido Rubén y yo a tan solo pocos metros de aquí.

Miré el reloj, ya marcaba las 19:15 de la tarde. Fui a por mi bolso, que dejé colgado en una de las sillas, para sacar el móvil, entonces vi que ya tenía treinta llamadas de Rubén y un mensaje.

Rubén: *¿Dónde estás, Mía? No paro de llamarte.*

Se me encogió el estómago, era el temor de pensar en lo que se me volvía a avecinar. Estaba segura de que nos tocaría volver a discutir. Pero había estado pasando un día tan fantástico, que casi me daba igual y, a decir verdad, ni me apetecía volver a casa. Decidí contestarle solo para tranquilizarlo y decirle que estaba bien. Podría estar preocupado por mi falta de respuesta.

Mía: *Estoy todavía con las chicas, estate tranquilo.*

Cuando acabe voy para casa.

No tardé mucho en recibir contestación:

Rubén: *Llevas todo el día fuera. ¿Cuándo tienes pensado volver?*

Me quedé por unos segundos mirando la pantalla, pensando que responderle, si algo que lo calmara o una contestación según el estado de ánimo que en ese momento me estaba haciendo sentir. Finalmente decidí contestarle:

Mía: *Para una vez que salgo con las chicas, no tengo prisa, así que cena tú solo si quieres, como yo he hecho tantas veces, ya llegaré. Y no te preocupes que estoy*

bien.

Volví a meter el móvil en el bolso y me despreocupé de él.

Después de un rato me retiré la toalla de la cabeza, y sacudí el cabello para que la humedad fuera desapareciendo. En ese momento, Eli entró después de su ducha, con el pelo también húmedo. Se había puesto un camisón corto de raso negro con encajes en el filo; tenía unas piernas de infarto.

—¿Cómo te encuentras, Mía? —dijo, mientras peinaba los rizos desde la puerta—. ¿Te has servido algo?

—Bastante mejor. Sí, me he echado un zumo de frutas de los que tienes en la nevera. —Alargué el brazo mostrándoselo.

—¡Oh! Buena idea, yo haré lo mismo. —Se dirigió a la cocina, y momentos después apareció con otro vaso—. ¿Te apetece comer algo? —sugirió, y negué con un gesto, mientras daba un sorbo al zumo—. ¡Ah! Espera un momento, creo que guardo aquí en el mueble unos bombones. —Abrió una de sus puertas y sacó una caja roja de Nestlé, después la agitó con una sonrisa de sorpresa—. Aquí está.

—Eres mala, empiezas a saber mis debilidades. —Sonreí.

Nos sentamos en el sofá, abrió la caja aún sin estrenar y cogimos un bombón cada una; yo por supuesto el negro sin leche, y ella uno de esos que tienen un trocito blanco por encima.

—Mmm. Esto es mi delirio, ¡ja, ja, ja! —Expresé dulcemente, cerrando los párpados para saborearlo.

—¿Conoces el dicho ese, de que el chocolate es un sustitutivo del sexo? —dijo, mientras apoyó su espalda en el sofá, y luego cruzó sus largas piernas, después de coger el segundo.

—Debe ser por eso que últimamente no paro de devorarlo. —Estallamos de nuevo en risas—. Oye... Eli... ¿Qué es lo que querías enseñarme antes, pero en otro momento?

—¡Ah! Eso tendrá que esperar, pero cuando lo veas seguro que te gustará. —Guiñó un ojo con picardía.

—¡Puf! Ya me vas a tener intrigada.

—Tranquila, todo llega. —Inclinó su boca y arqueó sus cejas para provocarme intriga.

—¡Qué remedio! Tendré que esperar. Oye... ¿Y esa chica tan guapa de la foto que tienes ahí? ¿Tu exnovia?

Noté un cambio en su rostro, agachó la cabeza y pude percibir la tristeza.

—Lo siento, Eli, perdona si he sido demasiado indiscreta. —Le puse la mano sobre su rodilla. En ese momento ella me la sujetó para que no la retirara.

—Tranquila, si tengo esa foto puesta ahí, es lógico que preguntes.

—Sí, pero por tu cara, sea lo que sea, parece que no lo tengas muy asimilado todavía.

—No, tranquila. Estoy bien. —Asintió.

—Si no quieres hablar de ello, no pasa nada, cambiamos de tema. ¿Cómo te vino esa afición por las guitarras eléctricas?

Eli sonrió levemente, al mismo tiempo que negaba con un gesto. Una expresión que me hacía pensar que con mis preguntas iba de mal en peor.

—Creo que, ¿he vuelto a meter la pata?

—Tranquila, Mía. Es que todo está relacionado. —Me acarició la mano sobre su rodilla, como símbolo de que no me preocupara.

—Creo que mejor me marchó ya —sugerí al ver que el ambiente estaba cambiando por momentos. No quería ser la culpable del malestar de Eli por mis indiscreciones.

—No te vayas, por favor. —Apretó mi mano.

—Creo que será lo más conveniente.

—Era mi hermana —musitó inmediatamente, entrelazando sus manos entre las piernas, y volvió a mirar al suelo.

—¿Era?

—Sí, mi pequeña Eva, tenía tres años menos que yo. Estábamos muy unidas, ella se dedicaba a tocar en un grupo de rock; era su vida, le encantaba, vivía por y para ello. Yo la acompañaba a casi todos sus conciertos. Tenía toda una vida por delante.

—¡Vaya! Lo siento. —Agarré su brazo con fuerza como signo de empatía.

—Esas cinco guitarras —las señaló con la mirada— eran de ella. Una noche de llovizna, en su último concierto, cuando volvíamos a casa en su moto, hice un movimiento brusco sin querer y ella perdió el equilibrio; derrapó y nos caímos. Ella fue deslizándose por la carretera hasta chocar contra un árbol. Mía, se reventó por dentro y yo... quedé ilesa. —Agachó de nuevo la mirada, mientras brotaban las lágrimas de sus ojos. Entonces, me incliné hacia ella y la abracé.

—Lo siento mucho, Eli, de verdad que lo siento, tuvo que ser durísimo. —volvía a inclinarme, sujetándole sus manos.

—El restaurante era un proyecto de las dos, ¿sabes? Y, después del accidente, me propuse cumplir nuestro sueño.

Volví a inclinarme más aún hacia ella, abrazándola fuertemente. Me transmitía tanto dolor, que

un abrazo así seguro que la reconfortaría. Ella respondió de la misma manera, y durante unos minutos sollozó en mi hombro.

—Gracias, Mía. Me he sentido tan sola y culpable tanto tiempo, que me era difícil hablar de ello.

Tras unos minutos abrazadas, apartó su cabeza de mi hombro, y me miró fijamente. Nuestras caras estaban a escasos centímetros la una de la otra, luego bajó la vista hacia mis labios, en ese momento presentí que algo iba a pasar. El corazón comenzó a palpar de una forma desmesurada. Entonces, me cogió un mechón de pelo y lo arrastró hacia mi oreja con máxima delicadeza; a continuación, me acarició la cara sin dejar de mirar la boca. Sin duda, notó el nerviosismo, porque temblaba como un flan. La respiración se me agitó, sin poder controlarlo, ante una situación desconocida para mí. El miedo se me apoderó del cuerpo al aceptar que me estaba gustando eso que nunca habría creído posible. Me acordé de Rubén y hasta de mi libro. ¿Había provocado yo esa situación? En realidad, sí. Pero ese era justo el momento en que tenía que poner límites o no. Bajé mis párpados con timidez, esperando que sucediera. Sabía que el beso era inminente.

—Eres un amor, Mía —dijo, y momentos después me dio un beso en la mejilla y se retrepó de nuevo en el sofá.

Abrí los ojos ¿Perdón? ¿Qué acababa de pasar? Estaba segura de que iba a besarme, sí, pero no en la mejilla. Había conseguido excitarme. Ahora era yo la que había puesto patas arriba mi mundo. Lo que había empezado como un juego para mí, para la búsqueda de una historia, se había convertido en algo real. Nunca se me pasó por la cabeza que una mujer pudiera conseguir excitarme de aquella manera.

—Creo que ahora sí tengo que irme, Eli, mi marido debe de estar echando chuscas. —Me levanté desconcertada, echando mi cabello por detrás de las orejas.

—¿Estás bien, Mía? —preguntó mientras se levantaba y, enseguida, me sujetó la cara.

—¡Oh! Sí, sí, sí. —Aparté con cariño sus manos y me dirigí al baño a paso ligero, donde había dejado la ropa. Me vestí, recogíéndome el pelo, y salí pensando en lo avergonzada que me sentía —. Pues... me... me... voy.

—Lo hemos pasado genial. ¿Eh? Esto hay que repetirlo —expresó con sus manos sobre la cintura.

—¡Oh! Sí, sí, estoy segura de ello —respondí mientras cogía el bolso.

—Pero, ¿seguro que estás bien ya para conducir? ¿Te acompaño hasta el coche? Te queda aún una pequeña caminata.

—Naaa, no te preocupes, ya estoy mucho mejor, y así voy terminando de despejarme por el camino.

—Bueno, preciosa, espero verte pronto otra vez. Seguiremos en contacto. Te llamaré para ver

qué tal con tu marido —dijo, y me cogió de las manos para despedirse y darme dos besos, de los que hubo unos titubeos por ambas que casi nos hizo rozar la punta de la nariz.

—Perdón, yo, yo... No sabía si por la derecha o izquierda, ja, ja, ja. —Reí abochornada.

—Anda, ve. Hasta luego, preciosa.

Salí de allí aterrorizada, el camino hacia el coche se hizo corto y ni supe cómo llegué. Mis pies me llevaron solos como si tuvieran conocimiento propio, porque mi cabeza no dejaba de divagar en lo que había sucedido.

Cuando arranqué el coche, me quedé cinco minutos con la vista perdida al frente. Aunque no llegamos a tener ese beso, mi corazón quedó tocado por esa posibilidad. Me fui con una sensación de curiosidad y miedo a la vez. El encuentro me llevó a reflexionar sobre quién soy y sobre lo que realmente significa el amor en sus diversas formas. La vida está llena de matices, y tal vez el amor no tenga que ser de una sola dirección. En ese instante, aprendí que, a veces, las experiencias más impactantes son aquellas que nos empujan a cuestionar y expandir nuestras propias fronteras.

No me fui a casa directamente, me dirigí a una playa tranquila. A decir verdad, no me apetecía nada enfrentarme de nuevo a una discusión segura. Me acerqué a la orilla y anduve por la arena. El frío me hizo abrazarme a mí misma, pero esa sensación de soledad y paz era necesaria en aquel momento. No sé cuánto tiempo estuve, perdí la noción del tiempo. Cuando pensé en volver, quise mirar la hora, no me había puesto el reloj de pulsera, eché mano al móvil y vi que estaba sin batería. Calculé que deberían de ser las diez de la noche. Y reaccioné en que sería hora de volver, tarde o temprano, tenía que hacerlo.

De cualquier manera, ahora me tocaba pensar más que nunca en Rubén, en lo que me esperaba al llegar a casa y en un futuro inmediato. Sentía que tenía más dudas que nunca y al mismo tiempo, más certezas, algo controvertido pero cierto.

CAPÍTULO 12

LA MENTIRA DESCUBIERTA

Algo no iba bien, aunque ya estaba preparada para una buena bronca. Mi incertidumbre apareció cuando al entrar me percaté de que Rubén no estaba, en su lugar, había una botella de whisky casi vacía, el suelo lleno de cristales y un trozo de pared con una mancha húmeda. Tenía toda la pinta de haber lanzado el vaso contra ella. Había silencio total en la casa, pero las luces estaban encendidas, y sobre la mesa estaba su móvil.

—¿Rubén, Rubén? —Lo llamé, con cierto temor.

Fui al dormitorio, después al baño, y a continuación al resto de las habitaciones, pero no había ni rastro de él. Me dirigí a la cochera en busca de su coche; yo no había pasado previamente por allí, porque el mío lo dejé en el carril de la entrada. Mi sorpresa fue encontrarme que su BMW sí estaba, pero, ¿dónde estaba él?

—Rubén, Rubén —volví a llamarlo con más temor.

Al girarme para volver, ahí estaba como una estatua ante mí. Su cara desencajada, sus ojos casi ensangrentados, el pelo revuelto, y un aspecto totalmente desaliñado.

—¡Por Dios, Rubén! Qué susto me has dado.

—¿De dónde vienes? —preguntó serio. Su aliento olía a alcohol y su estabilidad era vacilante. Sostenía otro vaso en la mano, lleno de whisky.

—Rubén, ¿estás borracho? ¿A qué viene esto?

—Que, ¿de dónde vienes? —me dijo, agarrando mi brazo con fuerza.

—¡Au! Me estás haciendo daño. ¡Para! —Lo alcé con fuerza para desprenderme de él—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Que, ¿de dónde vienes? —insistió furioso.

—Ya lo sabes, de estar con las chicas —le respondí mientras caminaba deprisa hacia el interior de la casa y él seguía mis pasos.

—Me llamó Natalia hace una hora preguntando por ti, estaba preocupada porque tenías el teléfono apagado, quería saber si habías llegado bien. ¿Cómo me explicas eso? —gritó enfurecido.

—Natalia se fue antes porque tenía que recoger a su hijo. Yo me quedé más rato. ¿Qué tiene de malo? —le vociferé, en tanto me sentaba en la cama quitándome los zapatos.

—¿Con la Eli esa?

—Con mi amiga Eli, sí. ¿Algún problema? Tú lo haces a diario con tus clientes, llegas tarde, nunca estás en casa, y no por ello me pongo a beber a saco como si no hubiera un mañana. —Me levanté y me puse frente a él—. Pero, ¿tú te has visto? ¿Estás perdiendo la *chapeta*? ¿Qué te está pasando, Rubén? Tú no eras así. —Volví a darle la espalda, y me dirigí al bolso que había dejado sobre la mesa del salón, para coger el móvil—. Sin batería, ¿ves? —Aproximé el teléfono a su cara.

—Tú también estás actuando de forma diferente, nunca has estado todo el día fuera, y nunca me has mentado como lo hiciste el otro día. —Manoteó, mientras seguía cada paso que yo daba.

—Ya lo hablamos el otro día, creo que quedó claro. —Puse el móvil en carga en uno de los enchufes del salón y lo encendí. De inmediato me dirigí al frigorífico, me eché un vaso de leche fría y me la bebí de un trago.

—Quedaría claro para ti. —Dejó caer el vaso de whisky sobre la encimera, de forma enérgica.

—¡Rubén! ¡Basta! Fin de la discusión. Me voy a la cama.

Sorprendentemente, hizo caso de mi imposición, y no volvió a pronunciar palabra, cosa que agradecí. Se quedó en el salón mientras yo me tumbaba haciendo de nuevo reflexión de lo sucedido. ¿Cómo se podía echar a perder un día tan increíble?

Por alguna extraña razón, prevalecían más en mis pensamientos esos segundos junto a Eli, que la marabunta liada con Rubén. Empezaba a estar cansada de la situación en casa, y la bola cada día se hacía más opulenta. Atrás estaban quedando aquellos días que, al parecer parecían imposibles de volver. Pero, por insólito que fuera todo, empezaba a no afectarme, algo en mí se estaba engendrando: una lucha interna por descubrir esa curiosidad que me atormentaba desde hacía pocos días. En esa lucha entre mi yo y mi otro yo, que peleaban por abandonar y descubrir cosas nuevas, o luchar por lo ya conocido.

Giraba en la cama, una y otra vez, intentando conciliar el sueño. Con tanto rumiar me estaba entrando dolor de cabeza. Quise saber la hora y recapacité que me había dejado el móvil en el salón. Durante ese tiempo, Rubén no había venido a la cama, por lo que supuse que como en otras ocasiones últimamente, estaría durmiendo en uno de los otros dormitorios. Así que me levanté para cerciorarme y de paso coger el móvil.

—Ahora entiendo todo, Mía —me dijo, petrificado en el sofá con los hombros relajados, girando mi móvil en sus manos.

—¿Cómo dices? —inquirí mientras observaba esa imagen suya que me estaba asustando.

—Eres una maldita embustera, ¿por qué no me lo habías dicho? —Alzó el móvil, señalándolo.

—Decirte, ¿qué? —Me aproximé a él, arrancándolo de sus manos—. ¿Ahora te dedicas a espiarme?

—Si no hubiera sido por eso, no hubiera sabido la verdad —gritó.

Encendí el móvil para abrir los mensajes, vi que el último me lo mandó Eli hacía media hora, mientras yo estaba acostada, debía de ser el que había alterado tanto a Rubén. Ante la incertidumbre de saber qué ponía, mi estómago se anudó y las manos me comenzaron a temblar. Decidí abrirlo y en él ponía: «Hola preciosa, qué día tan maravilloso hemos echado. Estoy con ganas de volver a repetir, y aunque Natalia me ha caído genial, me gustaría que nuestro próximo encuentro fuera a solas. Tengo una sorpresa preparada para ti. Además, creo que las dos nos hemos quedado con ganas de algo, ¿verdad? Te habría besado, créeme que lo habría hecho, pero me dio miedo tu reacción. Espero que en casa todo esté bien. Que pases una feliz noche, bombón. Yo lo haré pensando en ti».

Un sudor frío me bañó el cuerpo, y un pensamiento me arrasó: «tierra, trágame», pensé. En ese momento miré a Rubén, sujetando el móvil a la altura de mi hombro y con cara de incredulidad, le dije:

—No sé qué decirte. No ha pasado nada.

—Aún —contestó firme—. ¿Qué pasa entre vosotras? ¿Me lo puedes explicar?

Estaba tan abatido que su voz apenas tenía fuerza.

—No pasa nada Rubén, no ha habido nada. Pero piénsalo bien, escucha lo que te voy a decir —le dije animada, sentándome a su lado—. Creo que le gusto ¿sabes? y esta historia está en un momento en que el libro puede avanzar muy bien, estoy cogiendo muchas ideas e información y ya me queda poco. Puedo aprovechar esta tesitura para que quede perfecto, una novela redonda. —Al escupir esas palabras me sentí rastrera, cruel y perversa. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no le dije la verdad? Debería haber sido sincera y decirle que nuestro matrimonio no iba bien y que estaba sintiendo cosas por Eli.

—Pero, ¿tú te estás escuchando? Pareces una psicópata. —Vociferó, levantándose del sofá.

A decir verdad, al oír mis propias palabras, habían sonado espeluznantes.

—Vale, vale, vale. No te pongas así. —Alcé mis manos como símbolo de stop a la altura de mis hombros—. Hablaré con ella y le diré que está confundida conmigo.

—Pero, ¿tú me tomas por imbécil? —gritó y puso su cara desencajada sobre la mía a escasos centímetros.

—¡Que no me grites más! —vociferé mientras le di un empujón para apartarlo de mí.

Me agarró con ímpetu del hombro, haciéndome un giro brusco, colocándome de nuevo de cara a él.

—¡Dime la verdad, Mía! —volvió a gritar—. ¡¿Sientes algo por ella?! ¿Desde cuándo?

—Sí, sí, sí. —Grité—. Me sentía sola, aburrida, encerrada, abandonada, ignorada. La conocí y

me llamó la atención, nada más, pero a medida que la he ido tratando y, hoy en particular, he notado algo especial, pero no ha pasado nada. Rubén, ahora mismo estoy que no sé ni qué quiero. Desde luego, tú ahí has tenido mucho que ver.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado de una mujer? ¿Que he estado todo este tiempo engañado?

—No, Rubén. Echa la vista atrás; hemos sido felices, pero desde hace meses, te has despreocupado de nosotros y has vivido solo por y para tu trabajo. Llevo diciéndolo mucho tiempo y no has querido hacer caso de mis llamadas de atención.

—Pero, ¿de una mujer? —Llevó sus manos a la frente, tirándose del cabello por la ira—. No, no, no, Mía. ¿Qué has hecho? —Se arrodilló llorando como un niño—. Pero, ¿qué has hecho?

—¿Eso es todo lo que te importa? ¿Que sea una mujer? ¿Ni siquiera estás pensando en el fondo de la cuestión?

—Me has engañado Mía, me has engañado —sollozó tirado en el suelo.

—No te he engañado, no he hecho nada, no ha habido ni tan siquiera un beso. Tan solo te estoy diciendo que me he sentido atraída por ella, que ni siquiera sé lo que quiero, ni si me gustaría realmente tener algo con ella. Tengo un conflicto interno, Rubén. Todo empezó por el libro y se sumó el abandono que sentía, y una cosa llevó a la otra. Sin pensarlo me he visto en un mar de dudas. ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué me has dejado marchar?

—¿Qué te he dejado marchar? —Se inclinó hacia mí llorando en un mar de lágrimas.

—Sí, Rubén, me has dejado marchar, porque a estas alturas, ¿qué sentido tiene todo esto? Nada habría pasado si hubieras dedicado tu tiempo a nosotros como antes.

—¿Quieres decir que ya es tarde?

—Necesito tiempo. Y ahora, me voy a la cama, tengo un dolor de cabeza que me va a estallar.

Al iniciar mis pasos, Rubén se abalanzó a mis piernas, dejándome inmovilizada.

—No me dejes así, Mía, te lo pido —imploró sentado en el suelo sin dejarme avanzar.

—Suéltame, me vas a hacer caer —grité, mientras tiraba de mi pierna para poder desprenderme.

—Mía, si me dejas, me mato.

—Rubén, ¡por Dios! Déjame, estás borracho. —Conseguí soltarme tras varias sacudidas de pierna.

—Mía, por favor.

Me giré una vez más delante de él y lo levanté del suelo.

—Rubén, mañana seguimos hablando. Ahora me va a estallar la cabeza, y tú estarás más despejado. Ahora no es buen momento para seguir, ¿vale?

—¿No te parece esto, lo suficiente importante como para no dejarlo a medias? —Dejó caer sus codos sobre sus rodillas.

—Rubén, mírate cómo estás. Son las 12:00 de la noche, lo mejor que puedes hacer es darte una buena ducha y acostarte, mañana despejados seguiremos hablando. —Me dirigí a la cocina para tomar una pastilla para el dolor—. ¿Qué haces ahí parado todavía? —Volví a beber agua—. ¿Rubén, vas hacer que te meta yo misma en la ducha? —Me puse ante él con los brazos cruzados.

—Está bien, está bien, ya voy.

Una vez más, volví al dormitorio, esta vez con mi móvil en la mano. Mi mente ya no daba para más, estaba tan agotada que caí rendida.



Un fuerte aroma a café me hizo despertar, estaba metida entre las mantas, evitando los rayos de sol que entraban por la ventana. Eran ya las 11:00 de la mañana, el jueves había amanecido como el día anterior; un día soleado de invierno, frío pero luminoso. Bajé el nórdico hasta el cuello, y la primera imagen que vi fue Rubén junto a la cama, sosteniendo una bandeja cargada con un desayuno succulento. La pena me invadió, ver a ese hombretón intentando enmendar la culpa de nuestro fracaso matrimonial. En silencio, me incorporé sobre el cabecero, pensaba en muchas cosas a la vez: el viernes sería Nochevieja, mis padres ignorantes de nuestro problema, Rubén queriendo rectificar, Eli esperando una respuesta, mis sentimientos encontrados...

—Te he preparado el desayuno —dijo, mientras se acercó a la cama.

—Buenos días —contesté desperezándome—. ¿No has ido todavía a trabajar?

—Hoy me lo he tomado libre. —Sonrió, y dejó caer la bandeja sobre mis piernas.

—Esto huele de escándalo, gracias.

Había preparado: café, zumo de naranja, tostadas con mermelada, y un croissant, pero me sentía mal por él, porque su empeño en esos momentos de querer volatilizar los problemas, para mí no servían, sentía que ya era tarde.

—¿Cómo estás esta mañana? ¿Te duele la cabeza? —pregunté, para suavizar por mi parte también la situación.

—Me duele más otra cosa. —Se sentó junto a mí amedrentado—. ¡Siento tanto todo esto que nos está pasando! Pero, dime, ¿has dormido bien?

—Estaba muy cansada, y con la pastilla que tomé, caí fulminada —respondí, para luego dar un bocado al pan.

—Te dejo que desayunes tranquila. Voy a dar un paseo por el lago.

Solo era capaz de sentir pena, hacía unos días hubiera deseado ver esa actitud en él, pero ahora... casi que me molestaba. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo iba a durar eso? Estaba segura que un par de días, tres como mucho, y luego, vuelta a empezar. Su actitud de celos, posesión y despreocupación era algo que ya estaba arraigado en él. Ya no era por el hecho de la existencia de Eli, cosa que ni yo sabía hasta dónde podría llegar. En realidad, mi interior solo me decía que era pura curiosidad. De cualquier manera, tenía muy claro que, al menos hasta después de Nochevieja o quizás hasta terminar las Navidades, tendría que hacer de tripas corazón.

En mis planes no estaba la idea de abandonar a Rubén sin más, estaba solo, únicamente contaba conmigo; sus padres murieron cuando aún era joven, sucedió en un accidente de coche y nunca llegó a tener hermanos.

Pero debía aclarar mis ideas y necesitaba tiempo, con o sin él. Estaba convencida que nos quedaba una ardua tarea por delante, más que nada, porque seguro que intentaría arreglar las cosas a la desesperada y yo lo que menos necesitaba era eso. Estaba asimilando que nos quedaban por delante días muy complicados.

Terminé el desayuno y me levanté, después fui a la ducha, y al abrir la puerta me encontré sobre la repisa del espejo una rosa, la olí y sonreí observando mi reflejo. «Esto va a ser complicado», pensé.

Lo primero que hice al acabar, fue llamar a mamá, debíamos quedar para la cena de Nochevieja. Como siempre, lo primero era escuchar sus quejas, la falta de ayuda, la poca colaboración de mi padre y sus malditos dolores, pero era tan sufrida y abnegada que era imposible no sentir adoración por ella.

—Mamá, no te preocupes, hoy tengo todo el día libre; prepararé una empanada y el postre, como siempre, tú no hagas demasiado, que luego queda todo.

—Hija, espero que mañana no bebas tanto como la semana pasada. Tuve que estar escuchando a tu padre dos días seguidos.

—Tranquila, mamá, el otro día se me fue de las manos, mañana no pasará si mi hermano deja de rellenarme la copa, ja, ja, ja.

En el momento de terminar con mi madre, regresó Rubén de su paseo. Observó cómo acababa de colgar el teléfono, así que su mirada fue casi fulminante.

—Tranquilo, era mi madre. Acabamos de quedar para mañana.

Al decírselo, su cara se relajó.

—Vale, ahora me cuentas, voy a ducharme.

El resto del día lo pasamos cocinando. Casi podría decir que para evitar abrir de nuevo el tema de

conversación que dejamos a medias la noche anterior. Quizás, él por miedo de escuchar cosas que no quería, y yo por evitar fastidiar el resto de las navidades. Dejé el móvil en silencio, lo que menos quería es que por alguna llamada o mensaje de Eli se alterara la paz que en ese momento estábamos teniendo; pero, por otro lado, no encontraba un minuto de soledad para poder contestar lo que me escribió el día anterior. Sentía ansiedad por hacerlo, solo me quedaba esperar que entendiera que no era buen momento para contestar y que no la estaba ignorando.

A la tarde, nos sentamos a ver una película, el silencio era el rey de la casa entre nosotros. Mi impaciencia por hablar con Eli y contarle lo sucedido, sumado a la continua sensación de vigilancia, me estaba alterando la quietud.

Me levanté del sofá y tan solo en dar el primer paso...

—¿Dónde vas? —inquirió con firmeza.

—Al baño, Rubén. ¿Me quieres llevar de la mano? —Le lancé una mirada inquisidora al tiempo que continuaba andando.

Cuando salí, me fui derecha a la gran ventana del salón, observando el muelle que dirigía al lago, tuve la necesidad de respirar aire fresco y, como tantas veces hacía, me puse el abrigo de lana y cogí camino hacia él.

Hacía frío y estaba anocheciendo, pero aun así, era más grato sentir las uñas del invierno que las llamas del infierno. Me senté al filo de los tablones con mis piernas colgando, me hacía sentir como una niña. Olía a humedad y me envolvía la paz. Inhalé profundamente y exhalé más despacio.

Cogí el móvil del bolsillo y miré hacia atrás. Desde la ventana Rubén podía estudiar mis movimientos si me vigilaba. Estaba segura de que, si lo encendía, la luz de la pantalla me delataría. Decidí moverme de lugar a algún sitio donde su vista no me pudiera alcanzar.

Me levanté y retrocedí unos metros, a la altura donde al pegar un salto por el lateral encontraría tierra. Anduve unos metros por entre los matorrales y los pinos, y una vez segura que desde la casa no me vería, llamé a Eli.

—¿Mía?

—Hola —susurré sin dejar de mirar el camino que llegaba a la casa.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué susurras?

—No puedo hablar alto, estoy agazapada entre los matorrales.

—¿Estás loca? ¿Qué haces metida entre los matorrales con el frío que hace? —Rio.

—Eli, escúchame, no puedo tardar, ni puedo pararme en muchas explicaciones.

—Mía, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Shhh, calla —seguí hablando en voz baja—. Rubén leyó tu mensaje antes que yo. Se ha liado una buena. Mañana es Nochevieja y estaremos en casa de mis padres. No me mandes nada durante unos días. Ya me pondré en contacto contigo.

—Pero, Mía... Lo siento, lo siento, —respondió afligida.

—No pasa nada, estoy bien. Es mejor así, guardar distancias de momento, hasta que resuelva esto, al menos hasta que pasen las Navidades. Escúchame, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Vi a Rubén salir por la puerta. Miró a un lado y a otro en mi busca, por lo que me agaché para que no me viera escondida.

—Lo siento, Mía, no era mi intención...

—No sientas nada, te digo que estoy bien.

—No debí ser tan directa y menos por *whatsapp*.

—*Te-ten-o-----e---de---a*

—¿Mía?

—*E---uchas.*

—¿Mía? ¡Mía!

—*Ru-en--vi-ne--aca.*

—Mía, no te escucho. Se corta.

Colgué rápidamente el móvil, la cobertura se estaba yendo en medida de que yo me alejaba, porque Rubén se acercaba al muelle. Me adentré agazapada por entre los matorros, volví al camino a unos cincuenta metros de la casa. Antes, por precaución, borré la última llamada. Retorné el camino de vuelta por el carril, tranquilamente, como quien viene de dar un paseo, hasta llegar a su altura.

—¿De dónde vienes?

—He ido a caminar un poco, necesitaba que me diera el aire.

—Vamos para adentro —me dijo, cogiéndome de la cintura—. Hace un frío que pela.

—¿Vas a estar siguiéndome a cada paso que dé?

—Eso dependerá de ti —contestó de forma amenazante.

—Esto me parece absurdo.

—Mientras pueda evitar ciertas cosas, lo haré, eso tenlo seguro —volvió a responder mientras me cogía fuerte del brazo.

—Te recuerdo que no eres dueño de mi vida. Si las cosas han de pasar, pasarán, y deja de cogerme el brazo, me estás haciendo daño.

—Eso está por ver.

—¿Me estás amenazando?

—Tómatelo como quieras, pero eso que te traes entre manos no va a suceder.

En ese momento me desprendí de su brazo, dando una fuerte sacudida.

CAPÍTULO 13

NOCHEVIEJA INFERNAL

La noche era tan helada que no salí de casa sin el gorro de lana beige y mi bufanda a juego, que me cubría toda la cara. Miré a Rubén, su gesto no me proporcionaba ninguna tranquilidad. Su rostro pálido y tenso, me hacía sospechar que iba a revelar nuestra situación. Me miraba con una intensidad inquietante, como si delataran sus intenciones de sacar a la luz una verdad que amenazaba con una destrucción total de todo lo que habíamos construido, y peor aún, el avergonzarme ante mis padres. Preocupada ante la incertidumbre de lo que veía venir, toqué al timbre temblorosa.

—Hola, mamá —le saludé con dos besos en la cara mientras portaba la bandeja de la empanada.

—Hola, hija, ¡qué bien te sienta ese gorro! Lástima que una no tenga ya tu edad —respondió mientras me cogió la bandeja—. Pasa, anda, tu padre está ahí adentro, refunfuñando como siempre.

—Hola, suegra —le saludó Rubén alegremente, como si nada, llevando el postre.

—Hola, hijo, pasa, pasa.

Nos adentramos en el salón, la mesa ya estaba perparada y mi padre, como de costumbre, estaba apalancado en su sillón con el mando de la tele en la mano.

—Hola, papá. —Me incliné para besarlo.

—Mmmm ¿No vendrás hoy con la intención de pillar la misma borrachera de la semana pasada?

—Papá, de verdad, acabamos de llegar, ¿podrías ser un poco más amable?

—Buenas noches. ¿Cómo está usted hoy, suegro? —Lo saludó con un fuerte apretón de manos.

—Deseando que lleguen las uvas para irme a la cama. Tanta fiesta, tanta fiesta...

—Papá, en serio, sonrío un poco, que estás avinagrado.

—Mmmmm —gruñó de nuevo.

Mi madre y yo nos metimos en la cocina a terminar de preparar, mientras ellos se quedaron en el salón hablando de sus cosas.

—Tu hermano no viene al final. Se ha ido con unos amigos a Madrid —dijo, mientras quitaba el envoltorio de la empanada.

—Qué bien se lo monta el tío. Y tú, ¿cómo estás, mamá? —pregunté, metiendo el postre en la

nevera.

—¿Yo? ¡Um! Cada día peor, a tu padre no hay quien lo aguante, vaya vejez que me está dando. Si no fuera por mi edad, ya lo habría dejado.

—Te diría que te vinieras unos días a casa, pero tampoco van las cosas muy bien entre Rubén y yo.

—¿Y eso, hija?, ¿qué ha pasado? —me preguntó mientras sacaba el pan tostado para los canapés.

—Últimamente no paramos de discutir. Desde que estamos en la nueva casa, viene tarde, trabaja hasta los fines de semana y estoy sola todo el tiempo. Además, se ha vuelto posesivo y controlador.

—¿Posesivo y controlador? Rubén nunca ha sido así.

—Sí, mamá —le respondí, mientras untaba el paté.

—Cariño, ¿qué te puedo decir? Nosotros le tenemos mucho cariño, pero eres joven. No dejes que pasen los años y te pase como a mí. Intentad hablarlo y si ves que no hay solución, no permitas que te anule —me aconsejó, mientras cortaba el queso con sus dedos deformados por la artrosis.

—Ya, mamá, pero es complicado.

—¿Tú aún lo quieres? —cuestionó, mirándome a los ojos.

—A decir verdad, estoy en un momento que ni lo sé. Y para colmo he conocido a alguien que me ha hecho entrar en un mar de dudas.

—Mmmmm —expresó con intriga—. ¿Quién es él?, ¿lo conozco?

—Ese es el problema, mamá, que no es él, es ella.

En ese momento paró de cortar queso, se quedó con la mirada fija y, por unos segundos, se hizo un silencio.

—Mía, ¿a tu edad crees que vas a descubrir una nueva sexualidad?, ¿no estarás confundida?

—Es lo que no sé, y quiero averiguarlo.

—A tu padre te lo cargas. Más vale que no se entere, ya sabes cómo es con esas cosas. Cada vez que sale algo en la tele sobre eso, no para de despotricar.

—Necesitaba contártelo, mamá —le confesé, preparando el terreno, viendo que algo se podía avecinar.

Se sentó en una silla de las que rodeaban la mesa, arrastró la de al lado, y me hizo un gesto para que me sentara con ella. Me cogió dulcemente las manos, y con su mirada triste y rostro cansado de los años, me dijo:

—Soy tu madre y mi amor es incondicional. —Me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja —. Cariño, haz lo que tu corazón te dicte, es tu vida y tus sentimientos, y eso nadie lo puede hacer cambiar, ni tu propio padre. Cada uno es como es y todos tenemos que respetarnos los unos a los otros, y el que no lo entienda tiene un problema. Haz siempre lo que a ti te haga feliz.

Por mi rostro se deslizó una lágrima que ella al instante me secó, su abrazo fue tan cálido y enérgico que me transmitió toda la fuerza que necesitaba.

Desde la cocina escuchábamos a los dos hombres hablar y, de vez en cuando, alguna carcajada.

—¡Míralo! —Señaló hacia la puerta—. La única vez que escucho a tu padre reír y estar cómodo, es cuando tiene al lado algún otro hombre. Así es feliz, sacando su machismo de comentarios estúpidos. Pero a ti te quiere tanto que, si algún día se entera de lo que me acabas de contar, lo destrozas. Aunque insisto, el problema sería suyo, porque ha de respetar las decisiones de los demás y más tratándose de su hija.

En ese momento entró Rubén derecho a la nevera y cogió dos cervezas.

—¿Os queda mucho? Estamos hambrientos.

—No, coge esa bandeja que ya está terminada y te la llevas para allá —le dije, entregándosela.

Acabamos mi madre y yo de emplatar, y nos llevamos el resto al salón, donde seguían de conversaciones sobre coches.

La televisión estaba puesta de fondo, pendientes del programa de Nochevieja y a la espera de las campanadas mientras cenábamos. Alrededor de la mesa comíamos los manjares de mi madre mientras conversábamos tranquilamente.

—¿Estás trabajando en algún libro, Mía? —preguntó papá.

—Sí, papá. Ya lo tengo casi acabado —contesté, mientras daba un sorbo a la copa de vino.

—¿De qué se trata? —volvió a cuestionar y, al momento, se echó a la boca una loncha de jamón ibérico.

—Sobre las vivencias de una escritora —contesté y sentí la mirada de Rubén.

—Ese libro mejor que usted no lo lea, suegro —recomendó con sarcasmo.

Ahí fue cuando me di cuenta, de que lo que sospechaba estaba a punto de suceder.

—Tengamos la fiesta en paz, Rubén —dije con firmeza, mirándolo desafiante como símbolo de advertencia.

—Rubén, ¿cómo va el negocio? —preguntó mamá audaz para romper la tensión.

—Bastante bien. No me puedo quejar.

—¿Tanta gente rica hay que se pueda costear las viviendas que ofreces?

—Más de lo que usted cree. Pero la mayoría son extranjeros.

—Y, ¿qué se busca hoy en día en una casa de lujo?

—Pues aparte de piscinas y salas de cine, se buscan casas inteligentes, con domótica y ubicaciones privilegiadas.

—En mis tiempos, nos conformábamos con un pequeño jardín y un garaje.

—Bueno, eso también, pero no está dentro de la vivienda de alta gama.

—Y en esa gama, ¿dices que la mayoría son extranjeros?

—Sí, la gran mayoría. Sobre todo, ingleses y alemanes.

—Hablando de alemanes, ¿os habéis enterado de lo de la prima Consuelo? Menuda sinvergüenza, al cabo de los años y después de tener hijos, ha dejado al marido para irse con una alemana de esas ricas que, por cierto, vive en un caserón, tipo de esos que tú vendes. —Dijo mi padre, volviendo a rellenar las copas de vino.

—Vendrá de familia —comentó Rubén.

Mi madre y yo nos miramos. Estaba claro que venía con ganas de liarla.

—Rubén, ¿puedes pasarme el plato de langostinos? —interrumpió, sutilmente la pobre.

—Tenga usted, Carmen. —Alargó su brazo con el plato.

—¿De familia? Que yo sepa no hay nadie en la familia así —puntualizó mi padre con las cejas fruncidas.

—Rubén, ¿has probado la tabla de quesos? No te veo comer —volvió a interrumpir mamá. La pobre no paraba de intentar tirar balones fuera.

—Sí, Carmen, estoy comiendo. Pues, suegro, eso que se lo digan a su hija. —Sonrió con ironía.

Mi madre bajó la vista y mi padre se quedó mirándome fijamente por unos segundos.

—¿Y? —inquirió de nuevo mi padre—. ¿Hay algo que decir?

—No le hagas caso, papá. ¿No ves que quiere bromear?

—Rubén, hijo, ¿podrías traer de la cocina un poco de pan que hay cortado? —interrumpió una vez más la mujer evadiendo el tema.

—Rubén, no te muevas de ahí. ¿Qué has querido decir con eso? —insistió—. Venga, habla, soy

todo oídos.

—Carlos, vale, que te conozco, vamos a tener la Nochevieja en paz. Y tú, Rubén, ve a por el pan —impuso a toda costa con intención de que acabara el tema.

—Cállate, Carmen, y tú... dime, ¿qué has querido decir con eso? —Tensó su cuerpo, echando su espalda en la silla.

—Que se lo diga su hija —respondió tan frío como he hielo.

—¿Estás loco?, ¿a ti qué mosca te ha picado? —pregunté a Rubén.

—A mí nada, amor.

—Pues cállate de una vez.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió mi padre, confuso.

—Nada, papá, ya te he dicho que no le hagas caso. —Rubén, ¿quieres ir a por el pan? —volvió a solicitar mi madre.

—Claro que sí, ya voy.

Rubén se levantó a por el pan, mientras papá me miraba de forma inquisidora.

—Mía, se puede saber, ¿qué quiere decir?

—Papá, que no le hagas caso, solo quiere buscarte la boca bromeando. Y, cambiando un poco de tema, ¿os habéis enterado de que la Peñón presentó el otro día su nuevo libro?

—¿Ah, sí? Y, ¿qué tal le va? —tomó interés mamá—. Llevaba dos libros escritos, ¿no?

—Pues, muy bien, fui con Natalia a las firmas...

—...Y con su nueva amiguita, Eli —gritó Rubén de fondo desde la cocina.

Mi padre negaba con un gesto, incrédulo por mis palabras y por mi estrategia para cambiar hábilmente de tema, aunque yo estaba entrando en un estado de ansiedad difícil de disimular, a punto de vomitar por la boca el corazón que no paraba de bombardear a un ritmo vertiginoso. Instantes después volvió a entrar Rubén con el pan, dejándolo sobre la mesa.

—Pues, retomando el tema... Sí, amor, tienen que saberlo, por si mañana nos separamos que sepan por qué ha sido. Que sepan por lo que me estás haciendo pasar.

—Basta, Rubén —exigí con un palmetazo en la mesa.

—¿Alguien me va a decir qué demonios está pasando aquí? —demandó mi padre, con otro puñetazo también en la mesa.

—Que empiece por explicar quién es su nueva amiguita, Eli. Su hija se ha enamorado de una camarera —respondió y bebió de la copa como si nada.

—Ya está bien, Rubén. ¿Qué pretendes con esto, en nuestra casa y en la Nochevieja? —intervino de nuevo mamá.

—Que se sepa la verdad antes de que pase más tiempo.

—¿Esto qué es?, ¿una venganza, Rubén? Jamás imaginé que llegaras a ser tan ruin. —Le miré exasperada.

—¿Es eso cierto, Mía? —volvió a cuestionar mi padre indignado.

—Papá, las cosas no son como él las está diciendo.

—Que me digas si eso es cierto. ¡Coño!

—Antes tendrías que saber más cosas, papá. No todo es blanco o negro.

—Me cago en mi vida —Se levantó de la silla—. Que me digas de una puta vez si eso es cierto.

—Está bien, papá, si eso es lo que quieres, te lo diré. Sí, estoy conociendo a una chica, se llama Eli.

—¡Veeeete de esta casa! —me gritó, señalando la puerta.

—¡Papá!

—Carlos, ¡por Dios!, que es tu hija —dijo la mujer, levantándose—. Y a ti, ya te vale, Rubén —le gritó, mirándolo dolida.

—¡Que te vayas! Yo no he educado a mi hija para esto.

—De aquí no se va nadie, si alguien tiene que irse, ese es Rubén. ¡Qué manera de impropiar! Jamás imaginé que tuvieras tanta maldad guardada dentro —expresó mi madre enojada—. ¿Cómo se te ocurre azuzar de esta manera a padre e hija?

—Me voy, me voy. —Alzó las manos en símbolo de paz—. Pero, ya sabéis lo que hay. —Cogió su abrigo y se marchó.

—¿Qué hemos hecho mal contigo? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —Paseaba el hombre por el salón con las manos en la sien.

—¡Carlos! ¿Por qué tienes que ser tan tremendista? A ver si aprendes a respetar a los demás. Son personas como tú.

—¡Calla, mujer!

Me quedé sentada, apoyando la frente sobre las manos, con la mirada gacha, digiriendo lo que

acababa de pasar. Me di cuenta de que no conocía al hombre con el que me había casado, como creía conocerlo. Podía haber quedado entre nosotros y no arremeter ante mi familia de la manera que lo hizo. En ese instante, escuché los pasos de mi padre acercándose a mí.

—Nunca pude imaginar esto de ti. ¿Qué hemos hecho mal contigo?

—Nada, papá —alcé la mirada hacia él—. Nadie tiene la culpa de nada. Las cosas son como son y suceden, a veces sin esperarlo, ni yo misma imaginaba que esto me pudiera pasar.

—Vete de mi vista, Mía —me ordenó, con un suspiro.

—¡Carlos!

—Déjalo, mamá, ya me voy.

Me levanté, cogí el abrigo, me puse el gorro y los guantes, me colgué el bolso y me marché.

A través de la puerta, escuché los alaridos de mi madre discutiendo con mi padre. Bajé las escaleras y al salir a la calle, noté el frío como alfileres sobre la piel. Tenía el corazón herido, el alma hecha pedazos, y una pena que me abarcaba todo el cuerpo.

Anduve por las calles solitarias, observando las luces de las ventanas de los edificios a mi paso, imaginando la felicidad que escondían tras sus paredes. Un grupo de muchachos iban cantando por la avenida con una botella de champán.

Miré el reloj, eran las once de la noche. Pensé en Eli, y en lo que la necesitaba en ese momento, pero supuse que estaría sirviendo la cena de Nochevieja en su restaurante. En ese instante sonó el teléfono, antes de mirarlo sospeché que podría ser cualquiera; mi madre para que volviera, mi padre para pedirme perdón, Rubén para cizañar más... no sé, en realidad, podía ser cualquiera.

Metí la mano en el bolso y saqué el móvil, en la pantalla leía «Natalia».

—¿Sí?

—¿Cómo que sí? ¿nena, qué te pasa? Vaya manera de coger el móvil, tía. ¡Feliz Nocheviejaaaa! ¿no?

—Hola, Natalia —respondí afligida.

—¿Mía? ¿Te sucede algo?

—¡Natalia! —Rompí a llorar.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Dónde estás?

Le estuve contando todo lo sucedido, además de explicarle desde el momento que me quedé a solas con Eli. Insistió una y otra vez en recogerme para irme a su casa, pero yo bajo ningún concepto pude admitirlo. Mis ánimos no estaban para enturbiar la cena de ningún hogar.

—Eres tonta, tía, te digo que te recojo ahora mismo donde estés.

—No, Natalia. De verdad, voy a pedir ahora mismo un taxi. No te preocupes.

—Y verle la cara a ese idiota de marido que tienes.

—Casi lo prefiero, así damos por zanjado este problema. Cuanto antes mejor.

—Como tú prefieras, pero no dudes ni un momento en llamarme si lo necesitas. Sea la hora que sea.

—Gracias, Natalia.

Inmediatamente llamé a un taxi, no por ganas de llegar a casa, pero me estaba quedando helada. Tardó diez minutos en llegar. Me monté, le indiqué la dirección y en veinte minutos me dejó en el domicilio.

Bajé del vehículo y, a través de la ventanilla, le hice el pago, mientras miraba hacia la puerta. Algo no iba bien, pues estaba abierta y había cristales en el suelo, el corazón me empezó a bombardear más de lo que ya lo hacía.

Me aproximé lentamente, la sorpresa aún fue mayor cuando me percaté que en el suelo había sangre, un camino de gotas iban dirección a la escalera.

CAPÍTULO 14

LA VERDAD AL DESCUBIERTO

Observé la puerta, los cristales pertenecían a ella.

—¡Rubén! —lo llamé con sigilo, sin obtener respuesta.

—¡Rubén! —volví a pronunciar su nombre cogiendo una garrota que tenía en el paragüero a modo de decoración.

Ninguna respuesta. El silencio me contaba lo peor. ¿Qué podría haber pasado?

—¡Rubén! —insistí mientras subía la escalera agazapada, mirando a todas direcciones.

Al llegar al último peldaño, comencé a escuchar ruido. Llegué al rellano, parecía sonar agua del grifo, anduve dos pasos lentamente.

—¡Maldita sea! Esta tabla algún día me va hacer caer. Agachada, dejé de escuchar el sonido y solo había silencio. La garrota resbalaba de mis dedos por el sudor ocasionado por el miedo. Miré hacia el suelo en un intento de coger aliento y dar un paso más.

—¿Mía? ¿Qué haces ahí? Pareces que vas a matar a alguien —dijo Rubén desde la puerta del dormitorio.

—¡Dios! ¡Rubén! Qué susto me has dado. —Me erguí y relajé la mano con la garrota.

—¿Se puede saber qué pretendías?

—¿Qué pretendía? Acabo de llegar y lo primero que veo es la puerta abierta, el cristal roto y un reguero de sangre, y me dices que qué pretendía.

—Se me olvidaron las llaves, tuve que romper el cristal y, sin querer, me rajé la mano. —La alzó, mostrándome una venda ensangrentada.

—¡Por Dios! Qué susto me he llevado —dije, bajando las escaleras con brío.

—¡Vaya! ¿Ahora te preocupas por mí? ¿Eso es que aún me quieres? ¡Ah!... no, que el susto no ha sido por mí, ha sido por ti. ¡Qué iluso soy! —parloteaba con sarcasmo desde lo alto.

—Basta ya, Rubén. ¿No has tenido bastante por hoy? Has destrozado a mi familia. ¡Maldito seas! ¡Qué bien guardada tenías tu maldad! No me vengas ahora con que si me preocupo por ti. A pesar del daño que has hecho, me he inquietado por lo que te podría haber pasado, ¿sabes?

—Tú empezaste todo esto.

—Que te quede clarito, mañana recojo mis cosas y me marchó. El lunes iré al abogado. ¡Quiero el divorcio!

—¿Para irte con esa zorrita?

Me metí en el cuarto de invitados y asesté un fuerte portazo.

La noche fue larga, se me hizo eterna, viendo pasar cada minuto del reloj, pensando en cómo reorganizaría mi nueva vida. Ya lo tenía decidido. Mi problema se me presentaba desde el momento que me di cuenta que no tenía dónde ir. En casa de mis padres no era bienvenida, y tenía que buscar un alojamiento mientras encontraba un nuevo sitio donde vivir.

Al amanecer, el sueño me venció y me quedé abandonada de mi cuerpo sin darme cuenta.

A las doce de la mañana, abrí los ojos, con una sensación de derrota y decaimiento que me impedían salir de la cama. Había llegado el momento de actuar y tomar decisiones. Llamé a Natalia contándole lo sucedido. No dudó ni un momento en ofrecerme su casa en tanto que encontraba un nuevo piso.

Al terminar de hablar con ella, tuve una necesidad imperiosa de hablar con Eli. Durante toda la noche mezclado entre todos mis pensamientos de solucionar mis problemas no se me iba ni un momento de mi cerebro como un golpeteo a martillo, recordándome que estaba ahí.

—¡Mía! Feliz año nuevo. Qué alegría que me llames. ¿Cómo va todo?

—Mal, Eli, mal. Anoche explotó todo. Mi marido es un ruin. Me ha enfrentado a mi padre. Me echó de casa. Hoy mismo preparo las maletas y me marchó.

—¿Cómo?

—Sí, Eli. He llamado a Natalia y me acoge en su casa mientras encuentro algo.

—Para, para. ¿Puedes venir a la mía y me cuentas tranquilamente?

—Vale, pero no tardaré mucho, tengo que venir a preparar las maletas y coger lo más preciso.

—De acuerdo. Te espero, y tranquila, preciosa.

Salí del dormitorio con sigilo y temerosa, intentando evitar un nuevo enfrentamiento. Sentí una enorme angustia por la situación. Fui camino a la escalera subiendo dirección al vestidor para coger ropa limpia. Esta vez tomé precaución para no tropezar en la tabla del parqué. Agradecí escuchar el agua del baño, supuse que Rubén se estaba duchando. Actué todo lo rápido que pude, y bajé al baño de la planta baja. Me duché rápido poniendo oído de algún movimiento suyo. Y es que deseaba salir de allí sin verle la cara ni darle ninguna explicación.

Una vez acabada, conté hasta tres, salí del baño, fui derecha a la puerta, cogí el bolso, y la abrí, observando cómo había tapado el hueco del cristal roto con un cartón y cinta americana. Al girarme para cerrar con cautela, me di cuenta que estaba de pie en el salón observando mis pasos,

como un vigía al acecho. Su postura y sus ojos, me dieron pavor. Por unos segundos me quedé paralizada y sin pensarlo más, salí disparada sin mirar atrás. No frené ni un momento

, me metí en el coche y arranqué alejándome de allí a toda velocidad.

Por fin, puede exhalar todo el aire comprimido y me relajé desde el instante que salí de allí.

Un raudal de sentimientos invadía mi cuerpo. Entre la tristeza y alegría, entre inquietud y descanso, entre la incertidumbre y la paz. Un libro se cerraba y era tiempo de abrir nuevas páginas. Me preguntaba, ¿cómo en tan poco tiempo podía cambiar la vida de una persona? ¿Qué vicisitudes hacen romper tu zona de confort?

Encendí la calefacción y puse algo de música para que me evadiera de tanta marabunta de reflexiones.

Llegué a casa de Eli y, al subir el ascensor, ahí me estaba esperando, en la misma puerta, tan espectacular como era ella, con una camiseta corta y con un gran escote, que poco dejaba a la imaginación. Me echó una sonrisa triste por mi situación y me alzó los brazos.

—Ven aquí —dijo, dándome un fuerte abrazo—. ¿Estás bien?

—Sí, bueno, dentro de lo que cabe —contesté triste, y al instante me brotaron las lágrimas.

—No llores, preciosa. —Se separó de mí y me cogió la barbilla—. Todo se arreglará. Venga, pasa. —Me empujó con delicadeza hacia el salón mientras ella cerraba la puerta, y al girarme vi cómo le asomaban parte de sus cachetes por debajo de la tela y a través de ella se transparentaba su tanga.

—Ha sido tan rastrero, Eli. Sabía perfectamente como es mi padre, lo intolerante que es para estas cosas, y se lo soltó todo como una bomba, sin previo aviso. Me echó de casa, mi pobre madre quiso mediar, pero no tuvo éxito. Y al final los dejé discutiendo.

—Pero a ver, cuéntame qué pasó. Me dejaste intrigada con tu última llamada. Se quedó sin cobertura y ya no supe más.

Entre sollozos, le conté todo lo sucedido mientras ella me acariciaba las manos tranquilizándose.

—Siento mucho que por mi culpa hayan tenido que pasar las cosas así. No me podía imaginar que tu marido cogiera tu teléfono.

—No te preocupes, Eli, tarde o temprano esto iba a pasar.

—Puede, pero no de esta manera. ¡Me siento tan culpable!

—Ya está hecho. Ahora solo queda que todas las aguas vuelvan a su cauce. Tal vez tenía que pasar así.

Sonó el móvil, el corazón me saltó, y me quedé mirando a Eli.

—Si no lo coges no saldrás de dudas.

—¿Y si es él?

—Mía, la bomba ya ha explotado. ¿Qué más malo puede pasar? A partir de ahora, y durante un tiempo, solo te quedará enfrentar las cosas y no huir de ellas.

Por unos segundos dudé, pero Eli tenía razón.

—¿Mamá?

—Hija, ¿cómo estás?

—Mamá, ¿cómo estás tú? Os dejé discutiendo muy acalorados.

—Por mí no te preocupes, le dije a tu padre que estaba cansada de su actitud. Por fin saqué el valor que tanto tiempo me faltó, y le puse las cartas sobre la mesa: o cambiaba y te pedía perdón, o se iba a ver más solo que la una. Que no estaba dispuesta a permitirle ni una más, y que si era necesario me iba de casa.

—¡Mamáaaaa!

—Sí, hija, hace mucho que tenía que haberlo hecho. Me he quedado descansando.

—No me lo puedo creer. Y, ¿qué te dijo?

—Agachó las orejas y está más suave que un guante de seda. Pero a mí, quien me preocupa eres tú.

—Tranquila, mamá, anoche le dije que quería el divorcio y que me marchaba. Hablé con Natalia y me va a acoger en su casa hasta que encuentre piso.

—De eso nada, te vienes a casa de tus padres.

—No, mamá. Estaríamos incómodos, además yo no tardaré en encontrar algo. Ya te iré contando. Tú no te preocupes por mí. Estoy más aliviada por ti.

—Bueno, hija, llámame en cuanto haya novedades. Te quiero, tesoro.

—Yo también te quiero, mamá.

Volví a guardar el móvil en el bolso y me quedé mirando a Eli.

—¿Ves, preciosa? Las aguas empiezan a retomar su cauce —dijo, acariciándome el hombro.

Agaché la cara pensativa, pero ella la volvió a levantar por la barbilla, y con la otra me sujetó la mano acariciándomela suavemente con su pulgar. Hundió su mirada en la mía y una

vibración interior me sacudió por dentro. Me pasó la mano por el cuello, me acarició la nuca sutilmente con sus dedos. El estómago me abrasaba y noté la reacción del deseo entre mis piernas. Soltó su mano de la mía, y me la dejó caer sobre la rodilla desnuda, la falda dejaba ver parte de mis muslos.

—¡E E Eli!

—¡Sshh! Déjate llevar. El otro día se me quedó algo pendiente.

Lentamente, como el terciopelo, ascendía la mano sobre el interior de mi muslo, tan suave, que cada poro de mi piel se iba embriagando de la caricia. Instintivamente, me encogí cerrando mis piernas. Estaba nerviosa ante algo nuevo para mí. Ella frenó y lentamente fue buscando un roce sutil en mis labios. Pero, al sentir los suyos, yo me quedé quieta, como una adolescente nerviosa a punto de dar su primer beso. Volvió a besarme con una calidez extraordinaria. Retrocedió unos centímetros para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien? —me preguntó con dulzura.

—Creo que sí —respondí, temblando.

—No sabes cuánto te deseaba, desde el primer día que te conocí. Eres maravillosa, Mía. Me tienes enamorada de cada centímetro de tu cuerpo y de cada expresión que dejas caer en tu rostro, de tu enorme sensibilidad y de todo tu ser. No mereces nada más que amor, aunque si ves que no estás preparada, solo tienes que decírmelo.

Volvió acercar su cara, rebosándome de tiernos y dulces besos: la frente, mi nariz, las mejillas, la barbilla y por último de nuevo los labios, dejando el ligero sabor húmedo de su boca. Nos fundimos en un delicado beso, que hizo que mis piernas dejaran espacio para su mano revoltosa.

Con toda elegancia y tacto que el momento requería, retomó el camino de su mano hacia el punto más deseado de una forma lenta y sutil. Noté con timidez su dedo en el filo de mis braguitas. No me pude controlar, un corto gemido brotó de mi garganta, pero ella continuó haciendo caso a mi excitación. Fui poco a poco tomando confianza y me dejé llevar por cada una de sus caricias. Tomé iniciativa y respondí a todos sus movimientos, y cuando quise darme cuenta, las dos estábamos tiradas en el sofá.

En ese momento tan crucial, sonó el timbre insistentemente.

—¿Esperas a alguien? —pregunté sobresaltada.

—No espero a nadie —contestó, mirando hacia la puerta—. No te preocupes, se habrán equivocado. Ya se irán, y continuó.

A los pocos segundos volvieron a llamar con más insistencia, aporreando con fuertes golpes.

—Parece algo urgente —interrumpí asustada.

—¿Quién se habrá creído que es, viniendo de esa manera, golpeando mi puerta? Quédate ahí, enseguida vuelvo, preciosa.

Se levantó exaltada, recolocando su ropa mientras yo esperaba sentada en el sofá, ajustándome bien la camisa. En ese momento escuché fuertes voces que me alertaron. No solo por los gritos, que ya eran descomunales, sino porque la voz que resaltaba por encima de la de Eli. Me puse de pie aterrorizada. El corazón lo tenía a punto de vomitarlo, y mis piernas me temblaban tanto que casi ni me mantenía sobre ellas. Eli entró al salón a empujones mientras intentaba poner barrera para impedir que entrara.

—¿Quién te has creído entrando así a mi casa? ¡Fuera!

—¿Dónde está? —gritó Rubén enfurecido, mientras se colaba en el salón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté alarmada.

—¡Eres una zorra! Te ha faltado tiempo para venir a sus brazos —increpaba con la cara desencajada.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

Eli, mientras tanto, se interponía entre los dos con los brazos abiertos impidiendo que se me acercara.

—Siguiéndote. ¿Cómo si no? ¡Quita coño! —gritó, dando un fuerte empujón a Eli.

Me cogió fuerte de los brazos y me zarandeó.

—¿Le has dicho la verdad? ¿Di? ¿Se la has dicho?

Eli se incorporó y se tiró a él intentando que me soltara.

—¡Estás loco! Vete o llamo a la policía —vociferó Eli.

—De aquí no me voy hasta que sepas la verdad —bramaba con las cejas fruncidas.

Mientras luchaban entre los dos acaloradamente, cogí el móvil y comencé a marcar al 112, pero Rubén al verme dio un manotazo, echándolo a volar por los aires.

—Pero, ¿y a ti qué te pasa? ¡Animal! —gritó Eli.

—¿A mí que me pasa? Déjame explicarte una cosita bonita. Mi querida esposa te ha estado mintiendo todo este tiempo —dijo medio ahogado por el esfuerzo mientras me señalaba.

—¿Perdona? —cuestionó Eli confusa.

—Como lo oyes. ¿Qué piensas? ¿Qué te quiere? Me lo dijo...

—¡Calla, Rubén! Nunca has aceptado esta amistad con ella —interrumpí.

—¡Ah! no, no, no, a mí no me vas a dejar por embustero después de todo lo que has hecho con nuestro matrimonio. —Negó con el dedo—. ¿Sabes qué me dijo el otro día? —Miró a Eli—. Que vuestro romance no era real. Solo buscaba una trama para su nueva novela, una historia de infidelidad lésbica.

—¿Eso es cierto, Mía? —Me miró escéptica.

—No le hagas caso, Eli, ¿no ves que está loco de celos y no sabe cómo impedir lo nuestro?

—¿Loco de celos? No me hagas reír, Mía. Tú me has dejado al margen de tu vida desde que empezaste el libro.

—¿Cómo puedes ser tan cínico y embustero? Eres tú el que desatendió nuestro matrimonio. El que ha dado lugar a todo esto —grité.

—Basta, basta, basta —interrumpió Eli, agitando los brazos.

Rubén sacó de la parte trasera de sus pantalones un rulo de papeles y los lanzó contra la mesa.

—Ahí lo tienes. Juzga por ti misma. —Se dio media vuelta y se marchó con la misma furia de un caballo desbocado.

Sentí que este mundo se me derrumbaba aún más. Eli se acercó al rulo de papeles mirándome fijamente. En su rostro se le notaba el miedo de encontrar en ellos, algo que le desvelara que Rubén llevaba razón.

—Mía... Si abro esto... —alzó los papeles señalándome—. ¿Me voy a arrepentir de algo?

—Venga, Eli, ¿no irás a hacerle caso? ¿No ves que solo está impidiendo lo nuestro?

Le quitó despacio un elástico que los comprimía.

—Venga, Eli. No lo hagas.

—¿Tienes algo que decirme antes? —Frenó su desenvoltura y volvió a mirarme.

—Nooo, pero, yo... yo...

Eli continuó desenrollando los folios, era parte de un manuscrito, empezó a leer algunas de sus líneas mientras paseaba por el salón. En breves minutos comenzó a llorar derramaron las lágrimas del desengaño.

—Venga, Eli. No es lo que parece. No llores.

—He de reconocer que es bueno —levantó el manuscrito agitándolo—, pero debo pedirte

que te marches.

—Eliiii, noooo. Por favor. No es como él lo ha dicho.

—Ahora entiendo tu entrada en mi bar aquel día sola. Lo pone aquí, Mía. —Apuntó los papeles con brío—. Cada una de las cosas que hemos hecho juntas, que han sido pocas, pero de haber seguido adelante... ¿Hasta dónde habrías llegado, Mía?

—Pero, míralo. Está casi terminado y aún no ha pasado nada entre nosotras.

—¿Qué esperabas? ¿Al desenlace final de hoy? ¿Tienes curiosidad cómo lo hacen dos mujeres? —Lanzó los papeles contra el suelo y vino hacia mí como una bárbara, me arrancó la ropa y se quitó la suya, después me lanzó al sofá, y de forma feroz me besó, me acarició, me lamió y sentí un bombardeo de excitación.

A pesar de que sabía el motivo de su reacción, no pude parar. Era tanta la sed que tenía de ella, que me dejé por completo a su castigo a su deseo y a su antojo.

—¿Esto es lo que querías? —preguntaba ruda mientras me hacía el amor.

Era irrefrenable. Incluso recibiendo tal trato salvaje de ella, estaba percibiendo el mismo deseo que el mío. Una excitación tan irracional que en pocos minutos nos vimos desbordadas en una explosión de placer.

Cuando acabó, se levantó diligente, se vistió con la misma rapidez que se había desnudado, y me lanzó la ropa a la cara.

—Ya puedes terminar tu libro.

CAPÍTULO 15

UN TRÁGICO ACCIDENTE

Con las orejas gachas, y como guerrera derrotada en una batalla, me alejé de allí. Empecé un juego en el que, sin darme cuenta, me abrasé. Mi vida la puse del revés y atrás quedaron rotos, proyectos, ilusiones, y esperanzas trabajadas durante toda una vida, preguntándome si la culpa había sido realmente mía. Solo me quedaba intentar retomar el vuelo, de la única manera que sabía. Escribir.

Me dirigí a casa dispuesta a recoger todas mis cosas. Natalia me estaba esperando, aún sin saber el último altercado. Con desgana entré y me encaminé hacia la escalera en dirección al dormitorio. Por instinto salté la tabla del suelo levantada y entré al cuarto. Rubén estaba tumbado en la cama llorando como un niño pequeño. Sus sollozos eran angustiosos, y tan fuertes que ni se había percatado que estaba junto a él. Cuando abrí la puerta del armario reaccionó mirándome como un chiquillo.

—Solo vengo a recoger mis cosas —dije alicaída.

—Al final, ¿te vas con ella?

—No, gracias a ti —contesté, mientras metía ropa en la maleta.

Se levantó y llorando se arrodilló, agarrándome una pierna.

—Mía, no te vayas, yo te amo.

—Hace tiempo que dejamos de amarnos. Hoy lo he comprendido. Por favor, suéltame. —Sacudí la pierna para desprenderme de él—. Y, levántate, no me gusta verte humillado.

—Por ti me humillo lo que haga falta —contestó levantándose.

—No me hagas esto más difícil —musité, terminando de echar la última prenda.

Reanudé el camino hacia las escaleras, pero él me siguió, al mismo tiempo que me agarró del brazo suplicándome que no me marchara.

—¡Por Dios, Rubén, déjame!

Volví a dar una sacudida al brazo para que me soltara, la maleta chocó contra la pared, perdí el equilibrio, tropecé con la tabla del suelo hasta que, finalmente, me abalancé por lo alto de la barandilla de la escalera.

—Míaaaaaaaaa.

Dos meses más tarde

—Cariño, tienes que comer.

—Mamá, no tengo hambre.

—Tu padre ha ido a hacer una compra especial para ti, no le hagas ese feo. Después del empeño que está poniendo por ti, sabes que te quiere y que te pidió perdón, y que sus actos nos están haciendo ver otro hombre en él. Ten en cuenta que ha visto a su hija moribunda, y eso fue un gran palo para él.

—No es por eso, mamá. Sabes que no tengo apetito —Cogí las ruedas de mi silla y me aparté hacia la ventana.

Después de aquel fatídico día, mis piernas se vieron inmovilizadas por la caída. Tuve una lesión grave que ni los médicos supieron cómo salí con vida, y que de recuerdo me dejaron postrada en una silla de ruedas, sin saber si algún día podría volver andar. Días de dolorosa rehabilitación, sumida en una profunda depresión y sola, bajo el único cuidado de mis padres y las visitas de Natalia, siempre que podía.

No volví a saber de Eli, seguro que ni supo lo ocurrido y, de ser así, no creo que ni ganas le quedaran para verme la cara. Rubén se quedó en la casa, y por lo que sé, arrastraba también una fuerte depresión, no solo por el abandono, sino por el hecho del sentimiento de culpabilidad que le quedó después de lo que me ocurrió.

Desde aquel día fui incapaz de volver a coger el portátil y escribir una letra. Me tiraba las horas enteras mirando a través de la ventana viendo pasar las horas. Mi madre, con sus dolencias, me ayudaba como podía la mujer a mis necesidades diarias, y mi padre perdió la fuerza que tanto le caracterizaba. Verme así casi lo hundió y se dio cuenta de las verdaderas cosas importantes de la vida.

—Ya estoy en casa —avisó mi padre de su llegada—. ¿Cómo está mi niña? —me preguntó, dándome un beso en la frente.

—Bien, papá —contesté casi sin voz.

—Te he traído una revista, por si quieres entretenerte. —Me la dejó sobre las piernas.

—Gracias, papá.

Estuve pasando las hojas en busca de algún artículo interesante, cuando vi algo referente a una manifestación LGTBI. Puse interés y, antes de leer, observé algunas de las fotos. No pude evitar mis lágrimas cuando vi a Eli subida a hombros de un chico agitando una bandera. En ese momento se removieron todos mis sentimientos. Lo que pudo ser y no fue. Verdaderamente había llegado a enamorarme de ella en los pocos días que compartimos juntas, y me acordé de la única y salvaje vez que hicimos el amor. Había sentido más pasión en un día, que en todos los años que estuve con Rubén. Aquellas manos tan suaves, esa mirada felina, y esa dulzura hablando me hizo volverme loca, en silencio, por ella. No olvidaré la forma tan sensual y elegante que tuvo al tocarme para hacerme descubrir por primera vez la pasión con una mujer.

El sonido del teléfono rompió mi melancolía.

—¿Sí? ¿Dígame? —contestó mamá—. ¿Cómo?... —Escuchaba—. Pero, ¿cuándo ha sido?... —Seguía escuchando—. ¿Quién? —preguntó alarmada.

—¿Qué pasa, mamá?

—Pero, ¿dónde está? —Sacudió su mano para que me esperara—. Muchas gracias por avisarnos. —Colgó—. No me lo puedo creer. Qué desgracia tan grande.

—¿Qué pasa, mamá? Me estás asustando —Avancé la silla de ruedas hasta ella.

—¡Ay! Hija. Se trata de Rubén.

—Pero, ¿qué ha pasado? —pregunté alarmada.

—¿Cómo te digo yo esto? —dijo nerviosa, frotándose las manos.

—¿Quieres decirlo de una vez?

—Rubén, que se ha suicidado.

—¿Cómo?

—Anna, la chica que contrató para limpiar la casa, ha ido esta mañana temprano y se lo ha encontrado ahorcado.

Una descarga me corrió por todo el cuerpo, anegando mi alma de culpa. Se hizo el silencio dentro de mí por unos minutos. Porque era incapaz de escuchar cada una de las palabras que ella seguía diciendo. Si este mundo lo tenía ya vacío y negro, ahora era inexistente. Entré en *shock*, incapaz de emitir sonido alguno y me quedé paralizada, de tal manera que los músculos y la piel dejaron de sentir, tanto como mis propias piernas. Luego noté una sacudida en los hombros.

—Mía, Mía, reacciona —vociferó mi madre asustada por el aletargamiento en el que había entrado.

—¿Qué pasa, mujer? —Acudió mi padre de inmediato, confuso por el revuelo.

Aturdida, fui poco a poco volviendo en sí, escuchando cómo le daba las explicaciones a mi padre sobre lo sucedido.

—Mía, cariño, ¿estás bien? —inquirió mi madre.

—Ha sido por mi culpa, ha sido por mi culpa —repetía llorando, mientras me balanceaba.

—Ni se te ocurra decir eso —impuso el hombre sacudiéndome los hombros.

—¿Qué te han dicho? ¿Quién ha llamado? —interrogó papá.

—Ha llamado Anna. Que lo ha encontrado esta mañana ahorcado. Se lo han llevado al instituto forense. Luego lo llevarán al tanatorio. Y mañana será su entierro. También me ha dicho, que se ha visto en la obligación de avisarnos porque no tenía a nadie y hay que hacerse cargo de su cuerpo.

—Tranquilas, yo me encargaré de todo eso. Al fin y al cabo, seguía siendo tu marido —añadió mi padre.

Miré los papeles de divorcio que estaban en el mueble, aún sin firmar. Agarré con fuerza las ruedas de la silla, y rodé ferozmente hacia el dormitorio. En ese momento, solo buscaba la soledad. Me impulsé con los brazos y me lancé al suelo, sintiendo que todo se desmoronaba bajo mis pies. Las preguntas me inundaron la mente: ¿por qué? ¿Qué había hecho mal? ¿Podría haber evitado esto? Recordé las discusiones, las promesas rotas, la soledad que había comenzado a sentir en mi propia casa. Pero, nunca imaginé que las cosas llegarían a este extremo.

Me encontré atrapada en una tormenta de emociones: culpa, rabia, tristeza, confusión. La vida que imaginaba sin Rubén, de repente se tornó sombría y vacía, aún más de lo que ya estaba. Ya no se trataba de una separación, sino de una pérdida irreversible. El futuro que había visualizado, tranquila junto a mis padres, se desvanecía ante mis ojos, dejando solo un eco de lo que pudo haber sido.

Mientras los escuchaba a lo lejos, la realidad comenzó a hundirse en mi corazón. Supe que mi vida jamás volvería a ser la misma. La decisión de alejarme, que había sido una búsqueda de libertad y paz, se transformó en un profundo y agonizante vacío. La lucha interna, el dolor de lo que había sucedido, me acompañaría por el resto de mis días, mientras el eco del amor perdido resonaba cada rincón de mi ser. Perdí a Rubén, perdí a Eli, perdí mis piernas. Todo había sido en vano.

Tan solo hacía unos meses que éramos felices y hoy solo existe dolor.

—¿Por qué?! —grité con desgarró, dando golpes contra el suelo.

—¡Cariño! ¡Por Dios! —dijo mamá acongojada mientras entraba. De inmediato, se acercó a mí intentando levantarme—. ¡Ayúdame, Carlos!

—¿Qué ha pasado? —preguntó angustiado, mientras entre los dos me devolvían a la silla.

Ambos se sentaron en la cama poniéndome junto a ellos.

—Hija, es comprensible que te sientas así, pero tienes que recordar que no es culpa tuya. A veces, las personas pasan por cosas que no podemos comprender —dijo mi madre apenada, mientras me cogía de la mano.

—Pero, ¿y si no lo hubiera dejado? ¿Y si hubiera hecho las cosas de otra manera? Me duele pensar todo lo que ha sufrido por marcharme, por su sentimiento de culpabilidad por lo que pasó, y en realidad fue un accidente. —Sollocé, limpiándome las lágrimas con la manga.

—Entendemos que sientas culpa, pero no hay forma de prever lo que sucede en la mente de alguien. Hiciste lo mejor que pudiste en su momento. No somos dueños de nuestros sentimientos. El corazón va por libre. No podías obligarte a seguir con él si ya no lo amabas —añadió mi madre, mientras me daba un pañuelo de su bolsillo.

—Además, que seguro lo ha hecho porque él solo llevaba su propia carga —agregó mi padre, mientras me acariciaba la cara.

—Lo sé, pero me siento tan vacía que no sé cómo seguir adelante. —Suspiré.

—Es lógico, cariño. Lo normal es sentirte así, porque tienes que dejar pasar el duelo. ¿Verdad, Carlos?

—Claro, y nosotros estamos aquí, no tienes porqué pasar por esto sola. Tómate tu tiempo y busca lo que te haga sentir mejor.

—Quizás si vuelves a escribir un libro... —insinuó mamá.

—No lo sé, creo que ahora no es buen momento. Solo tengo ganas de llorar. De repente, me he visto sin movilidad en las piernas y ahora esto.

—Está bien que llores, eso es bueno, es una parte natural del duelo. Pero no dejes de quererte a ti misma —me aconsejó, lastimosa.

—Gracias, papás, no sé qué haría yo sin vosotros.

—Siempre estaremos para ti, no lo olvides. Al menos, mientras estos viejos carcamales puedan.

En ese momento llamaron a la puerta, los dos se levantaron y me dejaron para que pudiera descansar. Cogí de la mesita el móvil, con la intención de llamar a Natalia para contarle lo sucedido. Además, quería pedirle algo de ropa prestada para el entierro. En el armario no solía tener ropa de color negro.

Desde el dormitorio escuché a mi padre abrir la puerta, al instante oí mencionar mi nombre. Puse el oído intentando captar lo que decían; entonces, escuché algo sobre una carta certificada y, momentos después, se volvió a cerrar la puerta. Segundos más tarde percibí un leve cuchicheo entre ellos. Eso fue algo que me alarmó. Por lo que salí a su encuentro para saber de qué se trataba.

Ambos al verme aparecer detrás de ellos, se giraron de frente a mí, observando cómo mi padre ocultaba algo con la mano a su espalda.

—¿Quién era?

—¡Oh! Nadie cariño. Se han equivocado, preguntaban por alguien que no era de aquí —respondió mi madre.

—¿Por qué me engañas? Papá, ¿qué escondes ahí detrás?

—Nada, hija. Anda, ve y descansa.

Me adelanté rodando la silla llegando hasta él e intenté alcanzar su mano, que tenía tras la espalda. Para impedir que cogiera lo que estaba sujetando, instintivamente alzó el brazo, dejando a la vista un sobre.

—¿Qué es eso? Papá.

Los dos se miraron y al verse acorralados, no tuvieron más remedio que decírmelo.

—Una carta certificada para ti —respondió papá.

—¿Quién es el remitente?

—Rubén.

CAPÍTULO 16

LA CARTA

El momento fue interrumpido de nuevo por otra llamada al timbre de la puerta. Mamá se adelantó a abrirla.

—Mía, cariño, ¿qué tal estás? —Natalia se inclinó para darme un fuerte abrazo, con esa sonrisa imborrable de su cara—. He venido expresamente para traerte este libro que vi el otro día en un mercadillo. Pensé que te podría gustar. —Se sentó de cuclillas delante de mí—. ¿Y esa cara? Parece que se hubiera muerto alguien. —Rio, desconocedora de lo ocurrido.

—Es que ha muerto alguien —contesté derrumbada.

—¡Ay, Dios! ¿Quién ha sido?

—Rubén —musité, soltando una lágrima por mi mejilla.

—¿Rubén? —preguntó exaltada—. Pero, ¿cómo? ¿Qué ha pasado? Si estaba bien. Hace dos días lo vi sentado en un banco del paseo.

—Al parecer se ha suicidado. Acabo de recibir la noticia. Ha llamado Anna. Mañana será el entierro. —Dije abatida.

—Hablando de entierro. Me voy para averiguar dónde se encuentra en estos momentos y comenzar con los preparativos —interrumpió mi padre, mientras cogía las llaves. Me dio un beso en la frente y se marchó.

—¿Quieres que demos un paseo, cariño? Te vendrá bien el aire —me propuso Natalia, mientras se levantaba—. ¡Au! Mis rodillas, cada vez las tengo peor.

—Da gracias de que cuentas con ellas.

—Anda, calla, que estás muy comodona trayéndote y llevándote —dijo sonriendo para animarme, luego se puso detrás, agarró el manillar y empujó rodándome hasta la puerta.

—Espera, Natalia. No te he dicho que sí. Sinceramente no me apetece nada.

—Anda, hija, te vendrá bien salir —añadió mi madre poniendo la mano sobre mi hombro.

Dejé los músculos relajados con desgana, asumiendo el consejo de las dos. Durante el camino, mientras me empujaba, no paraba de hablar. Agradecía tener una amiga como ella, capaz de hacerme evadir de mis problemas, contándome sus chismes de diario, de los que de vez en cuando, hasta era capaz de sacarme una leve sonrisa.

—¿Sabes? El otro día mi marido quiso hacer un experimento sexual. Casi me rompo la crisma.

—Natalia, por Dios. No me vayas a dar detalles —sonreí.

—¿Cómo que no? Calla, calla. El muy idiota me puso hacer el pino.

—¡Natalia! —Miré hacia atrás para ver su cara.

—Se cree que tengo ahora veinte años.

Volví la mirada al frente riendo e imaginándome a los dos en tal situación.

—Sí, sí, tú riéte. Mira mi codo —Frenó la silla y se adelantó a mí, mostrándome un horrible moretón en su codo.

—Ja, ja, ja. Natalia, eres única. No puedo contigo.

Continuamos el camino, y nos apalancamos en una cafetería. Allí llegó el momento más profundo de ella, bajo el solador de la terraza. Me aportaba todos los consejos y ánimos que una gran amiga puede dar.

—Escúchame, cariño... Sé que estás en el peor momento de tu vida. Es normal sentirte así después de lo que está pasando. Tu vida ha cambiado drásticamente y es un proceso duro. Te queda un gran desafío por delante. Pero quiero que sepas que seguiré aquí a tu lado en cada paso del camino. Tú eres fuerte y valiente, y has superado muchas cosas en tu vida. En lugar de quedarte ahí postrada sintiendo lástima de ti misma, pensando en qué pudo haber sido y no fue, piensa en qué cosas puedes hacer a partir de ahora que te hagan evolucionar.

—No es tan fácil, Natalia.

—Lo sé, pero debes esforzarte. ¿Qué tal si sigues con lo que más te gusta? Para eso no te hacen falta las piernas, tienes lo más importante, esta —me señaló la cabeza—, y este —señaló mi corazón.

Me regresó a casa y se despidió de mí, recordándome que le avisara de hora y sitio para el entierro de Rubén.

Me fui al dormitorio con el libro que me había regalado, y mientras ojeaba sus páginas, reflexioné en sus palabras. El libro se llamaba: «Date una oportunidad».

En unas horas regresó mi padre, comunicando que ya estaba todo listo. No había nada más de qué preocuparse. A las cinco se lo llevarían al tanatorio y al día siguiente a las seis de la tarde sería el entierro. No podía evitar el ardor, de angustia y desconsuelo. Solo deseaba dormir y no despertar hasta que hubieran pasado días, semanas, meses, y hacer desaparecer esta sensación amarga.

A la noche regresaron mis padres, tras haber estado unas horas velando su cuerpo. Yo fui

incapaz de afrontarlo y me quedé en casa, porque al día siguiente ya no tendría más remedio que ir. Vinieron anunciando que apenas había gente. Tan solo algunos amigos que se habían enterado de la desgracia, por lo que, por falta de familia, estaba siendo un velatorio solitario y aún más triste de lo que ya era de por sí.

La noche fue dura, sin apenas haber dormido. Llena de fantasmas y de miedos, imaginándome que su espíritu merodeaba por mi cuarto. Sentía que venía a vengarse. Que en cualquier momento me arrastraría del pelo y me estamparía contra la pared, por lo que estuve gran parte de la noche metida entre mis sábanas casi sin respirar, sudando como una niña pequeña aterrorizada.

En cuanto vi los primeros rayos de sol, di gracias a que, por fin, desapareció la oscuridad de la noche y el silencio tan perturbador. Por lo que me incorporé, alargué el brazo para acercar la silla, y sosteniendo todo el peso del cuerpo en los brazos, tomé impulso y me trasladé. Mamá solía levantarse temprano y justo detrás le seguía mi padre. Así que, no tardé mucho en escucharlos. Estaban preparando café y tostadas.

El día iba pasando como cualquier día, salvo por las llamadas recibidas para dar el pésame y preguntar por la hora y lugar del entierro. Siempre los mismos: vecinos, amigos y conocidos.

Después de comer nos trasladamos al tanatorio. Mi padre llamó a un taxi preparado para sillas de ruedas. Al momento de iniciar el camino el corazón se me comenzó a agitar. Porque sabía que no estaba preparada para afrontar una situación así. Estaba segura que tendría que hacer frente a todo tipo de comentarios y preguntas, que no tenía ganas de contestar. Además, no fui ni capaz de asomarme a ver su rostro. Preferí quedarme con su imagen viva. Tal y como había imaginado, no paraban de acercarse a mí para dar sus condolencias y para cotillear de cómo y por qué, y es que la gente puede llegar a ser demasiado morbosa y poco delicada en esos momentos. Afortunadamente, no fueron demasiados. Aun así, estaba deseando que todo acabara.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? No he podido venir antes, acabo de salir del trabajo. —Se acercó Natalia acelerada.

—No te preocupes, tú no tienes que disculparte de nada.

—¿Cómo está siendo todo?

—Imagínate. Estoy deseando acabar con esto. Si ya me siento mal, con la gente es peor. Podían meterse sus comentarios en el...

—Ya está, cariño —interrumpió—. Pronto acabará. —Me llevó mi cabeza hacia su cuerpo, mientras acariciaba mi cara.

Llegó la hora del traslado al cementerio. Mi padre volvió a llamar a un taxi con las mismas características, y nos pusimos camino al lugar santo. El coche fúnebre venía a nuestra espalda, cargando tres coronas. Paramos en la puerta, y mientras me bajaban en la silla, casi al mismo tiempo iban bajando la caja. Nos adelantamos hacia la altura de la tumba, donde ya había gente esperando para darle su último adiós. De repente, miré dos veces seguidas con cierta

rapidez a alguien que me pareció ver allí. Volví a mirar con más detenimiento para asegurarme. Para mí no tenía sentido esa visita, y mucho menos aún, llorando de la manera tan desconsolada que lo hacía. Al instante acercaban la caja y puse mi atención en Rubén. Era el último adiós.

Cuando todo acabó rastreé, el lugar en busca de aquella persona que ya no estaba, al mismo tiempo, que los pocos que habían ido al cementerio se me acercaron para darme un beso de despedida. No hubo misa porque Rubén nunca fue creyente y ese fue su deseo. Después, Natalia agarró la silla y nos dirigimos a la puerta. Durante el camino miré a un lado y a otro en busca de aquella persona, pero no volví a verla, y cuando llegamos al coche, por fin sentí que todo había acabado.

Días después, recluida en casa, busqué en el salón unos papeles del seguro. Entre ellos, apareció la carta que mandó Rubén y que eché por completo en el olvido. La sostuve durante unos segundos deliberando si abrirla o no, hasta que, definitivamente, opté por hacerlo.

CAPÍTULO 17

LAS AMIGAS DE VERDAD

«Mi querida Mía, cuando hayas recibido esta carta, yo ya no estaré. Ante todo, no quiero que te sientas culpable. La decisión que he tomado ha sido mía y solo mía. Acepto esta condena por todo lo que te ha pasado. Por nuestros últimos meses en los que te sentiste abandonada. Por las decisiones que tomaste, consecuencia de mi distanciamiento y que, por ello, hoy te encuentres en una silla de ruedas.

La culpa me ahoga cada día, porque no, no fueron mis retrasos por motivos laborales. En nuestros últimos momentos, fui un mal marido, y me merecí las consecuencias de tu marcha.

Sí, has entendido bien. Tú confiabas plenamente en mí y yo te fallé. Fui débil ante la carne y no supe echar marcha atrás a tiempo, sin darme cuenta que mi prioridad eras tú. Lo eché todo a perder y te alejé de mí para siempre. Siento tanto, tanto, tanto tu estado, que ojalá hubiera sido yo el que cayera por esa escalera.

Maldigo el día en que esa mujer se interpuso en mi camino, y maldigo el día en que no supe ser fuerte para evitarlo. Lo siento mi amor. No puedo hacer nada para echar marcha atrás. Ojalá tuviera una máquina del tiempo. No puedo vivir sin ti, ni tampoco puedo hacer que me perdones y vuelvas conmigo. Ya no puedo más.

Te quiero, por siempre, mi vida.

Lo siento. Ojalá algún día, esté donde esté pueda sentir tu perdón.»

Mis manos se aflojaron de tal manera que la carta cayó al suelo, me quedé clavada mirando en la nada, y languidecí más aún de lo que ya estaba.

Comprendí enseguida la presencia de aquella mujer en el cementerio. Durante días intenté recordar de qué conocía su cara y al leer la carta, como un flash, la recordé a la perfección. Solo la vi una vez y su pelo había cambiado, creo que eso hizo que me desorientara un poco en reconocerla. Se trataba de Ada, la hija de Armín y Beatriz.

Recordé que, aquel día en el restaurante de Eli, me sentí como una idiota por haber creído que me engañaba con ella, y que, con su actuación tan sobresaliente, se me disiparan las dudas. En realidad, sí había sido una estúpida idiota.

No puedo decir que me sintiera feliz por la muerte de Rubén. Pero, he de reconocer que sentí cierto alivio al leer su reconocimiento de culpa. Sentí rabia por su infidelidad, porque desde aquel momento todo en nuestra vida se tambaleó.

A raíz de aquello, todo empezó a dar un giro sin retorno con consecuencias de las que muchos salimos perjudicados. Él por su muerte, yo por mi invalidez, Ada por enamorarse de un

hombre casado, y mi querida Eli que, sin comerlo ni beberlo, se vio envuelta en todo esto sin necesidad. Aun así, ojalá ella supiera que lo que llegué a sentir fue real.

Mi madre, al darse cuenta del aislamiento que sufría, reparó sigilosamente se acercó y cogió la carta del suelo, luego la leyó, mientras yo aún seguía vagando en pensamientos oscuros, después de leerla, giró la silla y me colocó frente a ella, acariciando mi cara.

—¿Estás bien, cariño?

—Ahora empiezo a darle sentido a mi vida, mamá.

No podía vencerme la pena, ni la rabia, ni los celos, ni los rencores. Sentí como un latigazo en la nuca, y comencé a entender que debía hacer algo con mi vida.

—Mamá... Te quiero —le dije sonriendo, mientras me marchaba a toda velocidad por el pasillo dirección al dormitorio.

—Pero, ¿dónde vas, hija?

—A ninguna parte y a todos lados, donde mis manos y mi cabeza me permitan.

Cogí el ordenador, lo abrí y, como si alguien me poseyese, comencé a escribir horas y días, sin salir apenas del dormitorio. En la pared veía los reflejos del sol deslizarse en cada hora, aparecían y desaparecían a medida que pasaba el tiempo. Mis dedos no dejaban de teclear y las páginas no paraban de avanzar.

Días después mamá entró al dormitorio, comunicándome que Natalia estaba en casa, y al momento asomó su cara.

—Como no venga yo a verte, no eres capaz de hacerme una visita, nena. Ya te vale —dijo eufórica, mientras me daba dos besos.

—¿Dónde voy yo? —Hice un gesto mirando mis piernas.

—Mira, bonita, ya va siendo hora de que espabiles. Estás inválida, pero tienes ruedas. ¿Cuánta gente no va por ahí en sus sillas?

—Ya lo sé, Natalia, pero no estoy preparada para que me vean así y empiecen a preguntar.

—Excusas. —Gesticuló con la mano como desaprobación.

—Además, te hice caso y estoy escribiendo, llevo días haciéndolo y no quiero parar hasta acabarlo.

—¿En serio, nena? No sabes cuánto me alegro. Ya me dijo tu madre lo de la carta. Estoy muy enfadada contigo por no habérmelo contado. Que lo sepas.

—Pensaba hacerlo, pero he estado tan metida en esto que no veía el momento.

—Bueno, da igual. En realidad, tu madre ya me ha puesto al tanto de todo. ¿Sabes? Me llamó para decirme que estaba preocupada por ti, porque no salías de estas cuatro paredes. Así que... vístete que nos vamos de compras.

—¿Ahora?

—No, pasado mañana. Venga nena, espabila. Quiero comprarme unas cosillas y quiero que me asesores, siempre has tenido muy buen gusto.

—No sé yo si ahora estaré para muchos consejos.

—Basta de protestar, dime qué necesitas que te ayude y nos vamos.

Me colocó los zapatos, me maquilló suavemente la cara y me hizo una cola de caballo.

—¡Ay, nena! Qué poco necesitas tú para estar guapa.

Desde el día del entierro no había salido a la calle, ni tan siquiera para la rehabilitación, ya que venían a la casa, porque decidí hacerlo por privado desde que salí del hospital, precisamente para evitar mis salidas a la calle. En aquel momento era incapaz de poner un pie en la puerta.

Dejé a mis padres sentados en el sofá, con unas sonrisas, felices de verme salir por primera vez. Yo en realidad sentía un poco de miedo al enfrentarme al mundo exterior. Pero, con Natalia a mi lado todo era mucho más fácil. El único día que salí con ella a tomar café nos quedamos muy cerca de casa, y en esta ocasión me iba a exponer demasiado para mí. Tenía que hacerlo, tarde o temprano debía romper esa franja que yo misma me había marcado.

Andamos y andamos, bueno, yo en realidad rodaba, dirigida por ella sin parar de hablar.

—¿Dónde vamos, Natalia? —pregunté intrigada—. ¿Qué te quieres comprar?

—Ahora verás, ya llegamos.

Veía como poco a poco nos aproximábamos a una cafetería que quedaba de paso a la zona comercial. Convencida que pasaría de largo. Pero algo empezó a preocuparme. Sentí que el estómago dio un brinco dentro de mí y una sacudida en todo mi interior. A medida que nos acercábamos iba distinguiendo con más claridad una silueta que para mí, era inconfundible.

—Para, para, Natalia —dije apoyando mi mano sobre la suya, que agarraba el manillar.

—¿Qué pasa? —preguntó, frenando en seco.

—¿Podemos ir por otro lado? —inquirí nerviosa.

—Pero, ¿por qué?

—Mira allí, no quiero...

—Anda boba, seguro que no es quien tú crees —dijo interrumpiendo e inició la marcha.

Miré hacia atrás y vi cómo escondía una sonrisa pícaro.

—¿Qué estás haciendo, Natalia? —le cuestioné mirándola a la cara.

—¿Yo? Empujar tu silla. ¿No lo ves?

Volví a mirar adelante y allí estaba, se había levantado de donde se acomodaba, dirigiendo su vista hacia nosotras. Fue caminando lentamente, avanzando en nuestra dirección hasta nuestra altura. El corazón me bombardeaba cada vez más deprisa, quería disimularlo y no podía, no había manera de controlar el temblor de mis manos.

—Hola, Natalia. Hola, Mía.

Natalia se limitó a sonreír.

—Hola —dije a secas. Estaba tan confundida que no articulaba palabra.

—No sabía nada de... —Miró mis piernas—. No sabes cuánto lo siento.

—Gracias, Eli —contesté aturdida.

—Estoy tomando un café aquí —Señaló la cafetería—. ¿Queréis tomar algo?

—¡Ah! Yo por mí encantada —respondió veloz Natalia.

—Pero, Natalia... —dije exaltada.

—Venga un café no nos vendría mal —impuso reanudando la marcha.

Enseguida nos acoplamos en la mesa y pedimos un café, aunque Natalia muy hábil se volvió a levantar alegando que enseguida volvía. En ese momento entendí que el encuentro no había sido casual, por lo que mis nervios, en lugar de desvanecerse, se iban incrementando aún más. Me quedé paralizada y sin saber qué decir. Esa mujer tenía un poder sobre mí indescriptible. Con solo mirarla era capaz de estremecerme. No sabía qué podía pasar, después de nuestra última despedida, tan cruel para ella, sin haberme dejado explicarle mis verdaderos sentimientos.

—Eli... yo...

—No hace falta que digas nada. Natalia me lo ha explicado todo.

—Te juro que no quise hacerte daño. Que sin darme cuenta realmente me enamoré de ti. Todo empezó...

Me puso el dedo en los labios para hacerme callar y me sonrió.

—Si hubiera llegado a saber todo esto, nunca te hubiera dejado marchar de casa aquel día.

—Y lo de la carta, ¿también lo sabes?

—¿Qué carta? —preguntó confusa, frunciendo las cejas.

—Rubén me dejó una carta antes de morir.

En ese momento llegó el camarero para dejar los cafés que unos minutos antes habíamos pedido. Hicimos silencio mientras se marchaba, y a continuación le relaté todo el contenido de la carta.

—No me lo puedo creer, Mía. Y todo esto, ¿para acabar así?

—La vida nos da patadas en el culo —dije, encogiéndome de hombros.

Eli me sujetó la barbilla y me alzó la cara.

—Y tus piernas, ¿te han dicho los médicos algo alentador?

—Tienen que volver a operarme, pero no se sabe nada. No ponen muchas esperanzas.

—De cualquier manera, hoy en día hay muchos adelantos, quizás...

—No quiero hacerme ilusiones —interrumpí con voz alicaída —Y tú... Cuéntame ¿Cómo va el negocio? ¿Has conocido ya a alguien?

—El negocio va viento en popa y con respecto a lo otro... —hizo un silencio y miro al suelo.

—Entiendo que sí. Me alegro por ti. Tú vales mucho.

—No te creas, lo estoy intentando, pero me está costando, dejaste en mí una huella que aún no he conseguido borrar.

Poco a poco me fui relajando y el tiempo a su lado había pasado como un relámpago fugaz, intentando al mismo tiempo digerir todo lo que estaba ocurriendo. Natalia apareció a las dos horas, sonriendo cómplice por su travesura. Llegó dicharachera como era ella, como si todo fuera natural, cargada de bolsas, mostrándonos su compra exitosa por los buenos precios que había conseguido.

Nos despedimos deseándonos lo mejor y después nos marchamos. Casi todo el camino iba ausente de toda la palabrería de Natalia, reflexionando sobre la conversación que había mantenido con Eli. Estaba feliz de que Natalia me diera la oportunidad de volver hablar con ella, que me facilitara y ahorrara tantas explicaciones. Aunque, por otra parte, no podía evitar cierta tristeza al pensar que ya estaba conociendo a otra chica, pero sabía que no podía ser egoísta. Jamás le pediría que volviéramos al punto de partida y que acarreará conmigo en mi situación.

—¿Me estás escuchando? —interrumpió Natalia mis pensamientos.

—No —contesté sonriendo.

—Qué maleducada eres —sonrió.

—¡Natalia!

—Dime, cariño —contestó, mientras seguía empujando la silla.

—Gracias.

EPÍLOGO

Había pasado una semana del encuentro con Eli y ese día amanecí particularmente contenta. La noche anterior acabé el libro... Lo llamaría «Una ventana hacia el lago». Me estaba levantando cuando mi madre irrumpió en mi cuarto acelerada.

—Mía, ha llegado una carta, tienes cita para la próxima intervención.

Mamá estaba feliz. Tenía puestas todas sus esperanzas en esa operación. Realmente yo no quería hacerme ilusiones. Pero era un hilo de luz en el camino.

Además, ese día parecía que me guardaba muchas sorpresas. A la hora, llegó el abogado, era el momento de hablar de testamentos. Rubén y yo estábamos casados en bienes gananciales, aunque yo nunca llevé sus cuentas del negocio. Sabía que económicamente todo iba bien, pero nunca supe a cuánto ascendía la cantidad que guardaba en la cuenta empresarial. No puedo decir que casi me caigo de la silla porque estaba bien sentada, aunque mi sobresalto fue portentoso. Al ser yo la única heredera y esposa, no había lugar a dudas que recibiría la cantidad de más de cuatrocientos mil euros. Por supuesto, el negocio se cerró. Yo no estaba cualificada para tales asuntos, y con una cantidad así tampoco era de gran necesidad.

Más tarde llamé a la editorial, que enseguida aceptaron que les mandara mi nuevo borrador. Ya solo se trataba de tiempo el que me contestaran, aunque ellos siempre habían estado muy contentos conmigo, y más con el éxito que tuvo el último libro. A decir verdad, este prometía.

Cogí el móvil con mis padres delante, y sin previo aviso hice una llamada.

—Buenos días, llamaba para hacer una reserva para tres personas, para esta noche, por favor.

Mis padres se quedaron mirando confundidos.

—Ok, gracias. —Colgué.

Los miré sonriendo.

—¿Qué miráis? Esto hay que celebrarlo. Esa noche nos vamos al Monterrey.

Podía parecer frívolo, pero la cena no fue por la herencia, no, no, no. Fue por mi libro. De alguna manera tenía el presentimiento que este libro iba a ser el mejor de todos hasta ahora escritos por mí. Y con su conclusión sentí liberarme de todas las cadenas que me tenían presa.

De nuevo llamaron al timbre, en esta ocasión fue mi padre a abrir la puerta.

—Mía, te esperan —me anunció con una sonrisa sin decirme quién era.

Aproximé la silla a la entrada y me encontré a la mujer más guapa y reluciente que había visto en mi vida.

—¿Te acuerdas que un día te dije que te tenía una sorpresa y que nunca llegué a enseñarte? —me preguntó directamente sonriendo.

—¡Eli! ¿Qué haces aquí? —pregunté sobresaltada.

—Vengo a por ti —dijo tranquilamente, echada sobre el quicio de la puerta, con sus piernas entrecruzadas.

—¿Cómo?

—¿Estás preparada? —volvió a preguntar con su mirada felina clavada en mis ojos.

—¿Preparada para qué?

Deslizó la silla hasta el ascensor sin mediar palabra.

—Pero, Eli. ¿Dónde me llevas?

—¡Sssh!

Continuamos en silencio, mirándonos a los ojos, dibujándome una sonrisa pícara, a punto de hacer una travesura.

Salimos del ascensor, rodó la silla hasta la puerta, a continuación, me cogió en brazos, y rodeé con mis manos su cuello.

—Pero, Eli...

Avanzó hasta una impresionante moto; una *Onda goldwing*, en la que me sentó, colocando mis piernas a ambos lados de ella, luego me las sujetó de alguna forma habilidosa que había ingeniado para mí. Después, me abrochó un cinturón alrededor de mi cintura unida al respaldo. A continuación, me hizo colocarme un casco, y luego se colocó el suyo y finalmente se montó.

—Agárrate fuerte —dijo sonriendo.

—Estate segura de eso. En mi vida he montado en moto —contesté excitada.

—¿Estás preparada?

—No, sí, no lo sé.

Salimos a la carretera. El viento sacudía nuestros cabellos, abrí mis brazos y me pareció volar. Por unos momentos con esa sensación de libertad, me olvidé de todo.

Me llevó cerca de un campo de golf donde nuestras vistas se perdían en un inmenso manto verde y ante él, el gran mar azul, que junto con el sol que esa mañana despertó intenso y los árboles testigos de nuestro encuentro, hacíamos un cuadro de Monet. Me dejó caer con delicadeza sobre una manta roja y de sus alforjas sacó una botella de champán y dos copas. Y después se arrodilló,

sentándose sobre sus propios pies, luego las rellenó y alzó su mano para brindar.

—¿Se puede saber qué celebramos? —pregunté sonriendo.

—La vida, ¿te parece poco? —respondió cogiendo mi mano.

—Pero, Eli. ¿Por qué haces esto? Estabas saliendo con alguien y no me parece que...

—Calla —se hizo un silencio—. ¿Escuchas?

—¿Qué tengo que escuchar? Aquí solo se oyen pájaros.

—Exacto. No quiero que nada ni nadie nos interrumpa. Mía, el día que Natalia me contó lo sucedido, quise morir. Me sentí tan culpable que no fui capaz de levantar el teléfono. Y es que, aun con el poco tiempo desde que nos conocíamos, y a pesar de la intervención de tu marido, no ha habido día que no me haya acordado de ti. ¿Recuerdas aquel choque fortuito en la calle en vísperas de Navidad?

—Sí —contesté con timidez.

—Aquel día —Interrumpió para alzar mi barbilla—. Mírame a los ojos... Aquel día, supe que nuestros caminos estaban destinados a encontrarse y no me equivoqué. El universo no tardó mucho en ponernos a prueba. Pero cuando supe que estabas casada, me resigné a mantener una simple amistad, enamorada como una tonta desde que limpié tu mancha de chocolate en tu nariz y que, como una niña pequeña, aceptaste mi descaro. Los días posteriores puse todo el esfuerzo en controlarme, pero te aseguro que me costó. Y después de lo sucedido, juro que he tratado de olvidarte, con todas mis fuerzas, hasta he intentado otra relación, pero este corazón decía que era inútil.

—Eli, yo no te culpo de nada.

—Sé que no lo haces, pero me he perdido el estar a tu lado todo este tiempo tan difícil para ti, y eso, no me lo perdono.

—Eli, yo no puedo... ¿Tú me has visto? —interrumpí mirando mis piernas.

—¿Crees que eso es un impedimento para mí?

Las lágrimas bañaron mis ojos, dejándose caer una sobre mi mejilla.

—No llores, princesa. —Me miró a los ojos—. No necesitamos un final feliz. Solo seguir escribiendo nuestra propia historia, página tras página, capítulo tras capítulo. Y así con cada día que pase, reafirmaremos que el verdadero amor es una elección de ser el refugio la una de la otra, de enfrentar nuestros desafíos codo con codo y de celebrar las pequeñas victorias, creando un amor que, aunque perfecto o no, es profundamente real y verdadero. Al menos para mí.

—Eli, yo...

—Solo tienes que decir si estás dispuesta o no.

—Claro que quiero. Sí, sí, sí.

—Mía, aquí comienza el primer viaje de nuestras vidas y nuestra primera página en blanco.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a:

Juan Andrés, por ser siempre mi primer lector.

M.e.l. Cuenca, como lectora beta y por sus grandes consejos y sugerencias.

Magi, como modelo de portada.

Víctor, como fotógrafo.

Estrella, como correctora y por ser tan rápida.

A ti, gracias, por haber llegado hasta la última página. Y de todo corazón espero que hayas disfrutado de él.

Si ha sido así ¿Me ayudas con una reseña?

No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de esta novela.

Muchas gracias.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

—SOLEDADE

—ENTRE SOMBRAS Y MENIRAS

—EL MISTERIO DE LA DAMA ROJA

—UNA VENTATA HACIA LAGO.

Todos de venta en Amazon.